

SISTEMA DE LECTURA PUBLICA
DE CATALUNYA



1303284012

30/p

1258

0181-79960 ✓

CL 398

SATV

AMPURDÁN
SIGLO XIX

EL AMPURDÁN EN EL SIGLO XIX

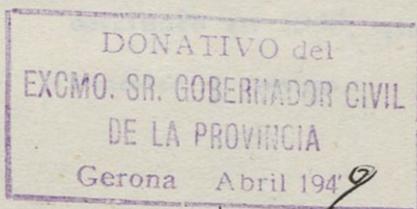
EL AMPURDÁN EN EL SIGLO XIX

RÓMULO SANS

Dr. Honoris Causa de la Universidad Internacional de Londres

EL AMPURDÁN EN EL SIGLO XIX

Notas históricas, guerrilleros, ladrones,
contrabandistas, brujas, tipismos, tradi-
ciones, costumbres y leyendas.



Imprenta «Cervantes» Cruz Cubierta, 38

BARCELONA

EL AMPURDÁN
EN EL SIGLO XIX

Prólogo de JUAN SOLER JANER

Dibujos de FRANCISCO ARÉJULA

Reg. 13702

Printed in Spain

Impreso en España

ES PROPIEDAD

Al la santa memoria del ilustre
sacerdote D. Francisco Cargól y
Marés, párroco de la Villa de
San Pedro Pescador, cobardemente
asesinado en 1936, que fué mi
maestro y amigo.

PORTICO

En el dorado cofre de mis recuerdos de adolescente calaron muy hondo impresionantes narraciones de mi estimado abuelo paterno y padrino, Juan Soler Casals, alto, fornido, emprendedor y un tanto arriesgado, gozaba de justa fama de valiente y de inteligente agricultor. Era un ampurdanés típico.

Entrado ya en años, formaba con algunos de sus amigos una conocida "colla", tan diversa como compacta, integrada de pescadores, comerciantes y agricultores. Lo que en términos de actualidad denominaríamos una peña. Reuníanse indefectiblemente, la tarde de todos los domingos, en succulenta y divertida merendola; la "peixetada". Recuerdo a Ramón Roig "Xarlet", Pedro de la Tona. Sebastián Roig "Tiá Prim", "Carxofo", Valentín de las Vacas, Antonio Fullá, entre los más asiduos, flor y nata de buenos paladares, campeones de la alegría bullanguera y paladines de sabrosas anécdotas. Despachada la merienda ¡y qué meriendas, amigos! y libado el buen vino que sabían proporcionarse, comentaban ampliamente hechos y sucesos pasados en que habían participado como protagonistas o como principales actores; parecía como si con el recuerdo revivieran nuevamente sus aventuras. La fiesta terminaba casi siempre esmaltada con cantos llenos de colorido y cargados de intención. Tretas del oficio,

PORTICO

En el dorado cofre de mis recuerdos de adolescente calaron muy hondo impresionantes narraciones de mi estimado abuelo paterno y padrino, Juan Soler Casals, alto, fornido, emprendedor y un tanto arriesgado, gozaba de justa fama de valiente y de inteligente agricultor. Era un ampurdanés típico.

Entrado ya en años, formaba con algunos de sus amigos una conocida "colla", tan diversa como compacta, integrada de pescadores, comerciantes y agricultores. Lo que en términos de actualidad denominaríamos una peña. Reuníanse indefectiblemente, la tarde de todos los domingos, en succulenta y divertida merendola; la "peixetada". Recuerdo a Ramón Roig "Xarlet", Pedro de la Tona. Sebastián Roig "Tiá Prim", "Carxofa", Valentín de las Vacas, Antonio Fullá, entre los más asiduos, flor y nata de buenos paladares, campeones de la alegría bullanguera y paladines de sabrosas anécdotas. Despachada la merienda ¡y qué meriendas, amigos! y libado el buen vino que sabían proporcionarse, comentaban ampliamente hechos y sucesos pasados en que habían participado como protagonistas o como principales actores; parecía como si con el recuerdo revivieran nuevamente sus aventuras. La fiesta terminaba casi siempre esmaltada con cantos llenos de colorido y cargados de intención. Tretas del oficio,

trapicheos amorosos, peleas con los bandoleros, escenas de la guerra carlista, succulentas leyendas y arriesgadas aventuras de contrabandistas tenían en aquellos hombres, ya más que sesentones, experimentados y pintorescos, hábiles y elocuentes expositores. Hoy se trataría seguramente del fútbol y de películas cinematográficas; ellos recordaban una especie de cinema vivido, mucho más interesante y atrayente. Sobrado decir cuánto me seducían tales tertulias a las que me llevó algunas veces mi abuelo, a regañadientes de mis buenos padres que, con razón más que sobrada que ahora comprendo perfectamente, opinaban eran muy poco "aptas para menores".

Muchas de aquellas andanzas, aventuras, anécdotas y leyendas las he recordado ahora con la lectura de las cuartillas que acaba de describir mi estimado amigo y compañero, Rómulo Sans, ampurdanés por cariño y largas temporadas de residencia en mi querida villa natal de San Pedro Pescador. Pero Rómulo Sans, fino observador y paciente investigador, no se ha limitado simplemente a recoger cuidadosamente bellas leyendas y a ordenar anécdotas y sucesos. Ha investigado a fondo, ha contrastado escrupulosamente y ha estudiado en la rica frondosidad de las instituciones jurídico-sociales del pasado siglo y tiempos anteriores con brillante y logrado éxito. Ha escuchado a los ancianos y escrutado en los archivos y ha recorrido las bellas tierras ampurdanesas, la pródiga comarca, tan rica en bienes materiales como dotada de singulares encantos naturales, cuya historia, costumbres, instituciones y leyendas reflejan las páginas del presente libro.

Centra el autor su trabajo en la villa de San Pedro Pescador cuyos pies baña el río Fluviá en su ancha y serena desembocadura y a la que desvela la tramontana en las jornadas invernales

mientras sus laboriosos vecinos, sin inmularse mucho, siguen su vida en los extensos campos de interminable planicie y cuidan las crías de sus finas y arrogantes yeguas.

Tal vez con los densos materiales reunidos y para la mejor sistematización de su magnífico contenido hubiera resultado más armónico dividir el libro en dos partes; dedicada una a los antecedentes históricos y a las instituciones y la segunda a personajes, leyendas y anecdotario. Como quizá alguien encuentre en falta, entre las variadas materias que hacen atrayente y estimable el libro, un capítulo dedicado a la escuela de sardanistas que en San Pedro Pescador dirigió con notable celo y público éxito D. Ramón Gres, destacado amante de nuestra danza que consagró a su estudio y expansión los ratos libres que le dejaba su oficina de farmacia. Conozco y viven todavía algunos de sus entusiastas discípulos que conquistaron el primer premio en un sonado concurso celebrado a principios de siglo en nuestro Gran Teatro del Liceo.

El más descollante personaje que nos presenta es la Condesa de Molins de cuya vida y extraordinarios hechos conocí relevantes rasgos de boca de D. Manuel Romani, cultísimo y fino párroco, cuyo recuerdo será en mí imperecedero, y, posteriormente, del bondadoso, activo y no menos recordado D. Francisco Cargol, que le sucedió en la parroquia, asesinado en circunstancias escalofriantes por los marxistas y a cuya santa memoria ha tenido Sans el delicado acierto de dedicar este libro. Valerosa e inquieta, Teresa de Molins y Bach fué una española realmente extraordinaria. Mujer de facetas múltiples, impresiona fuertemente por la firmeza de su temperamento, por los alados impulsos de un inquieto corazón, por su briosa decisión patriótica, por el dorado fondo

de su romanticismo irrefrenable que la lanza a actuaciones dispares y hasta contradictorias.

Interesantísimos los capítulos dedicados al gigante poeta, al guerrillero ciego y al Moro de Castelló, personajes que valen cada uno por una exquisita biografía saturada de encantador sabor típico, con apreciables apuntes para nuestro rico folklore. En sus vidas palpitan el dulce aliento de un romanticismo a ultranza y la fidelidad en la limpia bandeja de unos corazones desinteresados, virtudes señaladas en aquellos días de las francas gentes ampurdanesas cuyas almas están siempre abiertas a la pronta amistad sincera, efecto del caliente sol de la llanura, de las amables brisas mediterráneas y de la tramontana desenfrenada, el viento de la salud y de la fortaleza.

El esfuerzo de Rómulo Sans merece plácemes. En mi condición de samperense enamorado de mi tierra, se los tributo sinceramente y sin tasa, creo se lo agradecerán igualmente los buenos ampurdaneses que se solacen con la lectura de este bello libro que pone en sus manos.

JUAN SOLER JANER

Barcelona, enero de 1949.

I

EL AMPURDAN EN EL SIGLO XIX

La Villa de San Pedro Pescador es hoy día una población dedicada a la agricultura, de fértil terreno, de aspecto laborioso, cuyos habitantes en nada recuerdan a las gentes que hace menos de un siglo vivían encerradas dentro de las antiguas murallas, de las cuales se ven hoy día solamente algunos vestigios.

Aun cuando el nombre de San Pedro Pescador parece indicar un pasado marineró, y si bien es cierto que durante algunos años hubo vecinos dedicados a la pesca, ello fué cosa puramente transitoria, debido a la desviación del río Flaviá, que a últimos del siglo XVIII cambió su curso a consecuencia de una fuerte avenida, pasando a desembocar en donde lo hace actualmente abandonando el puerto fluvial de Ampurias; existen en la actualidad muy pocos pescadores, su labor se limita a pescar en el río y algunas veces, cuando hace buen tiempo, se internan en el mar, a tender las redes; siendo muy acreditados los langostinos que se obtienen en aquellas playas.

Al destruir los piratas normandos la ciudad de Ampurias en el siglo IX, sus habitantes se despararraron por la comarca, estableciéndose muchos de ellos en Castellón de Ampurias, junto a los Condes, y otros en distintos lugares cercanos. De

aquella fecha data la fundación de San Pedro Pescador, que fué conocido con el nombre de San Petrus Piscatoris, el pueblo estaba sujeto al señorío del Monasterio de San Pedro de Roda, de donde procede su nombre posiblemente.

Algunos autores suponen la época de su fundación en el siglo II de la Era Cristiana, que fué debida al establecimiento de unos legionarios romanos licenciados de la guarnición de Ampurias, los cuales dieron nombre a la "Villa Militiarum", nombre que antiguamente se cree se dió al pueblo, pero esta versión, posiblemente equivocada, se refiere a un lugar del término Municipal conocido hoy día por "Las Botigues", más cercano a Ampurias, completamente deshabitado, en donde se han encontrado cerámica romana y utensilios, de la época. Seguramente fué completamente destruido y abandonado poco tiempo después.

La dependencia del Monasterio de San Pedro de Roda dió lugar a beneficios importantes de índole económica, pues la población llegó en la Edad Media a bastante esplendor e incluso surgieron pretensiones por parte de los Condes de Ampurias que llegaron a obtener algunas veces señorío sobre la misma.

En el siglo XVIII era una Villa fértil dedicada al cultivo de trigo y a la ganadería, principalmente a la cría caballar que la hizo famosa; algunas familias campesinas le dieron prestigio y ayudaron económicamente a la construcción de la iglesia barroca, una de las más perfectas en su estructura (desgraciadamente destruída durante el año 1936), se creó el hospital y se restauró el seminario.

Estaba la población rodeada de murallas y existían dos fuertes, uno que aun existe, aunque mal conservado (Casa Caramany), que pertenecía a los barones de este nombre, y el otro, llamado "La

Muralla”, que pertenecía a la noble familia de los Descatllar. El terreno que rodeaba a la población estaba lleno de estanques y “aigua-molls”, abundaban las charcas y las dehesas, el río Fluviá, con sus grandes crecidas, que se juntaban con las de la Muga, cuidaba de poner obstáculos a los que tenían necesidad de trasladarse a cualquier parte.

Cerca de la población existían bastantes casas de labranza llamadas “Mansos” cuando carecían de defensas militares y “cuartals” cuando se hallaban provistas de torres y matacanes. Todo ello hacía que el pueblo tuviera medios naturales y bastantes de defensa, que tuvo necesidad de utilizar cuando las guerras Napoleónicas; durante el sitio de los franceses a la ciudad de Gerona, San Pedro Pescador se levantó en armas contra las tropas extranjeras, sostuvo durante largo tiempo luchas con los franceses y finalmente fué sitiada y tomada la población, siendo saqueada y destruída y asesinados la mayor parte de sus defensores, salvándose la iglesia debido al heroísmo de la llamada “Condesa de Molíns” que obtuvo este privilegio del coronel Pierresfort que tomó la plaza.

Expulsados los franceses de España, derribadas en parte las murallas y la falta de hombres en la localidad, pues habían fallecido muchísimos en la campaña, dió lugar a que se instalaran en San Pedro muchos guerrilleros que se hallaban perseguidos en sus comarcas por haberse dedicado al pillaje y al bandolerismo, que encontraban allí lugar seguro contra los somatenes que se montaban en casi todos los pueblos. Se llenó la población de tabernas y garitos, nacieron en la misma famosas bandas de ladrones, que durante casi todo el siglo XIX infectaron la comarca.

La tradición registra siete ladrones famosos, la-

drones de carretera y despoblado, cuyas aventuras y hechos se van ya olvidando.

Una tonadilla local nos dice:

“Set lladres té Sant Pere,
valents com cavallers,
roben sols per la fama...
no traicionen per diners.”

El más antiguo y famoso de estos ladrones es el llamado

“EL PASTOR DE BATIPALMAS”

Juan de Teixidor, nació a últimos del siglo XVIII en el fuerte conocido por la Muralla, pertenecía a noble familia, de natural bondadoso, no era físicamente agraciado, pues su fealdad fué grande; además era ligeramente cojo; estudió en el seminario local y se trasladó a Gerona para estudiar la carrera eclesiástica, pero no halló simpatías en el seminario gerundense y un buen día fué despedido por carecer de la buena presencia que debía de adornar a un sacerdote.

Regresó a San Pedro amargado y lleno de desencantos, y se dedicó al pastoreo en la partida de “Las Batipalmas”, de donde le proviene su sobrenombre; no fué solamente este apodo el primero que se le dió, pues debido a sus defectos físicos le llamaban “Joan Geperut”, que pronto dejó de aplicársele por haber herido gravemente a cuchilladas a quienes osaban llamarle de esta forma. Tuvo fama de hombre valiente y pendenciero y en todas las localidades vecinas era notorio el arrojito con que agredía a cualquiera que se atreviera a insultarlo.

Durante el sitio de los franceses luchó heroicamente, se batió en las murallas, en las calles, en los fuertes y logró evadirse desde la iglesia hasta el hospital, pasando por una mina subterránea

que los unía, de allí se marchó a las montañas de Ventalló y Palau-Borrell, levantando una partida que luchó contra los franceses hasta que hubieron pasado la frontera.

En los últimos tiempos de la dominación francesa y durante la retirada de los mismos, les presentó batalla cerca de Vilamalla en donde los derrotó completamente, muriendo el general francés en la misma. El pastor de Batipalmas despojó de su uniforme al general muerto, trasladándose a San Pedro, entró en la iglesia y vistió con él al Santo Cristo de la parroquia, ofreciéndole al mismo tiempo un cirio por cada francés que había matado en la campaña; cuenta la tradición que encendió por su propia mano más de cien cirios.

Terminada la guerra tomó la costumbre de emborracharse en las tabernas y bajo los efectos del vino se volvía más camorrista que nunca. Asesinó en riña a varios valientes de la localidad y un día, temiendo que sería detenido, se marchó al monte en donde se dedicó a bandolero.

Sus correrías fueron hechas en el mismo terreno que actuó durante la guerra, o sea por los montes que van desde La Bisbal a Figueras; desvalijaba a los viajeros de las diligencias, odiaba a los que procedían de Barcelona, a quienes llamaba "caragirats", por no haber luchado contra los franceses, pero dejaba continuar su camino libremente a los que procedían de Gerona, por estimar que eran valientes y patriotas.

Exigió tributo a las principales casas campesinas bajo el pretexto de defenderlas contra salteadores, incluso varios pueblos le pagaron cantidades por tenerlo propicio. La partida del pastor de Batipalmas tuvo varias luchas intestinas, pues algunos de sus compinches protestaban de que no desvalijara a los sacerdotes y frailes, pero él solía terminarlas rápidamente matando a puñaladas

o a pistoletazos a los jefes del motín; una vez muertos los colgaba en los árboles cabeza abajo, pues así creía entraban antes en el infierno.

Tenía especial simpatía por la Iglesia, por algo decía: "Soc home format al seminari" (Estoy formado en el Seminario), pero odiaba al Obispo de Gerona y había jurado públicamente lo mataría donde le encontrase; afortunadamente, no tuvo ocasión de poder cumplir su juramento.

Su salud, que nunca fué muy buena, hacia los cuarenta años de edad se fué desmejorando y se retiró de su vida activa; estuvo escondido en varios lugares, una larga temporada en Ventalló en Casa Sastregener, pero no hallándose muy seguro, pues temía al somatén, a pesar de las leales promesas que le hizo el señor Sastregener de protegerlo, se refugió en el Castillo de San Mori, en donde murió unos dos años después.

Sus últimos tiempos fueron de meditación y arrepentimiento, vistióse hábitos monacales, pedía a Dios le perdonase de sus maldades; podía haberse retirado a San Pedro en donde gozaba de general simpatía, pero desde el cuarto de "La Princesa" del Castillo de San Mori que le servía de celda, por las noches, oía las plegarias de la reina doña Juana Enríquez que pedía desde el purgatorio el perdón de sus pecados, y ello, manifestaba, le recordaba el próximo fin de sus días y le estimulaba a la penitencia.

No se sabe exactamente cuándo murió; sus antiguos compañeros de armas lo enterraron en el bosque, no se puso cruz en su sepulcro, pues lo enterraron de noche, clandestinamente, pero nos dice la leyenda que al día siguiente se hallaba cubierta de flores que habían nacido misteriosamente durante aquella noche.

Se menciona, con respecto a sus amores, una sola mujer: fué una pubilla de Calabuig, a la que

conoció durante la guerra; esta muchacha corría abandonada por las montañas, pues los franceses habían incendiado su casa y matado a sus padres y hermanos. El pastor de Batipalmas la llevó en su compañía, la hizo lugarteniente de su partida, estaba enamorado de ella; era una muchacha valiente que esgrimía la espada con soltura y manejaba bien el fusil y la pistola, más un día se fugó en compañía de uno de los subalternos. Juró que los mataría, y algún tiempo después los hizo prisioneros, ahorcó a su seductor y ya tenía encendida la hoguera en que pensaba quemar viva a la muchacha, cuando la perdonó a cambio de que ingresara en un convento de Gerona. Se refiere que el perdón obedeció a que se le presentó en espectro la Reina Juana y se lo pidió, pues si moría sin penitencia y arrepentimiento no podría salvarse, y nadie puede imaginarse lo que sufre una mujer en el infierno.

Muchas otras cosas se cuentan del pastor de Batipalmas, pero casi todas ellas fantásticas y carecen de fundamento; las hasta aquí referidas son más que suficientes para formarse una idea de su personalidad, a la que la poesía popular ha embellecido y desfigurado.

II

LA CONDESA DE MOLINS

El más célebre bandolero de San Pedro Pescador no fué un hombre, fué una mujer: doña Teresa de Molins y Bach, conocida generalmente por la Condesa de Molins.

No es conocida exactamente la fecha de su nacimiento, seguramente tuvo lugar en los alrededores de 1790. Pertenece a la familia de Molins,

hidalgos lugareños que residían en la calle de Caballeros, en un pequeño palacete y casa de campo todo reunido, del cual solamente existe la puerta principal sobre la que campea medio destruído su escudo nobiliario. Parece ser que el rey don Felipe III concedió a esta familia el Condado de Molins; no existen datos sobre el motivo que dió lugar a la creación de este Condado; desde mediados del siglo xvii se hallaban los Molins establecidos en San Pedro, y en una situación económica bastante modesta dada la calidad de la familia.

En aquellos días la educación de las muchachas estaba completamente descuidada; se limitaba a conocer las principales oraciones, prácticas de costura bastante rudimentarias y algo sobre bordado. Teresa de Molins no recibió, pues, otra educación; por su calidad de muchacha noble, había aprendido a dibujar su firma, bastante confusa por cierto, en cambio entendía en cosas de labranza y ganadería, pues dada la avanzada edad de su padre y la diferencia con su hermano que tenía diez años menos que ella, se vió precisada a ocuparse de la administración de su hacienda.

En su infancia oyó hablar probablemente de la Revolución francesa y de la guerra de España y Francia que ocurrió poco después no tuvo lugar ningún hecho digno de mención. Posiblemente Teresa de Molins no habría sido otra cosa toda su vida que una señorita lugareña, destinada a casarse con algún campesino rico, si no hubiera ocurrido la invasión de España por Napoleón.

En un principio las tropas francesas entraron en España en calidad de amigos e incluso fueron bastante bien recibidos en muchos pueblos del alto Ampurdán, no existía odio alguno por parte de la población civil.

Cuando la ciudad de Gerona se alzó en armas

contra los franceses, el hecho tuvo extraordinaria repercusión en toda la comarca y algunos pueblos se unieron al movimiento de la Invicta Ciudad. En San Pedro Pescador no ocurrió nada anormal, pues no había ninguna fuerza enemiga por los contornos, pero dada la casualidad que entre este lugar y el pueblo de Torroella de Fluviá cruzaba la carretera de Francia, se vieron pasar por la misma tropas y comboyes que iban a Gerona.

Los soldados franceses no tenían con respecto a los habitantes del Ampurdán ningún miramiento. Se dedicaban al robo de ganado y también de gallinas, lo que dió lugar al crecimiento de antipatías, particularmente lo que se refiere al desvalijamiento de gallineros encendió de coraje a todas las mujeres del contorno. Hay que consignar que los hechos expresados fueron cometidos principalmente por soldados veteranos que habían combatido en varios lugares de Europa, que iban perdiendo la disciplina, obligando con ello a sus jefes en muchas ocasiones a imponerles arrestos y castigos ejemplares; la mayor parte de los soldados de Napoleón hacía la guerra correctamente y observaban un comportamiento intachable.

La frecuencia con que se atacaban los convojes de municionamiento que pasaban por el camino de Francia, obligó al ejército invasor a poner destacamentos en los pueblos cercanos; en la mayor parte de ellos no hubo dificultad, pero en San Pedro les fué negada la entrada y fueron cerradas las puertas de la muralla.

Como la plaza no tenía ninguna importancia durante largo tiempo no fué atacada, pero en vista que desde allí salían partidas que ostilizaban el tráfico, el coronel francés Pierresfort fué encargado de rendir la plaza.

Este coronel creyó en un principio que era cosa fácil, pero el ánimo esforzado de los vecinos le

convenció bien pronto de otra cosa; hubo varios combates en las cercanías de la muralla que no lograron ningún objetivo, en vista de ello solicitó baterías y puso sitio a la plaza en regla.

El sitio terminó en el mes de septiembre de 1808 en que fué tomada la población, a los tres meses de iniciarse los primeros ataques; los franceses lograron varias brechas en las murallas, destruyeron el fortín de los Descatllar, parte de Casa Caramany y varias casas de la población, pero quedó intacto el Portalet y las torres de la Colegiata o Seminario.

Durante el sitio se registraron diversos actos de heroísmo, fué grande la resistencia, muriendo la mayor parte de los jóvenes de la población y otros más afortunados lograron evadirse cruzando de noche el río Fluviá, que en aquellos días pasaba junto a sus murallas.

El padre de la Condesa de Molins falleció durante el sitio, de enfermedad; nuestra heroína, que no tuvo en aquellos momentos persona que se ocupara de ella, no pudo resistir sus entusiasmos bélicos y tomó parte activa en la lucha; primeramente se limitó a hacer vendas para los heridos, después actuó en el hospital y, finalmente, subió a la muralla, tomó el fusil e hizo fuego.

Bien pronto fué la admiración de todos los defensores e igual que otra Agustina de Aragón corrió a los lugares de mayor peligro, llegó incluso a luchar en las brechas de la muralla y cuando escaseaban las municiones le sobró ánimos para luchar a la bayoneta.

La suerte le fué propicia en todos los combates; era creencia popular de que era invulnerable, y esta creencia la acompañó toda su vida. Durante los últimos días del sitio había llegado a todos los vecinos el convencimiento de que era imposible resistir más, pero únicamente la Condesa de Mo-

lins abrigaba la esperanza de que no ocurriría la caída de la plaza. En las últimas noches casi no quedaron defensores: muchos desertaban por el río, el hospital estaba atestado de heridos y parte de la población en ruinas por el fuego de la artillería.

El día en que los franceses dieron el último y definitivo asalto, las mujeres, los ancianos y los niños se refugiaron en la iglesia en frente de la cual había una gran barricada que impedía el acceso a la puerta. Antes de hacer fuego de cañón contra la iglesia y proceder a su derribo, el coronel Pierresfort conminó a los refugiados a rendirse y como no quedaban allí otros combatientes que dos muchachos bastante mal heridos, la Condesa de Molins, armada de fusil y puñal, fué a entrevistarse con el coronel y pedir condiciones para la capitulación.

La entrevista con el coronel fué rápida, el coronel prometió perdonar a los refugiados, o sea a las mujeres, los niños y a los ancianos, pero que fusilaría a los defensores menores de sesenta años que no estuvieran heridos; a ello se avino la Condesa de Molins y franqueó la entrada de las tropas.

La sorpresa del coronel no tuvo límites cuando no encontró ningún combatiente joven que estuviera en condiciones de empuñar un arma; en vista de ello mandó comparecer a la Condesa ante él y le dijo que le había engañado, a lo que ella respondió: "Señor, vos habéis prometido pasar por las armas a los combatientes menores de sesenta años que no estén heridos; el único soy yo, en otro caso no os hubiera rendido la plaza. Fusiladme seguidamente y se habrá consumado nuestro pacto".

Por lo visto el coronel era hombre de espíritu caballeresco y le fué simpática la Condesa, le per-

donó la vida y le concedió la libertad bajo promesa de no volver a combatir contra las banderas del Emperador.

Posteriormente, la Condesa de Molins se trasladó a Barcelona en donde tenía parientes que se hicieron responsables; estos parientes bien pronto tuvieron ocasión de arrepentirse de ello, pues era una muchacha autoritaria y medio salvaje que solamente les produjo disgustos.

En el año 1817 contrajo matrimonio con un caballero rico de edad bastante avanzada, la boda fué concertada por la familia, no resultó nada afortunada, el matrimonio vivía en compañía de una hermana del marido, también de bastante edad, y entre las dos mujeres estalló seguidamente una lucha violenta; por otra parte, el marido de Teresa era hombre celoso que desconfiaba continuamente de su mujer, teniendo frecuentes altercados con la misma. Un día le manifestó que no creía ser padre de su hijo, con este motivo hubo un formidable escándalo en el que intervino su cuñada; la cosa no habría tenido consecuencias de no haber caído el niño al suelo con tan mala fortuna que se abrió la cabeza falleciendo unas horas después.

El olor de la sangre enloquecía a la Condesa, cuyo temperamento violento la dominaba por completo; la escena entre los cónyuges alcanzó más violencia que nunca y como se viera insultada por su marido y su cuñada, arrancando un cuchillo de una ranoplia mató a los dos a puñaladas, dando gritos por la casa presa de un ataque de locura.

El ama de llaves de la casa, que quería a su dueña, temiendo que la Condesa sería encarcelada y tal vez condenada a muerte, antes de denunciar el hecho a las autoridades le cubrió con su manto y de noche la condujo a casa de un sobrino

suyo contrabandista, el cual la llevó a París sana y salva. Se instruyó sumario y la Condesa fué declarada rebelde.

En París, mientras tuvo dinero, pues se llevó todo el que pudo y además sus joyas, vivió desapercibida y con bastante modestia, pero cuando tuvo falta de dinero abrió una casa de juego, en donde se reunían gentes peligrosas; este negocio parece que le dió buenos resultados y si no hubiese sido por haberlo clausurado la policía no lo habría dejado nunca.

De París se trasladó a Perpignan, de allí cruzó la frontera en compañía de unos "trabucaires" (contrabandistas); en las incidencias del viaje demostró tanto arrojo y valentía que la nombraron su jefe y poco a poco se convirtió en capitán de ladrones.

Mujer decidida y valiente pronto fué conocida por sus hechos: asaltaba masías, atacaba las diligencias, principalmente cuando iban escoltadas por gentes armadas; el peligro la atraía, en varias ocasiones atacó con éxito a las partidas de somatenes que salían en su busca. Desde Olot a La Bisbal, de Figueras a Bañolas actuó con entera libertad. Las demás partidas de bandoleros, muy frecuentes en aquel entonces, la temían lo suficiente para no enfrentarse con ella.

Estableció su cuartel general en la masía llamada "San Feliu de la Garriga", cerca de Vilademat, que es un monasterio románico en ruínas y el cual en aquellos días era casi inexpugnable.

Fué codiciada por muchos de sus hombres, que no tenían ningún pudor de caballeros, pero todos que intentaron violencia por su persona salieron mal parados, pues tenía costumbre de llevar siempre pistolas cargadas y, caso de fallido, agredía con certeras puñaladas.

No se sabe a fecha fija cuándo fué, pero se pre-

sentó al Convento de Monias de Garriguella, solicitando de la Superiora la recibiera en calidad de novicia. La respetable señora se llevó el mayor susto de su vida y de momento no se atrevió a negarle la entrada, pero algunos días después le manifestó que debía abandonar el Convento, pues el reglamento no consentía que ingresaran mujeres con las manos manchadas de sangre.

Dice un antiguo poema ampurdanés:

“Les monges, plore que plore,
la Comtessa té que marchá
a Déu prega l'abadessa.
La Verge no la deixarà.

Se vió, pues, abandonada a su suerte y fijó su residencia en el Castillo de Carmansó; ya no eran tan frecuentes sus correrías, se la veía de noche a caballo acompañada de varios de sus hombres a la luz de la luna correr al galope por los campos. Dice el antiguo poema ampurdanés:

“Torna a la trista vida
a robar per massos y camins
el teu destí és ser lladre,
oh Comtessa de Molíns!”

De todas maneras su partida fué disminuyendo, pero a medida que disminuía peores eran sus compañeros. El Castillo de Carmansó durante la Edad Media, era de los Condes de Ampurias, fué restaurado por los franceses que lo fortificaron, y antes de abandonar España derribaron una de sus torres; tenía una cisterna siempre escasa de agua y en su subterráneo había gran cantidad de pólvora y balas de cañón que fueron abandonadas por los franceses en su huída.

En Carmansó los hombres de la Condesa ade-

más de dedicarse al pillaje se emborrachaban frecuentemente. había riñas extraordinarias seguidas de asesinato, se raptaban muchachas, se exigía rescate por ellas y caso de no pagarse tenían fines desgraciados: la Condesa llegó a odiar a sus hombres; quería librarse de ellos, casi ya no la obedecían; si personalmente era respetada se debía a su puñal y pistolas; era tal vez una prisionera?

“Les campanes ja no ploren,
canten are una cançó,
iluminen las fogueres,
dintre el murs de Carmançó.
I la nit tot estrellada
té perfums de mar i pins,
mentres plora, arrepentida,
la Comtessa de Molíns”.

Una noche de verano de 1826, mientras se efectuaba una de las monstruosas riñas entre los bandoleros, ebrios de vino y sangre, la Condesa cogió una antorcha, bajó al subterráneo del Castillo y prendió fuego a la pólvora dejada por los franceses; sea que hubiera gran cantidad de explosivos o que ella ya hubiera previsto con anterioridad el hecho, el Castillo voló por completo, hundiéndose las torres que quedaban en pie y el patio central. El ruido y el incendio fué enorme, pudo oírse y verse de casi todos los pueblos de la comarca.

Algunos años más tarde, el hermano de la Condesa halló entre las ruinas su cadáver, que fué conducido a San Pedro en donde se le hicieron unos soberbios funerales, pues era querida y admirada de todos sus habitantes; a la salida del funeral se hicieron salvas en su honor, y hasta estuvo a punto de ocurrir un grave incidente, pues

le fué negada la sepultura de sus padres en la iglesia, por el párraco, ya que su muerte no fué cristiana. De todos modos, fué enterrada en el cementerio parroquial.

“Toqueu... toqueu campanes,
el vostre plany de tristor,
és morta scta les torres
la Comtessa a Carmançó;
qui no plora aquesta dama
té sentiments molt roins,
puig ha mort plena de glória
La Comtessa de Molins”.

Al trasladarse los restos del cementerio antiguo al nuevo, las cenizas de la Condesa fueron guardadas en una urna des plata, que fué enterrada en la iglesia, posiblemente en la tumba familiar del altar de San Andrés.

En el Ayuntamiento, antes de 1936, figuraban documentos relativos a este hecho, que tal vez fueron quemados por los rojos. El digno Secretario de la Corporación, don Francisco Serra y Hospital, tuvo ocasión de examinarlos, pero persona reservada y discreta, no ha querido comunicarnos nada con respecto a este asunto.

III

LA LEYENDA DE LA CONDESA

En nuestro anterior capítulo hicimos una pequeña biografía de la llamada Condesa de Molins; los hechos que en ella se mencionan son un resumen de su vida novelesca e intensa, pero todo lo que en estas líneas vamos a referir con rela-

ción a la misma no tiene la más pequeña garantía de autenticidad: es lo que constituye su leyenda. La fantasía popular ha creado con respecto a esta célebre mujer infinidad de anécdotas que han hecho de la misma un personaje legendario.

No teníamos propósito de contar ninguno de los fantásticos cuentos que hablan de la Condesa, pero son muchos los amigos y más los admiradores de la heroína que nos han pedido lo hiciéramos, y con el buen deseo de complacerlos, vamos a consignar seguidamente varias narraciones que no dejan de tener colorido y expresar el sentimiento de admiración con que la poesía popular le ha rendido homenaje.

LA PROFECIA DE SU NACIMIENTO

Encontrándose indispuesta la madre de la Condesa y no sabiendo qué remedio sería conveniente darle, puesto que todos los que le habían suministrado no le hacían efecto, fué llamada a consulta una "Sabia Dona" que no era otra que la célebre "Carmeta Pelletaire", renombrada bruja de Terrades. La bruja examinó detenidamente a la enferma y manifestó que la enfermedad no tenía importancia, que únicamente convenía darle una buena alimentación y tenerle toda clase de consideraciones, ya que la señora iba a ser madre.

El marido, que deseaba tener un "herèu", preguntó a la "Sabia Dona" si sería el hijo que esperaba varón o hembra. La bruja le manifestó que sería hembra, y como parece que esto entristeció al marido, le agregó: "Serà noia, però tan gran el seu destí, que molts reis la voldrien per filla", o sea: "Será muchacha, pero tan grande su destino, que muchos reyes la quisieran por hija";

y, en efecto, acertó la bruja en su vaticio, pues a los nueve meses nació la Condesa.

EL AGUILA DEL CAMPANARIO

El día en que la Condesa salió a parlamentar con el coronel Pierresfort sobre la rendición de la plaza de San Pedro Pescador, al momento de salir de la iglesia, bajó del campanario un águila de colosales dimensiones, la cual se puso en su hombro izquierdo sin causarle ningún daño y permaneció sobre ella mientras duró la entrevista.

El coronel Pierresfort, que era muy supersticioso, al ver a la Condesa protegida por el águila, creyó que aquella mujer era un símbolo de la grandeza del Imperio francés, y no se atrevió a negarle nada de lo que pedía; por otra parte, estaba impresionado por la mirada de Teresa de Molins, que era más fuerte que la de Napoleón.

PIERRESFORT Y NAPOLEON

Dos años más tarde, un día en que comía en París Napoleón con varios de sus generales, entre los cuales se encontraba Pierresfort, que había ascendido a general de brigada, se comentó el gran poder de la mirada del Emperador; a Napoleón le complacía saber la impresión que causaba a los generales y a los soldados y escuchaba gustosamente esta clase de comentarios. Pierresfort le dijo: "Majestad, grande es el poder de vuestra mirada, ante la que tiemblan los poderosos de la tierra; pero cierta vez en España traté una mujer... ante la que sentí mayor turbación que si me examinara V. M.". Y como Napoleón le pidiese detalles, Pierresfort le contó detenidamente lo ocurrido en la rendición de San Pedro Pescador.

Napoleón escuchó detenidamente; luego dijo a



Pierresfort: "Me honra que mis generales se porten como caballeros, nada tengo que reprocharos por haber respetado a la Condesa...; pero si me hubierais entregado a esta prisionera hoy seriais príncipe o rey". Y seguidamente cayó en un extraño mutismo del que no salió en toda la noche.

Algunos días después Pierresfort recibió firmado por el propio Emperador un despacho en el que le comunicaba su ascenso a Mariscal; en vano buscó ocasión de presentarse a Napoleón para darle las gracias, fueron inútiles sus tentativas y gestiones, nunca más pudo hablar con él.

EL VESTIDO Y EL LUJO DE LA CONDESA

La Condesa de Molins fué una mujer aficionada en extremo al lujoso vestir; usaba generalmente traje masculino, calzón corto ajustado de color oscuro, camisa de seda blanca y sobre ello un levitón de seda colorada, bordado de oro, unas veces, y otras de color verde claro, también bordado con arabescos de plata, cinturón ancho de cuero trabajado, en el que había incrustadas piedras preciosas; del cinturón colgaban dos pistolas con empuñadura de plata, y una daga que tenía el puño de oro; su espada, igualmente lujosa, era en valor y calidad igual a la de cualquier rey.

Calzaba botas de cuero rojo que le llegaban hasta media pantorrilla; sobre los tobillos y por encima de las botas llevaba pulseras de oro trabajado y brazaletes con piedras preciosas de extraordinario tamaño; sus espuelas eran afiladísimas y de oro fino.

Sus guantes eran de piel roja y le llegaban hasta medio brazo; finalmente, cubría la cabeza con un gorro de pieles negro, de forma circular y en la parte anterior llevaba tres grandes rubíes.

La Condesa, al igual que todos sus hombres,

montaba en magníficos caballos; sus fuerzas combatían indistintamente a pie y a caballo, no fueron nunca vencidos ni puestos en fuga.

Ella poseía tres caballos que se llamaban, el primero, "Kabir", era de color blanco; de este caballo se cuenta que tenía la cualidad de galopar sobre las aguas; cuando las grandes avenidas de la Muga y el Fluviá inundaban todo el alto Ampurdán, montaba sobre él, y las aguas se separaban dejando seco el camino.

El segundo caballo se llamaba "Nénior" y tenía color bermejo; este era su caballo de guerra. Montada sobre él era invencible; parecía un ser sobrenatural que sembraba la muerte y la destrucción a su paso.

El tercer caballo era de color negro, se lo regaló el Pastor de Batipalmas; tenía el nombre de "Belfégor" y es el caballo de la desdicha. De este último y más famoso caballo ya hablaremos algo más extensamente.

Los caballos de la Condesa no usaron jamás herraduras; protegía sus cascos con monedas de oro; decía que las que se desprendían servían para premiar los inútiles esfuerzos que hacían los que corrían detrás de ella para detenerla.

Las crines y las colas de sus caballos se distinguían por su brillo, su abundancia y largura; iban, además, adornadas de multitud de cintas de colores de las que colgaban cascabeles y campanillas.

EL ASALTO AL CASTILLO DE LAS TINIEBLAS, Y LA EMBOSCADA DE FIGUERAS

Un día, la Condesa de Molins tomó por asalto el "Castell de les Tenebres", o sea el "Castillo de las Tinieblas", que no era otro que el Castillo de Palau Sarroca, situado cerca de Terrades (hoy pro-

piedad del Excmo. Sr. Marqués de Dou); del saqueo de este castillo se llevó gran cantidad de joyas y muchos sacos de monedas de oro. Como tenía que hacer varias compras indispensables, se metió al frente de sus bandoleros en la ciudad de Figueras, en aquellos días amurallada, y en donde normalmente los ladrones de la época se proveían y también vendían a mal precio el fruto de sus rapiñas.

Las autoridades de Figueras, sea por el buen deseo de librar a la comarca de tan peligrosa mujer, o bien sea por la gran codicia que les causó el rico botín de la Condesa, como dice la leyenda, una vez estuvo dentro cerraron las puertas y pusieron en ellas toda la fuerza que fué posible.

Cuando la Condesa y sus hombres iban a salir por el "Portal de Castelló" se encontraron que el paso estaba impedido y que infinidad de hombres armados les apuntaban.

Los ladrones que la acompañaban echaron seguidamente mano de sus armas y estaban dispuestos a vender caras sus vidas; se veía la inminencia de una gran batalla, cuando la Condesa poniéndose derecha sobre los estribos gritó llena de furia: "¡Quién es el traidor que impide el paso a la Condesa de Molins!", y seguidamente empezó a arrojar puñados de monedas de oro sobre la multitud. Esta inesperada actitud dió lugar a un verdadero tumulto; los que se habían armado para detenerla soltaron sus armas y se lanzaron sobre las monedas, se armó una gran revuelta para apoderarse de las onzas que la Condesa seguía tirando a puñados; en esto, las puertas se abrieron de par en par y la Condesa, aclamada como una reina, salió al galope al frente de más de cien bandoleros.

LA CONDESA Y LOS PAJAROS

Parece ser que la Condesa temía a la soledad; siempre iba acompañada de una poderosa escolta, pero algunas veces salía sola a caballo a galopar por los campos; esto la distraía de sus amarguras; entonces su caballo, que solía ser "Kabir", se lanzaba a una velocidad increíble y no había nadie que pudiera seguirla, pero no iba sola en absoluto la Condesa: la seguían infinidad de pájaros que daban melodiosos trinos.

Dice un antiguo poema:

"Corra a cavall les terres,
de nit per boscos i castells,
si no l'acompanyen lladres
la segueixen els ausells."

EL DESAFIO DE LOS OFICIALES

El Gobernador Militar de Gerona quiso poner fin al bandidaje que existía y dispuso que varias fuerzas de la guarnición se pusieran en campaña para aniquilar a los bandoleros. Dos escuadrones de caballería seguían por el camino que conducía de La Bisbal a Figueras, cuando les presentó batalla la Condesa. La lucha sólo duró unos minutos; fué tal el arrojo y temeridad de la Condesa y sus ladrones, que dispersaron fácilmente a la fuerza del ejército; fueron hechos prisioneros los oficiales, y los soldados quedaron en libertad, los cuales regresaron a Gerona a dar la triste novedad de la derrota al Gobernador.

Esta noticia llenó de tristeza a la Ciudad Inmortal y de rabia y despecho al Gobernador, que seguidamente levantó nuevas tropas que salieron dispuestas a detener o matar a la célebre Condesa.

De todas maneras, resultaron desgraciados los

propósitos del Gobernador, pues todas las fuerzas que partieron en busca de los ladrones, o no tuvieron la buena suerte de encontrarlos o bien fueron derrotados en los primeros combates.

Se entró en negociaciones para obtener la devolución de los muchos oficiales presos de la Condesa y ella accedió a cambio de un regular rescate.

Estas negociaciones fueron largas y difíciles, pues el Gobernador era persona enérgica y de honrados sentimientos y le repugnaba el tener que recurrir a tales extremos, pero el caso es que contra su voluntad no le quedó otro recurso que acudir al rescate de los presos, que se llevó a efecto en un bosque cercano a Vilahur; los oficiales fueron puestos en libertad y los contadores de la Condesa recibieron unos saquitos con monedas de oro; la misma Condesa, a caballo, presenció la operación y los oficiales, al despedirse, le besaron la mano en señal de respeto, pues durante la temporada que estuvieron presos los trató con toda dignidad y cortesía, les había dejado sus espadas y caballos así como les permitía escribir a sus familiares. A uno de ellos, que tenía que contraer matrimonio, le había concedido la libertad sin rescate, además le regaló tres mil libras para que sirvieran de dote a su prometida, y unas magníficas "arracadas" (pendientes) para que usara la novia el día de la ceremonia.

Durante los meses que estuvieron detenidos los oficiales por la Condesa hubo entre los mismos varias discusiones; todos ellos estaban maravillados de aquella singular mujer y también sorprendidos de su extraordinaria belleza; era una muchacha alta, y esbelta, quizá un poco masculina por su tiempo; era morena, pero sus cabellos rojizos, lo que producía un aspecto fantástico.

Dos oficiales, que en el fondo estaban enamora-

dos de ella, tuvieron unas palabras molestas y acordaron batirse a muerte al amanecer; en efecto, así que se levantaba el día se fueron cerca del castillo en que se hallaban alojados y procedieron a desenvainar las espadas y a batirse.

Los dos eran fuertes, valientes y expertos en esgrima, de manera que la lucha era muy violenta y reñida, cuando sin saber de dónde había salido, se puso entre los mismos la Condesa y con la rapidez del rayo les arrancó las espadas. Los oficiales quedaron sorprendidos y no sabían qué actitud tomar; entonces la Condesa, devolviéndoles sus espadas les dijo: "Señores Oficiales, guarden sus espadas en la vaina, y de hoy en adelante, deben quererse como dos hermanos; tengan, además, presente que ningún militar, por valiente que sea, está obligado a desenvainar su espada, como no sea al servicio de Dios, de la Patria o del Rey", y seguidamente se alejó de ellos.

LAS LAGRIMAS DE LA CONDESA

Durante los últimos años de su vida, hubo un gran cambio en su manera de ser; al salir del Convento de Garriguella, oyó hablar del Pastor de Batipalmas, que se había convertido en monje y habitaba en el Castillo de San Mori, bajo la protección del Barón. Como le conocía y sentía por él cierto aprecio, determinó visitarlo, y un buen día se presentó al castillo.

El Pastor de Batipalmas y la Condesa, pasaron unas horas hablando; durante la entrevista no trataron más que temas relacionados con la salvación de sus almas; los dos eran muy devotos y adoraban a la Virgen; el Pastor le dijo que Dios no quería la perdición de ningún pecador si no su arrepentimiento; la Condesa decía que se encontraba mejor en su Monasterio que al

frente de sus bandidos; finalmente el Pastor aseguró a la Condesa que Dios le concedería el deseado arrepentimiento y penitencia el día en que pudiera llorar; a la Condesa de Molins, lo mismo que a la Reina Doña Juana Enríquez, Dios les había negado el consuelo de las lágrimas; antes de abandonar el castillo, el Pastor regaló a la Condesa el célebre caballo Belfégor.

Este caballo, además de ser el más bello ejemplar de su tiempo en algunas ocasiones solía volar por los aires; también de sus narices salían llamas de fuego y humo, y sus cascos, al pisar la tierra, producían chispas eléctricas.

La Condesa lo montaba muchas veces; cuando la tristeza le invadía o bien quería evitar el hacer mal; salía a galopar por los campos, dejaba las riendas sueltas y el caballo iba a su capricho de una parte a otra.

Un día, un hermoso domingo de mayo, en la Iglesia de San Miguel de Fluvía, se estaba celebrando la santa misa, a la que asistían todos los pacíficos habitantes de este pintoresco pueblo; cuando ya había consagrado el sacerdote, se abrió la puerta y entró dentro de la Iglesia, montada sobre Belfégor, la Condesa. Las buenas gentes que estaban en la Iglesia se asustaron y era tanto su estupor, que no se atrevieron a moverse. El sacerdote, sin moverse del altar, se dirigió a la Condesa y le dijo: "Detente, mala mujer; esta es la casa de Dios". La Condesa, todavía montada sobre su caballo, contestó: "Soy una pecadora que viene a pedir perdón", y, arrojándose de la montura, se arrodilló en medio de la Iglesia, puso la frente en el suelo y lloró largo rato; el sacerdote siguió su sacrificio y al terminarlo, la Condesa, devotamente besó su estola y pidió su bendición. Durante la ceremonia el caballo Belfégor salió de la iglesia y se puso de rodillas frente a la puerta.

La Condesa solicitó confesión al buen párroco, pasando seguidamente al confesionario, y finalmente volvió a montar su caballo, que, dando un salto prodigioso, se la llevó por los aires, con gran susto y admiración de todos los que lo vieron.

En el sitio que había llorado la Condesa, sus lágrimas se habían secado convirtiéndose en siete magníficas perlas, de gran pureza y tamaño. Estas perlas fueron recogidas por el párroco, que las entregó al señor Obispo de Gerona.

Dice el repetido poema:

“Vora el mar sols hi há petxines
els castells son terra endinś.
Vostras llágrimes... perles fines,
¡Oh, Comtessa de Molíns!”

Del Obispado pasaron a distintas manos, por lo visto tiene el poder de un valioso talismán; han estado en poder de personas importantes, actualmente se cree las posee la Excm. Sra. doña Julia Quintana, esposa del Excmo. Sr. don Miguel Mateu y Plá propietario del Castillo de Perelada.

EL CABALLO BELFEGOR

Este rarísimo caballo, al volar la Condesa el Castillo de Carmansó se escapó por los aires; desde entonces anda suelto galopando a capricho, unas veces por la tierra y otras por las nubes; cuentan que sigue echando fuego por la boca y humo por la nariz, y que sus patas sacan relámpagos cuando pisan las piedras.

Los campesinos y los marineros saben que su presencia no significa nada bueno; la pérdida de las cosechas; la tempestad o tal vez incluso el naufragio; es el caballo de la desdicha y en don-

de aparece no tarda en presentarse la desgracia.

Por el contrario, algunas veces se le ve en las nubes montado por la Condesa; y entonces sólo anuncia cosas buenas; si llueve torrencialmente, no importa, el agua no matará la semilla, ni se desbordarán los ríos, la cosecha será buena y la mercancía se venderá a buen precio; si se ve desde el mar, anuncia que la tempestad no tendrá duración ni habrá peligro de hundimiento; si al que lo ve le van mal los negocios o los amores, no se preocupe, todo se arreglará beneficiosamente.

La mayor parte de estas cosas a que hace referencia a la leyenda de la Condesa nos fueron comunicadas, en nuestra infancia, por un viejo "Massover" de San Pedro Pescador, llamado Sebastián Roig, conocido por el apodo de "tiá Prim", casi centenario en aquellos días, que en su juventud tuvo ocasión de ver una vez a la Condesa y le causó una gran impresión. Las noches de invierno, mientras silbaba la tramontana, o bien caía a torrentes la lluvia, cerca de la "Llar" (Hogar) nos refería cosas prodigiosas; de vez en cuando decía: "Mujer... Angel?... Dimoni?...", y temblaba de miedo; otras veces cogidos de la mano, nos íbamos hacia la ventana que abría de par en par, y señalando al cielo extendía su mano derecha y nos decía: "Mirad...", y ¡oh prodigio! veíamos, a la luz de los relámpagos, galopar por las nubes, montada sobre "Belfégor" a la Condesa de Molins.

IV

“LA TABERNA DE LA MALCUADA”, “MAGI EL GANIVETAIRE”, “EL HORNO DE LA VILA”, “LA SOPA DE LOS DESCATLLAR”, “LOS FRAILES DE LA SANTA CRUZ”, “LAS BRUJAS”, “EL TESTAMENTO Y LAS OLLAS”

Triste y desconsolador era el estado en que se hallaba sumido San Pedro Pescador desde el año de 1815 hasta el de 1850, casi toda la población en ruinas, los campos en su mayor parte abandonados, la mayoría de las fincas propiedad de familias pertenecientes a la nobleza, en manos de “massovers” empobrecidos que no las cultivaban, pocas familias de campesinos, en un tiempo ricas, subsistía dentro de aquel desgraciado ambiente.

Gentes nuevas llegaban y se establecían en la localidad, nadie les preguntaba ni de dónde venían ni qué se proponían hacer; por otra parte, habría sido inútil; la mayor parte no tenía oficio ni beneficio, se avecindaban esperando mejorar la fortuna; algunos con deseos de trabajar, otros, la mayoría, más dispuestos a la vida aventurera que otra cosa. Los recién llegados se instalaban en una de las múltiples casas abandonadas, apartaban los escombros que aprovechaban para restaurar las paredes y cubrir los techos, y una vez hecha esta operación ponían puerta al edificio, detrás del mismo improvisaban un mal corral, alguna gallina o conejo y hasta en algunas ocasiones algún cordero o cabra. Por las mañanas los hombres se tumbaban en la plaza a la caricia del sol, en donde charlaban de temas relacionados con la pasada guerra y sobre las fechorías de

los ladrones tan abundantes en aquella época; por las tardes se reunían en cualquiera de las tabernas de la localidad, que era el único negocio que prosperaba a pesar del modestísimo precio que se cobraba por un vaso de vino. La más concurrida era la taberna conocida por "La Malcuada", que estaba situada en la calle Mayor, y que tenía grandes dimensiones; había en ella varios toneles de vino, bancos y toscas mesas de madera.

La dueña de la taberna era una mujer de mediana edad, que se había trasladado a San Pedro al salir de la cárcel de Gerona, en la que había cumplido condena por homicidio; la ayudaban en sus ocupaciones varias mujeres de mala procedencia, que se estimulaban en aventajarse en servir vino a los parroquianos y recibir de los mismos caricias más o menos groseras.

Había, además, en calidad de mozo en la casa, un hombretón moreno y velludo que hacía las veces de valiente; cuando alguno de los habituales de la taberna promovía escándalo o carecía de dinero para pagar, le sacudía algunos puñetazos y lo ponía en la calle. Este matón se llamaba Magín, era natural de Figueras y aun cuando se hacía pasar por sobrino de "La Malcuada" no tenía con ella ninguna relación familiar; se le llamaba Magí Ganivetaire, no porque tuviera ninguna habilidad en construir o afilar cuchillos, sino porque en el patio posterior de la taberna se dedicaba a dar lecciones de esgrima de cuchillo; eran muchísimos los que acudían a esta llamemos academia, y parece que las lecciones de Magí eran estimadísimas y consideradas de gran utilidad, toda vez que de los pueblos vecinos acudían muchísimos alumnos, los que al mismo tiempo dejaban los cuartos en la taberna.

No se crea, por esto, que no había personas honradas en la población; no dejó de haber un gran

número de antiguos "pagessos" que continuaron sus honradas costumbres, cultivaban la tierra con todo arte y esmero, a pesar del ínfimo precio que tenían los productos y los esfuerzos que precisaban para obtener una mediana cosecha, dada la escasez de elementos de cultivo.

Estas familias hacían vida aparte, salían pocas veces de su casa, los domingos iban a misa en la Iglesia con todo fervor y recogimiento, las mujeres con "Gipó y caputxa" y los hombres con barratina colorada; por las noches se recogían temprano en sus casas y después de rezar el Santo Rosario en familia cerraban la puerta y no abrían a nadie durante la noche.

La miseria era espantosa, particularmente durante los meses de invierno; la mayor parte de los muchos desocupados de la población se veían precisados a mendigar el pan de cada día en las puertas de las familias dedicadas a la labranza. Algunas casas de nobles sentimientos, como los Juera, los Miró, Clará, Texidor, Saló, Soler, Torrent y otros, dieron durante años de comer a muchos desgraciados, suministrándoles cada día una gran rebanada de pan por persona, legumbres y hortalizas y en los días de fiesta carne de cordero.

El Barón de Caramany, viendo que no había posibilidad de cocer el pan en la mayoría de las casas del pueblo, mandó construir a sus expensas un horno en el glassis de la fortaleza, llamado "Forn de la Vila", pues lo regaló al Municipio, y dispuso que de sus "masos" se suministrara tanta cuanta leña fuera necesaria para encender el fuego. Ello fué una gran mejora para la población; durante muchos años siguió funcionando; aun que su utilidad era gratuita, para todos los vecinos, se reglamentaron posteriormente distintas normas para el suministro de leña y para

nagar el jornal a los encargados del cuidado del horno.

La familia de los Descatllar, que únicamente les quedaron cuatro paredes de su fortín, habilitaron para comedor público un gran salón que no estaba por completo hundido, junto al que había una antiquísima cocina y servían gratuitamente la sopa a todo el que se presentaba.

“La Sopa de los Descatllar” llegó a ser famosa, pues en realidad era el único alimento de muchos necesitados en tan calamitosa época. De todas maneras, sin dejar de alabar el meritorio fin de esta familia, fué en parte perjudicial para la población, pues dió medio de afianzarse en San Pedro a muchos forasteros que no eran deseables.

Al llegar la primavera el pueblo tomaba un aspecto distinto; muchísimos forasteros aparecían vestidos de fraile, lo que daba a la población un aspecto raro. Era la época de la mendicidad, que se iniciaba alegremente y que no terminaría hasta los primeros fríos.

Los frailes de San Pedro no eran en realidad tales frailes, era el disfraz que usaban para pedir limosna la mayor parte de los descamisados de la población; bajo el hábito del fraile era frecuente se escondieran dos buenas pistolas y un afilado puñal.

El fraile mendicante salía a peregrinar por los pueblos, llamaba en todas las puertas y solía exclamar: “Bona gent, una caritat pels frares de la Santa Creu”, o sea: “Buena gente, una caridad para los frailes de la Sana Cruz”, y como había en todo el Ampurdán mucha buena fe y espíritu cristiano, no dejaban de darles unos dineros de limosna.

“Los Frares de la Sana Creu” se extendían en sus correrías, no se limitaban a los pueblos vecinos; iban a comarcas lejanas, incluso se llega-

ban a Gerona, Vich, Barcelona y Tarragona; la mayor parte de ellos remontaban el río Fluviá, camino de Olot, ciudad piadosa que daba buenas limosnas.

No era solamente la mendicidad la única actividad del "frare"; solía introducirse también en las masías y por la noche limpiaba de dineros las arcas de los campesinos que dormían confiados y que habían tenido la buena fe de acoger al santo varón, el cual llegando la madrugada se marchaba tranquilamente, prometiéndoles rezaría por su salvación.

Se cuenta que en más de una ocasión, encontrándose el fraile descubierto en el momento de robar, sacaba la pistola o el puñal y agredía a los "massovers" que habían confiado en sus hábitos, evadiéndose rápidamente hacia las montañas para encontrar asilo.

A pesar de que cada año se iban conociendo más las tristes aventuras de los frailes, no por esto entiviaba la caridad, era una buena fuente de ingresos. Quizá Dios en su gran misericordia ampara al miserable de la misma manera que da comida a la culebra, a la víbora y al escorpión.

En los primeros fríos iban regresando los "freres", que rápidamente mudaban los hábitos, se ponían el calzón corto y la barretina y se introducían en las tabernas, que a manera de celda los acogía cariñosamente.

El Ampurdán siempre ha sido tierra de brujas; no existe castillo o convento en ruinas en donde no se oigan raros ruidos de cadenas y gemidos de almas en pena; hay aparecidos y fantasmas en muchísimos lugares, pero no siempre eran cosas sobrenaturales, sino que había brujas de carne y hueso que todos tenían ocasión de ver y hasta de tratar.

Durante la primera mitad del siglo XIX fué la

gran época para las “bruixas”; tenían gran simpatía entre las gentes y era el ser bruja un magnífico negocio.

La bruja curaba toda clase de males por incurables que fueran, tenía poder sobre las personas y los animales, ayudaba a localizar tesoros y especialmente poseía un gran poder en su mirada; podía mirar bien o mal, en el primer caso hacía grandes beneficios; pero, en el segundo, transfería las maldades a capricho y destruía la tranquilidad de las gentes.

No se crea que era una cosa fácil llegar a ser bruja; para ser bruja se precisaban muchas circunstancias, la primera requería haber llegado a una edad avanzada, la segunda haber llevado una vida depravada y la tercera tener un aspecto físico lo más feo posible.

Obtenidas estas condiciones de carácter físico, debía pasarse por las dificultades del aprendizaje. Había que apoderarse en vivo de un águila, una lechuza, un mochuelo, un cuervo o, en último recurso, de un gato negro. Una vez en poder de la aspiranta, debía amaestrarlo correctamente hasta el extremo de confundirlo con la personalidad de la bruja. Después se escogía una torre en ruinas o una casucha vieja en donde se oyeran ruidos misteriosos y mucho mejor si allí se presentaban los aparecidos o fantasmas; se dormía de día y se velaba de noche. Las noches de Luna se salía a recorrer los campos afilando la mirada para conocer por su brillo las hierbas malas y las buenas, o sea las que curan y las que matan, las que producen mal de amores y las que pueden remediarlo, las que torturan el alma de las personas y las que le dan contento. También debía arañar la tierra hasta aprender a discernir las raíces virtuosas y las que no lo son.

Una vez obtenida ya esta sabiduría elemental,

empezaban los conjuros, se estudiaba el significado del canto del gallo y a distinguir el jeroglífico de las estrellas y, finalmente, se introducía misteriosamente en la iglesia, llevando en una vasija sal y vinagre, se arrodillaba al pie de los altares y haciendo una cruz en el suelo se decía por tres veces consecutivas: "A Déu renuncio i m'entrego al dimoni", o sea: "A Dios renuncio y me entrego al diablo", se volvía a salir clandestinamente, se buscaba un cruce de dos caminos en forma de cruz, se hacían varios saltos de rito especial y ya estaba la bruja ultimada. Algunos días después entraba en uso de sus poderes y podía volar por los aires cabalgando en una escoba.

Llegaron a tener gran fama las "Bruixas de Llers", "Las de Massanet", "Las de Boadella" y las de "Hortal", pero en casi todos los pueblos había su bruja propia, que ejercía sus funciones libremente y entre ellas existía solidaridad y compañerismo.

Las "Bruixas de Llers" son indudablemente las de mayor nombradía, de ellas se cuentan cosas extraordinarias y no hay nadie que haya corrido el Ampurdán que no tenga noticias de su existencia. El culto poeta don Carlos Fages de Climent, ha publicado un poema sobre las "Bruixes de Llers" que constituye la más alta expresión poética de esta materia.

Era trabajo exclusivo de la bruja el ejercicio de la medicina, no había en aquel entonces médicos rurales, la carencia de titulares universitarios era notoria, salvo algunas poblaciones de importancia, como Castelló de Ampurias, Figueras, La Bisbal, Palafrugell, que tenían médico, en los demás pueblos eran desconocidos; en caso de enfermedad podía recurrirse a los pastores que pretendían conocer la herboristería, pero si el enfermo no sanaba, no quedaba otro recurso que acu-

dir a la bruja. Entonces comenzaban los tratamientos a base de polvos mágicos, de hierbas milagrosas, de caldos complicados y repulsivos. Si el enfermo curaba, que gracias a Dios solía ocurrir muchas veces, quizá por que al enfermo de vida, el agua le es medicina, quedaba la fama de la bruja acrecentada, recibía de los familiares alguna moneda de plata y si la casa era rica incluso de oro; si desgraciadamente moría el paciente, no desmerecía en nada la fama de la bruja, se comprendía fácilmente que había hecho todo lo que podía para salvarlo, pero que como la vida tiene un fin, fatalmente había llegado "l' hora del malalt"; también solía atribuirse a malos quereres de algún vecino o enemigo, que odiaba al difunto o cuando menos sentía envidia de sus muchas virtudes, y entre las familias estallaban rencillas y odios que solían transferirse de generación en generación.

En caso de enfermedad grave solía haber consultas entre las brujas, no había ninguna dificultad en que la bruja de Vilamacolum se trasladara a Torroella de Fluviá para reunirse con la bruja de la población a la cabecera de un enfermo y las dos dictaminaran como sabios doctores sobre el proceso de la enfermedad y acordaran recetar algún caldo de hierbas, o bien hicieran fumigaciones en la casa para alejar a los malos quereres que alguien hubiese enviado.

Las brujas no viajaban montadas en escobas, generalmente iban en tartana o carro de vela que los familiares del enfermo cuidaban de enviarles, se cubrían con un velo negro y guardaban delante de los profanos un aspecto de seriedad, siendo parcas en palabras, empleando nombres difíciles e incomprensibles, incluso para ellas mismas, y solían llamarse entre sí con el calificativo de "Sabbia Dona".

Cuando la bruja anunciaba a los familiares que fatalmente el enfermo se moría, empezaban en la casa los lamentos y gemidos de las mujeres de su familia; el enfermo, desde la cama, oía perfectamente el escándalo y ya comprendía que estaba muy cerca el fin de sus días; de todas maneras, entraban en su habitación su mujer, sus hijos, sus parientes y todos ellos, con cara risueña, le comunicaban que iba mejorando, le preguntaban si quería pollo, conejo, perdiz o cualquier manjar que estimaran podía apetecer el paciente, y se tomaban precauciones para que no se asustara, pues había que ir a buscar "al senyor rector per confessar-lo", y tenían que prepararlo para que no se muriera de susto al comunicarle que iba a visitarle el párroco.

El enfermo que desgraciadamente se hallaba en este caso, generalmente agradecía tales demostraciones de afecto y solía pedir que fuesen a buscar "al capellà" (sacerdote), pues quería descargar la conciencia y hacer testamento. Al oírle expresar de esta forma, la alegría llenaba a todos los familiares, que cuidaban en avisar seguidamente al párroco. Por lo regular, el párroco que ya estaba en antecedentes de la desgracia que ocurría en la casa, se trasladaba seguidamente a visitar al enfermo y como sabía la costumbre, iba provisto de papel, tinta y pluma e incluso le acompañaban los testigos. Confesado el enfermo, y hay que hacer constar que la religión ocupaba en el corazón de los ampurdaneses el primer lugar, se procedía a otorgar el testamento; generalmente se nombraba el "hereu" y se hacían varios legados a todos los familiares, se legaba el arca, la cama, el reloj, si lo tenía, etc., se fijaba una dote a las muchachas para cuando se casaran, y a los varones segundones otra cantidad para que se es-

tablecieran en algún oficio, se bendecía a todos y la conciencia del testador quedaba tranquila.

Unas horas después y generalmente una vez anochecido, se le suministraba el Viático al que acompañaban todos los vecinos de la localidad con velas encendidas, las mujeres lloraban, los hombres ponían la cara triste y, después de recibir los sacramentos el enfermo, se regresaba a la parroquia en la misma forma .

Ya viaticado el moribundo, mientras las mujeres de la casa estaban reunidas en el comedor-cocina rezando el Santo Rosario para que Dios se acordara del enfermo, en aquellos momentos el "hereu" entraba en el cuarto y recibía del mismo la confidencia de las "ollas" Era costumbre esconder en algún rincón de la casa las economías hechas durante los años de prosperidad, por lo regular se guardaban las monedas ahorradas en alguna olla que nadie más que el dueño de la casa sabía el lugar exacto en donde se encontraba; el "hereu" trataba de recibir el secreto, lo que era bastante difícil, pues el moribundo siempre tenía una esperanza de recuperar la salud, finalmente, después de muchas rogativas y en algún caso de recurrir a las amenazas, obtenía el codiciado secreto.

También ocurría que se entregaba al "hereu" un plano confuso o se le hacían indicaciones de manera poco claras, pero hay que tener presente que si el primer lugar en el corazón de un ampurdanés de la primera mitad del siglo XIX estaba lealmente puesto en Dios, el segundo lo poseía la avaricia.

V

EL GIGANTE POETA

No hace más allá de unos veinte años que cualquier viejo de San Pedro Pescador, y hasta de alguno de los muchos pueblos cercanos, el día veintinueve de septiembre por la mañana os decía la siguiente salutación:

“El día de Sant Miquel gloriós,
varen ballar la Corranda
la Comtessa i el gegant
Déu els tingué en glória santa.”
a lo que había de responderse con un respetuoso
“Amén”.

Esta rara y curiosa costumbre tenía un origen más poético que real, pero estaba tan arraigada en la mentalidad de aquellas gentes, que estimaban al practicarla cumplir un deber religioso.

A pesar de todas las cosas que hemos tenido ocasión de averiguar con respecto al famosísimo gigante poeta, son en su mayoría desprovistas de fundamento sólido, no por esto ha dejado de existir el referido gigante y hasta podemos asegurar que su personalidad, casi legendaria, corresponde a su tiempo lleno de un naciente romanticismo, que aparecía al empezar a derrumbarse la estructura medio feudal del Ampurdán de últimos del siglo XVIII y primeros del XIX.

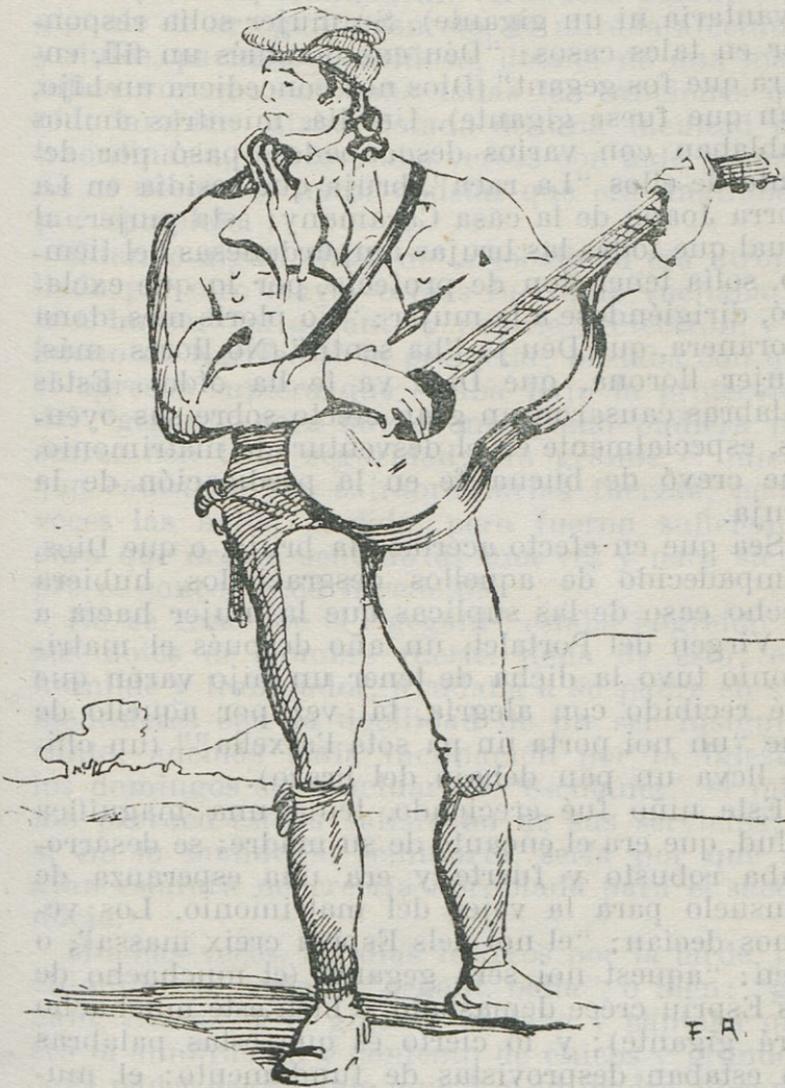
Para dar una idea más o menos completa de la personalidad de Narciso Espriu y Fullá, nos encontramos con la seria dificultad de que no es posible separar su biografía de su leyenda. A pesar de no haber transcurrido un siglo a contar desde el día de su muerte, no se han podido ob-

tener documentos que acrediten en forma fehaciente algo de su vida.

No obstante, también sería temerario asegurar en absoluto que dicho personaje no ha existido nunca y que es una ficción legendaria expresiva del sentimiento poético y caballeresco de aquellos días.

Cuenta la leyenda, que habitaba en una miserable casucha de San Pedro Pescador, situada cerca de la iglesia parroquial, un matrimonio muy pobre y de edad algo avanzada, el marido era natural de Ventalló y la mujer nativa de San Pedro, y pertenecía a la familia de los Fullá, que hoy día subsiste aún en la villa, si bien algunos miembros pertenecientes a la misma han trasladado su residencia a otras localidades y obtenido por su esfuerzo y capacidad lugares distinguidos entre la sociedad contemporánea.

Este matrimonio no tenía hijos, lo que en aquellos tiempos resultaba una desgracia irreparable. pues en una casa campesina los hijos, al mismo tiempo de ser la continuación de sus padres, en los últimos años de su vida les prestaban una positiva ayuda moral y económica. El marido que no tenía, al igual que la mayor parte de los vecinos, ocupación concreta, se dedicaba a pescar en el río, hacía de pastor, cortaba leña y algunas veces prestaba servicio en calidad de mozo en algunas de las casas dedicadas a la labranza o en alguno de los "mansos" cercanos a la población. Llegó un día en que sus fuerzas le abandonaban, la vejez prematura, venida a consecuencia de un trabajo rudo, había hecho presa sobre aquel hombre; estaba muchas veces sentado a la puerta de su casa desprovisto de ocupación productiva, mientras su mujer tenía trabajo en hacer hervir la sopa con que debían alimentarse. En esta situación, hablando muchas veces con sus vecinos, de-



F. A.

cía: “La casa està perduda, no l'aixecaria ni un gegant” (La casa o mi casa, está perdida, no la levantaría ni un gigante). Su mujer solía responder en tales casos: “Déu ens dongués un fill, encara que fos gegant” (Dios nos concediera un hijo, aun que fuese gigante). Un día, mientras ambos hablaban con varios desocupados, pasó por delante de ellos “La raca”, bruja que residía en La Torra Joana de la casa Caramany; esta mujer, al igual que todas las brujas ampurdanesas del tiempo, solía tener don de profecía, por lo que exclamó, dirigiéndose a la mujer: “No ploris més, dona ploranera, que Déu ja t'ha sentit” (No llores más, mujer llorona, que Dios ya te ha oído). Estas palabras causaron un gran efecto sobre sus oyentes, especialmente en el desventurado matrimonio, que creyó de buena fe en la predicación de la bruja.

Sea que en efecto acertase la bruja, o que Dios, compadecido de aquellos desgraciados, hubiera hecho caso de las súplicas que la mujer hacía a la Virgen del Portalet, un año después el matrimonio tuvo la dicha de tener un hijo varón que fué recibido con alegría, tal vez por aquello de que “un noi porta un pa sota l'aixella” (un chico lleva un pan debajo del brazo).

Este niño fué creciendo, tenía una magnífica salud, que era el encanto de su madre; se desarrollaba robusto y fuerte y era una esperanza de consuelo para la vejez del matrimonio. Los vecinos decían: “el noi dels Espriu creix massa”, o bien: “aquest noi serà gegant” (el muchacho de los Espriu crece demasiado, o bien este muchacho será gigante); y lo cierto es que estas palabras no estaban desprovistas de fundamento; el muchacho era hermoso, fuerte, de una robustez excesiva, crecía rápidamente, sobresalía de entre todos los chiquillos de la población; iban pasando

los años y al llegar a los quince Narciso Espriu y Fullá era en realidad un verdadero gigante; un gigante de arrogante aspecto, de mirada afectuosa y dulce, pacífico y cariñoso, dotado de una magnífica voz que entonaba todas las canciones que oía; también estaba dotado de una facultad extraordinaria, improvisaba versos con todo primor; no es necesario hacer constar que era analfabeto por completo.

Cuando algún chico de la localidad era atropellado por otro mayor o más fuerte no vacilaba en ir a buscar “al gegant” y pedirle protección, y el bueno de Narciso se la prometía; bastaba con que el agresor supiera que estaba bajo la protección del “gegant” para que el muchacho pudiera pasearse con toda seguridad; era grande el miedo que causaban sus extraordinarias fuerzas; pocas veces las había medido, pero fueron suficientes para que dejara sentado de una vez y para siempre el concepto de invencible.

No se crea que el “gegant” estaba engreído de sus dotes de hombre fuerte, nada de esto; era humilde y trabajador, ayudaba a su padre en sus menesteres con la docilidad de un ser insignificante; además tenía inclinación por la Iglesia; los domingos solía actuar de “escolanet”, el mismo párroco estaba satisfecho de sus servicios; y si no lo mandó al seminario, sería por que su gran estatura no creería apropiada para el sacerdocio.

Muchas veces, los días festivos por la tarde, los chiquillos le decían: “gegant, balla”, o bien: “gegant, canta”, y el gigante bailaba y cantaba que era la admiración y contento de chicos y grandes.

El padre del gigante murió, y su madre, durante sus últimos años, tuvo una vejez tranquila, pues su hijo proveyó lo necesario para su sustento; muchos de los bandoleros que acudían a las taber-

nas de San Pedro deseaban que el gigante ingresara en su cuadrilla; un mozo de tal presencia y fuerza era un elemento codiciable, pero Narciso, mientras vivieron sus padres ni después de su muerte, no tuvo la más mínima intención de dedicarse a tan aventurada profesión.

Al transcurrir los años y al convertirse en mozo, el gigante fué dándose cuenta de que su cualidad de gigante era una desgracia en vez de una suerte. Un gran cambio moral llenaría su ánimo, pero aun que muchas veces se hallaba sumido en fuerte melancolía, no quería que trascendiera a los demás lo que moralmente sufría; sabía sonreír y cantar, era un poeta, tenía corazón de niño y fuerzas superiores a las de un héroe. Ya no bailaba por las calles ni plazas cuando se lo pedían, ni estaba dispuesto a cantar para complacer a los chiquillos; adoraba la música, el canto y hacía inmejorables poesías, pero lo hacía cuando se encontraba a solas por los campos, en la inmensidad de la llanura ampurdanesa, apacentando bueyes o caballos; no se sentiría tan grande; su espíritu al contemplar la naturaleza vería con alegría que era siempre el hombre pequeño frente a la majestad de Dios.

Un domingo "el gegant" fué a tomar unos vasos de vino en la taberna de la Malcuada, costumbre que practicaban casi todos los hombres de la población; el muchacho hacía lo mismo que los demás, es decir, hacía algo mejor que los otros, sabía cantar y recitar versos; esto le daba motivo de lucimiento delante de todos; existía en este establecimiento un granuja llamado Magí Ganivetaire que daba lecciones de esgrima de puñal, muy admirado y que se creía un personaje; Magí Ganivetaire se sentía humillado irente "el gegant"; la envidia le roía las entrañas ante aquel joven tan arrogante que admiraban y respetaban

los bandoleros. Magí quiso provocar al gigante creyendo que de una certera cuchillada podría deshacerse de aquel estorbo y al mismo tiempo aumentar su fama de valiente; buscó un pretexto para lograr su propósito; se lañ compuso para hacerle perder la serenidad; le dijo que a pesar de su estatura no era nada más que un pobre infeliz, que carecía de hombría y otras cosas por el estilo. Narciso tenía el carácter dulce, no era camorrista, de manera que a Magí le costó mucho lograr ponerlo fuera de sí; pero tantas cosas le dijo que al fin el gigante se levantó y le plantó cara; esta era la ocasión que esperaba Magí; convencido de su habilidad sacó su cuchillo y se dispuso a atacar al "gegant" para darle a gusto unas puñaladas. Narciso no sabía nada de este juego, pero era valiente, y no perdió la serenidad; esquivó como pudo a Magí y logró agarrarlo por las muñecas haciéndole saltar el cuchillo; los asistentes a la riña estaban entusiasmados, iban a presenciár una pelea entre dos hombres de fuerza desigual, pero terribles. Magí, dando unos pasos atrás, se armó de dos nuevos cuchillos y teniendo uno en cada mano volvió a atacar al "gegant"; pero Narciso, que ya estaba caliente de tanta bravuconería, embistió de frente al ganivetaire, le desarmó fácilmente y levantándole por los aires le tiró tres o cuatro veces por el suelo, golpeándole fuertemente la cabeza hasta lograr deshacersele.

Una gran ovación fué tributada al "gegant"; acababa de demostrar que no era un pobre infeliz si no todo lo contrario; se le admiraba como autor de una hazaña extraordinaria, se le hicieron propuestas para ingresar en acreditadas bandas de ladrones, incluso que fuera capitán de alguna, pero Narciso huyó de aquel centro de reunión de indeseables y continuó su habitual vida,

Hemos de hacer constar que un asesinato en aquellos días no tenía la más pequeña importancia; era cosa que pasaba con bastante frecuencia; y el hombre que había matado a Magí Ganivetaire tenía toda la simpatía de la localidad; los campesinos honrados le agradecían haberlos librado de un ser antipático y peligroso; los granujas envidiaban este honor.

El desagradable ambiente que se respiraba en la población no complacía al "gegant", el cual un buen día se estableció en Ventalló; en este pueblo fué bien acogido, prestó servicio en calidad de mozo en casa Parramón y también en casa Sastreger, ambas poderosas familias de costumbres feudales y patriarcales que poseían magníficas haciendas.

El gigante no tenía precio para la recogida de la aceituna; su extraordinaria altura le permitía alcanzarlas del árbol sin tener que usar escalera ni emplear la vara para aventarlas. Hacía el trabajo mejor que nadie; para empujar un molino de aceite poseía una fuerza superior a la de varios hombres; además tenía buenas piernas y podía llevar un peso regular sobre las espaldas sin gran fatiga, repartía los pellejos de aceite por los pueblos vecinos e incluso dice la tonadilla que se había distinguido por llevar el aceite más fino a los párrocos de los pueblos vecinos.

"El gegant de Ventalló,
porta l'oli, porta l'oli,
el gegant de Ventalló
porta l'oli del rector."

Narciso Espriu y Fullá había obtenido en Ventalló la estimación de todos, estaba acreditado como hombre honrado y de bien, en cada casa tenía un amigo. Cuando había que llevar de un

pueblo a otro alguna cantidad crecida en metálico, y en aquel tiempo la mayor parte de pagos se hacían en moneda de oro, era nuestro gigante quien se encargaba de hacerlo; en el había seguridad absoluta, no solamente por su honradez sin tacha si no que también por la seguridad que representaba; en estos casos llevaba en un saquito el dinero y marchaba a través de los campos, evitando los caminos en donde le habría podido salir al paso cualquier granuja; iba provisto de bastón y pistola, que nunca tuvo ocasión de emplear, pues su marcial aspecto tenía amedrentados a todos los malhechores; únicamente alguna cuadrilla numerosa se habría atrevido a detenerlo; pero él sabía pasar por sitios difíciles y la agilidad de sus piernas le era utilísima para dar grandes rodeos.

En fin, el gigante había logrado una situación acreditada en Ventalló; por otra parte en este pueblo no se respiraba el desagradable ambiente de San Pedro Pescador que, sea dicho en honor de los ampurdaneses de aquellos días, era una excepción, pues en la mayoría de los pueblos y villas las costumbres seguían en forma parecida al siglo XVIII, y era la hombría de bien cosa frecuente.

La extraña condición de San Pedro Pescador durante unos años fué un hecho excepcional; la villa pagaba a un precio carísimo su heroísmo en la guerra de la Independencia, pero ya veremos en su oportunidad cómo fueron evolucionando las cosas y cómo no hay mal que cien años dure; llegó día que los hechos cambiaron en forma definitiva.

El "gegant" estaba en aquella edad juvenil en que los hombres suelen enamorarse, y no fué una excepción; hay que tener presente que era además de joven, poeta, músico y, por tanto, soñador;

en su mentalidad se forjaban sueños más bellos que en otras personas y sufría los mismos desencantos, tal vez más intensos por ser más profundos sus sentimientos, por demás era gigante, un ser distinto de los otros y él se daba cuenta perfectamente de su desgracia.

Con respecto a su altura es un hecho que no se ha podido nunca precisar qué altura tendría ese buen mozo; se habla de quince y más palmos, pero la leyenda exagera las cosas: nos parece prudente creer que solamente tendría un par de palmos, a lo más, sobre la altura normal de un hombre alto; en el Ampurdán abundan, hoy día inclusive, hombres altos y bien formados, que si los comparamos a los de otras comarcas del sur de España parecen pertenecer a otra raza, pero esto también ocurre con los hombres del país vasco comparados con los de Andalucía.

Nuestro héroe se enamoraba frecuentemente, conocía todas las chicas, no sólo de Ventalló si no de los pueblos cercanos; era sensible a sus encantos y les dedicaba versos y canciones. En aquellos días en Ventalló, al igual que en otros pueblos importantes, Torroella de Monterí y La Bisbal, por ejemplo, se solían dar por las noches, principalmente en primavera y en verano y hasta con motivo de la fiesta de Navidad, alegres sonatas por los mozos a las muchachas, y para estos menesteres el gigante era un elemento importante; solía acompañar a los jóvenes y cantaba por ellos; tocaba con habilidad la guitarra y el acordeón, que se había introducido poco tiempo antes procedente de Francia.

No obstante tan bellos adornos no tenía aceptación entre las muchachas que en cuanto creían ver al gigante enamorado de ellas no tardaban en desilusionarlo; él sufría calladamente, mientras

su corazón sangraba con todo el amargor de su alma poética y resignada.

Nos dice una popular tonadilla:

“El gegant canta que canta,
mai es cansa de cantar,
al trist l'alegria torna
i als alegres fa plorar.
Va pels camps amb gallardia,
una espina porta al cor,
pel semblant ningú ho diria
mes son pit pateix d'amor.
Una noia de Sant Pere
li va dir un bell matí:
ni les flors són per l'era
ni el gegant és fet per mi.
I així totes les noies
nascudes a l'Ampurdà
li reien, li feien burles,
quan els deia de ballar.
Mes un jorn a Ventalló
mentre el gegant plorava
“la dama de Carmansó”
per ballar li demanava.
El gegant canta que canta,
mai es cansa de cantar,
al trist l'alegria torna
i als alegres fa plorar.”

La tonadilla expresa muy fina y acertadamente el gran problema sentimental del gigante, se atribuye al mismo su composición y finalmente alude a la “Dama de Carmansó”, que no es otra que la célebre Condesa de Molíns.

Díos, que hace las cosas siempre bien y a su manera, dispuso que entre “el gegant” y la Condesa existiera un nexo de conexión del cual nos vamos a ocupar seguidamente.

Un año, posiblemente uno de los comprendidos desde 1820 a 1825, época del mayor esplendor de la Condesa, había acudido el día veintinueve de septiembre, fiesta de San Miguel, patrón del pueblo, a Ventalló, el señor Obispo de Gerona para proceder a la visita pastoral y dar el sacramento de la confirmación no sólo a los vecinos del pueblo si no que también a los de las poblaciones cercanas.

El hecho representaba unas fiestas extraordinarias: el señor Obispo de Gerona tenía en aquellas épocas todo el prestigio de su calidad; además la fe viva de aquellos hombres exageraba su importancia y hacía que en su honor se celebraran grandes festejos. De los pueblos cercanos habían acudido todas las personas interesadas en recibir de manos del prelado el sacramento: con sus familiares y amigos, casi todos los pueblos comprendidos por las cercanías tenían su más brillante y lucida representación; las personas de calidad y dinero competían en presentarse con el mayor lujo posible: allí podían verse llegados en carros, tartanas, coches y a caballo, infinidad de personas de lo más acreditado de la nobleza ampurdanesa, así como también a las familias más ricas que aspiraban a elevarse de categoría: había los barones de Caramany, Montiró, San Mori, Descatllar, con sus respectivas familias y escoltas; estaban igualmente presentes Albanvá de Torroella de Fluviá, Fages de San Miguel de Fluviá, Geli de Vilamaçolum, Cortev de Arcentera, Puig de Vilahur, Batlle de Palau de Santa Eulalia; en fin, casi todas las familias acreditadas por su prestigio y posición económica; algunos bandoleros pertenecientes a la nobleza también tenían entrada (hay que tener presente las raras costumbres de la época); e incluso había asistido la "Condesa de Molíns"

que tenía el prestigio de ser una heroína, una bandolera y una gran dama.

La existencia en Ventalló de dos grandes y poderosas familias que eran los Parramón y los Sastreger, daba lugar a la mayor brillantez del acto y en sus casas se alojaba lo mejor y más escogido de los concurrentes.

Indudablemente el señor Obispo para llegar a Ventalló, pues no existían carreteras ni puentes, había tenido que acometer una empresa difícil; salir de Gerona para ir a la visita pastoral requería una serie de complicadas maniobras; el señor Obispo viajaba en dos o tres coches tirados por mulas, acompañado de su cortejo y familiares, escoltado por su propia guardia y la que le daban de pueblo a pueblo los somatenes y las fuerzas armadas que sostenían los poderosos señores de la época, los campesinos ricos e incluso algunos bandoleros; se dice que la misma Condesa le había concedido una escolta de sesenta ladrones, de los más escogidos de su cuadrilla, que lo acompañaron desde La Bisbal a Ventalló, que equivalió a asegurar a la sacra persona la seguridad dentro de los dominios de esta valerosa mujer. El viaje se hacía, pues, por etapas, y en cada lugar que se paraba el señor Obispo era obsequiado con todo esplendor.

En las casas de la población en que se alojaba el señor Obispo se celebraban colosales banquetes; después del Oficio y vistos los festejos populares se sentaban a la mesa; algunos de los banquetes llegaron a ser tan abundantes y fastuosos que los comensales no se levantaban de la mesa hasta la hora de tener que ir a acostarse por haberse entroncado la comida con la cena.

En la ocasión de que tratamos Ventalló lució con todo el esplendor de su merecida fama; los festejos fueron muy grandes, incluso se iluminó

todo el pueblo con reverberos, casa que no se hacía nunca, pues por las noches los pueblos ampurdaneses no conocían otro alumbrado que la luz de la luna.

Una tarde en la plaza, mientras se bailaba el contrapás —las sardanas eran en aquel entonces completamente desconocidas— y otros bailes de uno y costumbre comarcal hoy desaparecidos, la Condesa vió en un rincón de la plaza, medio escondido, al gigante; en sus ojos había lágrimas; la extraordinaria mujer, que de natural se dice era buena y caritativa, se dirigió al gigante y le dijo:

“Gegant, per què plores?” (gigante, ¿por qué lloras?)

El gigante respondió:

“Ma senyora la Comtessa, cap noia vol ballar amb mi; sóc jove, mes sóc pobre i ma llargada els fa por.” (Mi señora la Condesa, ninguna muchacha quiere bailar conmigo; soy joven, soy pobre y mi altura les da miedo.)

La Condesa comprendió, con su astucia de mujer, el dolor del alma del gigante y le preguntó:

“I amb mi ballaries? (¿Conmigo bailarías?)

“Amb ma senyora la Comtessa aniria fins al fi del món.” (Con mi señora la Condesa iría hasta el fin del mundo.)

La Condesa exclamó:

“Avui ballaran a plaça la Comtessa i el gegant! (¡Hoy bailarán en la plaza la Condesa y el gigante!)

La Condesa cogió de la mano al gigante, salió al medio de la plaza y con la majestad que sólo sabía usar esta extraordinaria mujer, mandó a los músicos que tocasen la “Corranda reial”; la expectación fué enorme; este deseo era digno de ella, lo que pedía era un honor que solamente podía tenerlo el Rey deseado, o sea Fernando VII.

La "Corranda reial" era el baile de honor de los Condes de Ampurias en la Edad Media, que fué tiempo después usado por los Reyes de Aragón. El famoso "Ball Plá de Olot" es la única manifestación folklórica que se conoce actualmente de esta danza, que se baila en Olot por tradición, aunque la mayoría de los que lo han visto y hasta tomado parte en ella, ignoran que es la expresión de entusiasmo popular del medioevo cuando se iba a recibir la visita de los Condes de Besalú, y posteriormente a los Reyes de Aragón.

¿La Condesa iba tal vez a proclamarse Reina? Nada de eso; iba a honrar al gigante con el más alto honor de la época en materia de baile.

Los músicos vacilaron antes de tocar la danza, ¿pero quién iba a negarse ante una cosa tan extraña? ¿Los mismos barones y caballeros se habrían atrevido a impedirselo a una mujer que tenía dentro de las murallas de Ventalló a la mejor partida de bandoleros de la comarca, que a un solo movimiento de ella eran capaces de incendiar y arrasar el pueblo?

La música tocó la célebre "Corranda reial"; la Condesa, con la altivez de una reina, delante de todos le dió al gigante sus dos pistolas, lo que era equivalente a nombrarle caballero; desenvainó su espada y su puñal, y seguida del "gegant" danzó este rarísimo baile, que unas veces tiene el sabor de una batalla, otras de expresión del orgullo de una raza poderosa, y en algunos momentos representa el apasionamiento de un pueblo sufrido, leal, valiente y generoso. Finalmente el "gegant", que era un gran bailarín, levantó por los aires a la Condesa que sin soltar su puñal, ni su espada, era aclamada en triunfo por todos los que lo presenciaron.

Desde aquel momento el gigante entró al servicio de la Condesa; no obstante nunca fué bandole-

ro, iba en calidad de escudero, la servía lealmente, la seguía en sus correrías, era su hombre de confianza, si alguna vez usó de sus fuerzas o se valió de alguna arma fué únicamente en defensa de su señora; por las noches, cuando acampaban en los bosques, el gigante se tumbaba a los pies de su dueña, la protegía contra sus propios hombres, le declamaba poesías, le cantaba canciones y le contaba largas historias. La Condesa estaba segura a su lado; el gigante era fiel y leal como un perro, fuerte y valiente como un león; era, en definitiva, el ángel guardián de aquella mujer original y extraordinaria.

Cuando la Condesa ingresó en el Convento de Garriguella, se presentó en compañía del "Gegant"; sospechamos que la Madre Superiora lo tomaría por algún ser diabólico, quizá le cantaría a las monjas alguna de sus canciones místicas; en este caso mejorarían de concepto.

La Condesa al despedirse del gigante le hizo entrega de algunas de sus preciosas joyas, por si algún día le pudieran sacar de apuros. Narciso regresó a Ventalló en donde continuó su habitual vida.

Algún tiempo después, cuando Narciso tuvo conocimiento del desgraciado fin de la Condesa en el Castillo de Carmansó, enterado también de que los vecinos de Vilajuiga y otros pueblos hacían exploraciones en el Castillo con la esperanza de encontrar los tesoros que pudiera haber escondidos en él, llevó a la práctica un hecho portentoso que se precisaba ser poeta para concebirlo y gigante para realizarlo.

Se armó de una gran maza, de fusil y pistola, se trasladó a vivir al castillo; su presencia entre las ruinas fué el pánico de todos los habitantes de las cercanías, que creyeron de buena fe que un ser sobrenatural se había instalado allí. Nadie

se atrevió a presentarse en el castillo; por las noches se le veía, a la luz de la luna, sobre los derrumbados muros.

Durante dos años, poco más o poco menos, hizo esta extraña guardia; parece que llegó a apoderarse de los restos de la Condesa y los puso en lugar seguro, por lo cual el hermano de la misma, años más tarde, los encontró. Además en las soledades de Carmansó compuso el célebre poema de la Condesa, poema que, desgraciadamente, hoy se conoce sólo por fragmentos.

No tardaron mucho tiempo los moradores de los contornos en saber que cantaba, y poco a poco, como el gigante era bueno, se les fué marchando el pánico, se fueron aproximando al castillo, les recibía bien, les declama sus poesías y ellos le llevaban comida y le daban dinero. También creían que tenía la virtud de curar de gracia; muchas veces le llevaban enfermos para que les pusiera las manos encima; la mayoría, como no tenían más que enfermedades imaginarias, solían curarse y su fama iba extendiéndose.

Queremos poner de manifiesto a los lectores, la rara semejanza con que los hechos relatados guardan relación con alguna de las obras de Wagner. El ilustre escritor doctor don Antonio Bosch Uceyay, en un artículo publicado en el semanario "Destino" mantiene el criterio que la célebre obra de Wagner "Parsifal" fué inspirada al eminentísimo músico por una leyenda que conoció en el pirineo español. Hace asimismo constar en este notable artículo que Carmansó, que también se escribe Quermansó, se parece fonéticamente a Klingsor, y que precisamente la montaña de San Pedro de Roda es el teatro de la obra wagneriana; esta opinión del docto escritor nos parece justa y precisa y entendemos que su artículo ha sentido razonablemente un hecho que honra a todo

el Ampurdán. Algunos escritores no participan de esta opinión, pero cada día son más los que van estimándola como se merece.

Narciso Espriu y Fullá no terminó sus días en Carmansó; terminado su poema y su rara hazaña se dedicó a correr por los pueblos, hasta que un buen día llegó a Rosas, La inmensidad del mar impresionó vivamente al poeta, que ansioso de espacios grandes e ilimitados vió en él algo que no parecía tener límite, y como le dijeron que en efecto lo tenía, embarcó en calidad de marinero e hizo varios viajes en barco. Sus viajes marítimos fueron por el Mediterráneo; llegó a Nápoles y estuvo en esta ciudad algunos años. Nápoles era lugar apropiado para un cantante y para un poeta; mejoró su estilo y fué bien recibido en aquella tierra. Por lo visto vendió a buen precio las alhajas que le regaló la Condesa y tuvo ocasión de divertirse. Las mujeres napolitanas no eran tan austeras como las ampurdanesas y vieron en el gigante un hombre muy aceptable, incluso las costumbres eran más democráticas y libres.

Narciso tuvo ocasión de ver y examinar la corte del Rey don Fernando de Borbón, pintoresca y con ribetes de opereta.

Por su calidad de cantor se le dió entrada en muchas fiestas de las más nobles casas; vivió, pues, a su manera, una vida llena de encantos y poesía.

Mas un día su salud se quebrantó y la tuberculosis hizo presa de aquel hombretón que tenía el alma llena de ensueños; la nostalgia de la patria era su obsesión; regresó a Rosas y se hizo "parlotaire". Los "parlotaires" eran marineros viejos que al fin se habían retirado y que iban recorriendo los pueblos ampurdaneses relatando hechos y coplas, dando a conocer distintas noticias de ca-

rácter informativo; todo a cambio de algunos dineros.

Como “parlotaire” Narciso era inmejorable, pero la enfermedad minaba sus fuerzas y había perdido la voz; no era el hombre de antaño; sus cabellos blancos prematuramente, su palidez y su ahogo le incapacitaban para este oficio; regresó a San Pedro y entró en calidad de pastor en casa de los Descallar. Por las noches de invierno relataba cerca del hogar largos e interesantes relatos de sus viajes, declamaba sus renombrados poemas y alguna que otra vez intentaba cantar sus más bellas canciones.

“Quant cantaràs, gegant?” (¿Cuándo cantarás, gigante?), le decían todos, y Narciso respondía siempre:

“Antes de morir volveré a cantar”.

Un día, un melancólico atardecer de otoño, cuando el cielo se tiñe de un color rojizo que únicamente se ve con toda su majestad en las llanuras ampurdanesas al ponerse el sol, Narciso se hallaba apacentando vacas y caballos en Batipalmas, cerca de Dos Rius y el Juncá. Sentado en medio de la “Closa” sintió el próximo fin de sus días; su voz, la melodiosa voz de antaño, recobró por unos momentos toda su belleza y pujanza y el gigante cantó, cantó con todo el sabor de su alma de poeta; se oía su voz de todos los campos cercanos. “El gegant canta que canta”, los pastores y los campesinos corrían hacia él, lo vieron sentado en el suelo; en frente de él estaba su roja barretina, los brazos en cruz, su canto no era de carácter narrativo ni guerreo, era un himno dedicado a la Virgen del Portalet, de gran devoción en San Pedro, a quien elevaba sus mejores y más elocuentes alabanzas; las lágrimas corrían por sus mejillas; finalmente, dando a su voz las más melódicas notas, exclamó:

“Gloria a Déu per les altures,
entre els homes caritat.
ell acullí les ovelles
que el Bon Pastor ha guardat.”

Y el gigante cayó dormido sobre la hierba; era su último sueño, del que no iba a despertar; sus ojos llenos de lágrimas, medio entornados, hacían raro contraste con la sonrisa de bondad que quedaba dibujada en sus labios. Las campanas de San Pedro ...dice la tradición..., al morir el gigante doblaron solas, con melodías nunca oídas. ¿Quizá Narciso antes de remontarse a los cielos dió el último adiós a sus convecinos? Un gigante no se marcha sin ser visto, y él era cantor, poeta y gigante, representante de una raza fuerte y tenía derecho a no morir como los demás.

Muchos pueblos del Ampurdán tienen gigantes que bailan el día de la fiesta mayor; algunos los tienen por su origen de plazas de Señorío Real, por ejemplo Torroella de Montgrí; otros, como Castelló de Ampurias, por mérito de la tradición de sus Condes. San Pedro Pescador no tiene gigantes, pero es el único pueblo que ha tenido un gigante de verdad, no unos muñecos de cartón; el Ayuntamiento ha pensado alguna vez en adquirir unos gigantes para dar alegría a los chiquillos del pueblo; hasta hoy no se ha llevado a la práctica esta idea.

Para tener gigantes no se necesita ningún privilegio; es potestativo del Ayuntamiento el dar gusto a los chiquillos de la villa, y éstos esperan ver los gigantes; no quiero desde estas págsinas quitarles la ilusión, por que sé que un día se verá convertida en realidad, de manera que digo a todos los niños:

“Nens de Sant Pere, aneu a la plaça, que tard o d'hora ballaran els gegants.”

VI

*ESTRUCTURA SOCIAL, ECONOMICA
Y POLITICA DEL AMPURDAN*

Para que muchas de las circunstancias que concurren en algunos de los personajes, de los cuales en esta obra hacemos una pequeña biografía, sean fácilmente comprendidas de los lectores, vamos a ocuparnos seguidamente de la estructura social, económica y política ampurdanesa del siglo XVIII al XIX, época en que empezó a perfilarse su forma actual.

Cualquier persona que haya viajado por el Ampurdán habrá observado la gran cantidad de ruinas que se encuentran, especialmente de castillos y antiguos monasterios.

Si pregunta a los campesinos le dirán que hace muchísimos años que se encuentran de esta forma, que en ellos hay fantasmas, brujas y que en tiempos de sus abuelos los habitaban ladrones, algunos también agregarán que fueron hechos en época de los moros; de todas maneras los campesinos no hacen otra cosa que comunicar lo único que ellos saben, y por otra parte tampoco mienten en absoluto.

Si se hace la misma pregunta a un sacerdote viejo —y cada día van quedando menos—, este señor les dará más interesantes informaciones, hablará de que en un tiempo los habitaban grandes y poderosas familias, que había barones poderosos como reyes, que sentían especial cariño por la Iglesia, que hacían donativos a la misma, que fundaban beneficios y capellanías, que estos señores se fueron extinguiendo, que algunas de

las escasas familias de origen noble que aun subsisten conserban en parte algún privilegio y que poquito a poco se va olvidando por completo su existencia.

La mayor parte de los libros que tratan del antiguo Ampurdán se ocupan extensamente de la ciudad greco-romana de Ampurias, de lo que fué este mercado, de su importante puerto, y al tratar de su fin un velo misterioso lo cubre, al que solamente se alude por conjeturas; de que si el mar la arruinó, o que si las dunas la cubrieron, pero a pesar de todo es perfectamente conocida su destrucción, que tuvo lugar durante el siglo ix, por haber incendiado y saqueado varias veces la misma, los piratas normandés.

Se cree igualmente que Ampurias fué una gran ciudad, y si bien es cierto que en su tiempo fué una de las más importantes ciudades de la península Ibérica, no por esto hay que exagerar las cosas.

El principal mérito que tiene Ampurias es el haber dado nombre al Ampurdán. Se comprende fácilmente que el Emporium greco-romano a Empurias o Ampurias hay poco diferencia, y que de llamarse Ampurdan el territorio cercano a esta ciudad no ofrezca gran dificultad el admitirlo. Sobre la fundación de Ampurias no se han puesto todavía de acuerdo los arqueólogos, ni es fácil que de una manera concreta lo hagan, por que, en realidad, Ampurias no fué fundada por pueblo alguno; nació la ciudad lentamente y con intervalos más o menos importantes. Parece ser que primeramente, en lo que hoy se hallan situadas las pocas casas que constituyen el vecindario de San Martín de Ampurias, existía una pequeña isla o, mejor expresado, un islote, en el cual atracaban las embarcaciones de los griegos que procedían de Marsella; estas embarcaciones, que eran

bastante reducidas y frágiles, se baraban fácilmente en la playa y cuando la tramuntana o el levante encrespaban las olas del mar encontraban allí refugio por unas horas o unos días.

En aquel entonces las tierras ampurdanesas estaban por completo inexploradas y eran habitadas por pueblos parecidos, pero distintos entre sí, cuya cultura era tan rudimentaria que no inspiraban ninguna confianza a los tripulantes, los cuales preferían que entre ellos existiera una discreta separación. No obstante, como los griegos no tenían ni cantidad suficiente de hombres con que crear una factoría, no pensaron nunca en explorar ni colonizar aquellas tierras que estaban a su alcance: se limitaron a comerciar con los nativos, en un comercio en que el trueque o cambio de materiales era lo usual.

Los nativos ofrecían vinos y aceite, quizá éssparto, los nautas les daban a cambio utensilios de cerámica, tejidos y armas de hierro. Alguna que otra vez las embarcaciones griegas remontaban el curso del Fluviá, que desemboca allí mismo, y amarrando en algún punto hacían fácilmente el cambio de productos. Esta forma de relaciones subsistió durante larguísimo tiempo, y durante el transcurso de los días se fueron creando algunas casuchas en el islote, así lentamente se crearía algún pueblo, al principio poco importante y después demasiado poblado para residir dentro de los límites estrechos en que se hallaba enclavado.

Algunos vecinos se instalarían provisionalmente en la playa cercana y poco a poco se les fueron agregando otros: cuando fueron un número regular se resguardaron con un muro. Afortunadamente, los nativos no eran peligrosos en demasía y como no había con los que iban llegando motivos de discordia, sus relaciones eran normales.

Estos hechos ocurrieron probablemente del siglo v al iv antes de la Era Cristiana.

Al lado del poblado griego en la playa se creó otro de indígenas que convivían regularmente y que posteriormente casi se fusionaron; entre ambos poblados existía una muralla común que los separaba.

Cuando las guerras púnicas, los griegos se aliaron con Roma y fuerzas de origen romano desembarcaron varias veces en Ampurias. Aníbal no atacó nunca a Ampurias, pasó cerca de la ciudad, pero su objetivo era hacer la guerra a la misma Roma y dejó la ciudad ampurdanesa para mejor oportunidad e incluso es fácil que alguno de sus clientes vecinos se alistaran a las fuerzas del general cartaginés.

Vencido Aníbal y poderosa Roma, Ampurias pasó al dominio romano; en aquel entonces la ciudad conoció los mejores días de su historia. Los romanos la consideraron al principio como una colonia, después le dieron la categoría de ciudad latina y es posible que últimamente tuviera todos los privilegios y prerrogativas de las ciudades romanas; hicieron en la misma notables mejoras, claro que en distintos períodos; primeramente se establecieron a su lado, separados también por una muralla, pero al correr los tiempos quedaron las tres poblaciones fundidas en una. Los romanos hicieron sus principales monumentos y construcciones en la parte alta, apartados del mar, los griegos habitaban en las cercanías de la costa y los indígenas al lado de los de origen griego, hacia Levante.

La ciudad tenía dos núcleos importantes: uno, el islote, al que podemos llamar Paleopolis (poblado antiguo), y otro la verdadera población a la que llamaremos Neapolis (o ciudad nueva). En la Paleopolis o núcleo antiguo, existía algunas ca-



F.A.

suchas y posiblemente una fortaleza o castillo; en la Neapolis, la gran mayoría de población, los templos y los edificios públicos; el río Fluviá inundaba de agua el espacio comprendido desde el lugar donde están las ruinas al poblado de San Martín, y un malecón o escollera protegía al puerto fluvial de los temporales que originaba el viento de Levante.

Aun que es opinión generalmente admitida que se había retirado al mar y en su consecuencia se habían juntado en tierra firme las dos poblaciones, el estudio del terreno nos ha demostrado todo lo contrario; el islote subsistió hasta últimos del siglo XVIII, en que el río Fluviá desvió su curso; sólo entonces tuvo lugar la anexión del islote, claro está que entre San Martín de Ampurias y el lugar en que se han hecho las excavaciones, existían unas marismas pantanosas que hacían difícil su comunicación, las cuales al construirse la carretera actual se han ido desecando por sí solas. La ciudad de Ampurias tenía lo que podemos llamar su barrio agrícola, que sin tener exactamente delimitados sus contornos se extendía desde Torroella de Mongrís a Torroella de Fluviá, en el lugar donde actualmente se hallan estas poblaciones existían las "Turrís" o fortificaciones que hicieron los romanos, como avanzadilla para proteger la ciudad, y que dieron nombre a las poblaciones indicadas.

En Torroella de Fluviá hay vestigios de las "Turrís". Don José de Pont, al restaurar su casa solariega, ha reconstruido una de las torres referidas con gusto exquisito; las obras de restauración fueron hechas por el arquitecto don Pelayo Martínez.

Cuando la invasión musulmana se cree que los árabes no atacaron a Ampurias; sobre este particular no puede precisarse nada, es muy fácil que

no lo hicieran, pues cuando llegaron al Pirineo se hallaban bastante deshechas y, por otra parte, la dominación musulmana en el Ampurdán fué puramente de paso; es muy fácil que Ampurias, que dejó de ser una ciudad romana cuando la invasión de los bárbaros, pues se habían instalado los visigodos en ella, fusionándose con los antiguos habitantes, el predominio de los visigodos sobre el resto de la población imprimió carácter combativo en las gentes originarias y encerrados dentro de los muros se resistirían; por otra parte, Ampurias tenía siempre comunicación marítima que le permitía resistir impunemente un sitio, pues los musulmanes no tenían fuerza naval alguna.

No obstante, perdió en aquellos tiempos gran parte de sus habitantes que se habían refugiado en Francia.

Los francos empezaron la reconquista de las tierras hispánicas y se atribuye a Carlomagno la conquista de Gerona, en aquel entonces se comenzó a crear la verdadera historia del pueblo ampurdanés, pues los actuales ampurdaneses tienen en sus venas sangre franca y visigoda. Los antiguos griegos y romanos de Ampurias, al igual que de los primitivos pobladores ibéricos, dejaron escasa simiente humana; no diré en absoluto, pues durante un período de diez siglos habían poseído aquellas tierras, pero hay que tener presente que la mayor parte de los pobladores que en calidad de colonos se fueron estableciendo por el Ampurdán, no tenían nada de griegos ni de romanos, muchos procedían de las fuerzas mercenarias que Roma había reclutado por su vasto Imperio y que principalmente procedían de las Galias.

Para formar una idea sinóptica de la formación del pueblo ampurdanés, tenemos que dividir la historia de Ampurias en diversos períodos.

Primer período: El Ampurdán estaba habitado

por distintos núcleos de población originarios de Europa, que habían llegado al país antes de la existencia de Ampurias, estas gentes eran de cultura rudimentaria y vivían principalmente en las zonas montañosas.

Segundo período: Este período comprende desde la fundación de Ampurias en la Paleopolis hasta la creación de la población en la playa. El Ampurdán seguía habitado por sus primitivos pobladores, que sostenían un comercio a base de cambios de mercaderías con los griegos establecidos en el islote y que procedían de Marsella.

Tercer período: Comprende desde la creación de la ciudad de Ampurias en tierra peninsular, o sea desde el asentamiento de los habitantes de origen griego en la Neapolis, hasta la ocupación de la ciudad por los romanos, durante este largo período, entre los habitantes griegos y los nativos ampurdaneses se llegó a una casi unidad racial.

Cuarto período: Comprende la época del máximo esplendor romano, es la unidad racial de todos los habitantes de Ampurias y el comienzo de la romanización del Ampurdán; se crearon innumerables colonias campesinas y explotaciones, llamadas "Villas", que en la actualidad muchas se han convertido en pueblos; posiblemente, todas las poblaciones cuyo nombre empieza por Vila, son de origen romano, por ejemplo, Vilamacolum, Vilacolum, Vilasacra, Vilanueva de la Muga, Vilademat, Vilahur, etc.

Quinto período: Comprende desde la introducción del Cristianismo en el Ampurdán, a través de Ampurias, posiblemente, hasta la invasión de los visigodos; durante este período la ciudad de Ampurias pasó por distintas fases de evolución, que trascendieron notablemente en la creciente población del país, fundáronse monasterios y hubo una gran evolución de costumbres.

Sexto período: Se refiere a la Ampurias visigótica; durante este período, la ciudad ha perdido por completo su aspecto originario griego; subsiste en parte la cultura romana, crece la influencia cristiana y la monástica, la ciudad y por consecuencia la comarca está gobernada por condes, cargo de nombramiento real unas veces, otras electivo y otras hereditario, en ciertas ocasiones temporal, en otras vitalicio y raras veces hereditario.

Séptimo período: Comprende desde la invasión musulmana hasta la reconquista de la provincia por los reyes francos; es una época tormentosa en la cual se despobló casi por completo la ciudad de Ampurias y la mayoría de las villas de fundación romana. Subsisten en ellas los monasterios, aunque poco poblados.

Octavo período; Desde la conquista por los reyes francos hasta la creación de los Condados feudales independientes, dentro de este período fué quemada y saqueada varias veces por los piratas normandos la ciudad de Ampurias. Fué definitivamente abandonada por sus habitantes, que se trasladaron a la sede de los Condes de Ampurias, en Castelló, siglo ix.

En estos ocho períodos hemos resumido la antigüedad ampurdanesa, para entrar en lo que debemos llamar el Condado de Ampurias. En un principio los Condes de Ampurias fueron feudatarios de los reyes francos, después fueron soberanos independientes, para volver a ser feudatarios de los Condes de Barcelona y, finalmente, el Condado pasó a formar parte de la Corona de Aragón. Para mejor claridad, expondremos por períodos esta parte de la historia ampurdanesa.

Primer período: Comprende desde el establecimiento de los Condes de Ampurias en Castelló hasta su independencia de los reyes francos. Du-

rante este período se forma la estructura feudal del medioevo, se intensifica la creación de pueblos, es la época del entusiasmo bélico para expulsar de España a los musulmanes; la Iglesia es la única fuente docente de la época; se establecen las comunidades religiosas, muchas de ellas dedicadas al cultivo de la tierra; en las poblaciones importantes se forjan Gremios de Oficios y comienzan rudimentarias industrias.

Segundo período: El poder de los Condes de Ampurias ha llegado a su máximo, actúan de verdaderos reyes, acuñan moneda, administran justicia y ayudan a los Condes de Barcelona en sus empresas militares; durante este período crece notablemente la población ampurdanesa, se perfeccionan sus usos y costumbre, los monasterios llegan a su más alto grado de esplendor; el Condado de Ampurias es fuerte en tierra y en mar; la flota de los Condes es respetada en el Mediterráneo; empiezan a tener importancia internacional los puertos de Rosas, de Palamós y San Feliu de Guíxols; decrece la importancia del puerto fluvial de Ampurias, que es utilizado únicamente por pescadores y alguna que otra vez por las naves de guerra de los Condes.

Tercer período: Comprende un lapso de tiempo tormentoso. Los Condes de Ampurias sostienen luchas con los de Barcelona, que terminan obligándoles a ser feudatarios suyos, hasta que extinguida la dinastía de los Condes de Ampurias el Condado pasa a formar parte de la Corona de Aragón. Este período termina al ceñir la corona de Aragón don Fernando el Católico. Es una época desgraciada para el Ampurdán que estuvo lleno de discordias internas y externas, empieza a derrumbarse en él la estructura social de tipo feudal, para dar lugar al neofeudalismo; y

para terminar dividiremos en dos períodos más la historia moderna ampurdanesa, a saber:

Primer período: Comprende desde Fernando el Católico hasta Carlos II el Hechizado; es una época en que fueron abandonados los ampurdaneses a sus propios medios, pues los Reyes de la Casa de Austria sólo incidentalmente se ocuparon de esta comarca; no obstante, se llegó a cierta prosperidad económica.

Segundo período: Comprende desde Felipe V a la revolución del año 1868. Este período tuvo dos fases perfectamente definidas; la primera, o sea desde Felipe V hasta la guerra de la Independencia, que fué de notoria prosperidad, la organización ampurdanesa constituye una modalidad que denominamos neofeudal; la segunda fase es extraordinariamente desgraciada, el Ampurdán estuvo en absoluta anarquía; al terminar esta fase comenzó la guerra dinástica. Carlistas e Isabelinos lucharon denodadamente hasta que a últimos del siglo XIX volvió a establecerse la tranquilidad.

EL FEUDALISMO

La verdadera estructura social, económica y política del Ampurdán tiene su origen al igual que la mayor parte de las comarcas de Cataluña en el Feudalismo. Sobre esta forma especial de gobernarse los pueblos durante el Medioevo se ha mentido muchísimo; al calificativo de bárbaros con que los romanos denominaron a los pueblos de Europa y Asia que lucharon contra Roma, ha sido recogido cariñosamente por todos los historiadores modernos; la grandeza del Imperio romano ha cautivado tan profundamente que aun hoy día se quiere copiar sus instituciones, como si no existiera nada más perfecto en materia política; y, no obstante, Roma hizo bien poco en favor de

los pueblos que colonizó. Ciertamente que creó un derecho, pero al lado de este derecho que generalmente sólo se aplicaba en beneficio de los ciudadanos romanos, existieron infinidad de pueblos sujetos al despótico y aristocrático régimen que era base del Imperio; se mantuvo siempre la esclavitud como base del sistema, sólo se manumitía a los esclavos en contados y difíciles casos, y al manumitirles no se les proporcionaba ningún beneficio, antes bien, quedaban abandonados a su propia miseria; algunos esclavos al recibir la libertad hicieron muestras ostensibles de alegría y se creían en uso de su libertad de acción, pero bien pronto tenían que comprender que estaban en un error, ya no dependían de un señor más o menos exigente, pero en cambio tenían que luchar por su sostenimiento y la democrática lucha por la vida era mucho más dura y terrible que la esclavitud.

Cuando la invasión de los bárbaros, y esta invasión no fué una cosa rápida, sino bastante lenta, no eran solamente las luchas militares las que se llevaban a la práctica, chocaban dos culturas, la romana y la de los invasores. En lo económico Roma tenía ventaja, estaba organizada, poseía riquezas extraordinarias y, por tanto, le era fácil agenciarse medios de resistencia; los bárbaros no tenían ninguna clase de riqueza, pero poseían el valor de sus espadas y el prestigio de sus vigorosas y humanas costumbres, pueblos educados en la adversidad que se veían obligados a abandonar los países en que habían habitado durante siglos, por exceso de población y por las corrientes emigratorias que procedían de Asia, se iban deslizando hacia el sur en espera de afianzarse en alguna parte.

Entre los bárbaros, especialmente entre los visigodos, los godos y los estrogodos, no existía la

esclavitud ni la diferencia de clases originadas por el uso y disfrute de la riqueza, todos ellos estaban en terreno de igualdad, tanto personal como económica, su organización era típicamente militar y religiosa, una subordinación jerárquica que tenía fines defensivos y combativos los había fortalecido y también su religión, aunque arriana, no dejaba de ser cristiana, había humanizado sus costumbres; ciertamente que no todos eran cristianos, los había de paganos, pero era un paganismo completamente diferente del de Grecia y de Roma; mientras el paganismo greco-romano había deificado las fuerzas de la naturaleza, las pasiones e incluso los vicios, el respeto de los romanos por la divinidad estaba concertado por un pacto de alianza con los hombres, que podía fácilmente concertarse, renovarse y hasta suprimirse, como también permitía la especulación de distintas teorías filosóficas, respetuosas unas veces con los dioses, otras dubitativas y otras contradictorias.

El paganismo nórdico era ingenuo, respetaba las fuerzas de la naturaleza a las que temía, distinguía entre el bien y el mal de una manera concreta, había distinguido los vicios de las virtudes, que se encontraban moralmente distanciados, y una pequeña parte de poesía clasificaba sus divinidades. Poéticamente eran muy inferiores a los greco-romanos, pero sus ideas con respecto al propio respeto y estimación personal entre los hombres estaban muy por encima.

No siempre encontraron los bárbaros resistencia en sus expansiones, en muchísimas ocasiones les eran fácilmente abiertas las puertas de las ciudades, principalmente en aquellas que el dominio romano se dejó sentir más duro. Las luchas del Imperio con los Cristianos habían hecho a Roma odiosa, el afán de lucro de los potentados roma-

nos desprovistos de toda norma moral de conducta, no era indicado para vigorizar aquella organización imperial decadente y aun cuando Roma ya había reconocido oficialmente al Cristianismo, esta doctrina religiosa no dejaba de ser molestada por su natural divergencia con la estructura fundamental del Imperio romano.

En Ampurias, al igual que en otras muchas ciudades, no tuvieron los bárbaros seria resistencia y como, por otra parte, el deseo de los nuevos conquistadores no era el exterminio de las poblaciones conquistadas, sino el establecerse en nuevos terrenos, y, afortunadamente, éstos eran más que suficientes para todos, nació una corriente de concordia que terminó en la pacífica partición de las tierras entre todos. Incluso en algunos pueblos se llegó al condominio de bosques y praderas.

Así nació la primera época del dominio feudal, que fué a base de un pacto entre los conquistadores y los vencidos, las dos culturas, o sea la romana y la visigótica, llegaron a fundirse, se establecieron nuevas normas de derecho que fueron favorables para todos.

Unos siglos más tarde ya no podía distinguirse entre los ampurdaneses de origen romano y los ampurdaneses de origen bárbaro, eran todos lo mismo; se habían aumentado el número de "villas" que se iban transformando en pueblos y multitud de masías aparecían diseminadas por los campos; el "mas" tuvo, pues, origen de los hombres llegados en aquellas invasiones, gustaban los nuevos llegados de establecerse en los campos y llevar una vida apartada de los municipios; la vida en las selvas de la Europa central les había acostumbrado a la soledad.

La invasión musulmana fué un terrible azote para los pueblos que habitaban la península ibérica; los nuevos conquistadores no solamente te-

nian afán de dominio, sino que les impulsaba el odio contra los cristianos; afortunadamente para los ampurdaneses, la invasión musulmana llegó a las comarcas gerundenses muy empobrecida, el dominio musulmán fué de corta duración y se limitó a poner alguna guarnición en los lugares estratégicos.

La reconquista del Ampurdán por los francos dió forma definitiva a la estructura feudal del país, lo mismo que a las otras comarcas de Cataluña.

A medida que iban conquistándose terrenos se procedía a su colonización, se iban creando núcleos de habitantes que inmediatamente se ponían bajo la protección de algún jefe militar, que dependía del Conde, suprema autoridad militar y civil de la época.

Los monasterios, y algunos de ellos, seguían establecidos desde antes de la invasión musulmana, gozaban de jurisdicción exenta muchas veces, y otras tenían la protección de los Condes o del Rey.

Los Reyes francos nombraron Conde en Ampurias que tenía la representación real por delegación o infeudación; posteriormente llegó a ser independiente en absoluto y, por tanto, a ejercer la potestad real íntegramente.

Los Condes de Ampurias, al igual que todos los Condes de la llamada Marca Hispánica, en un principio fueron de nombramiento real, temporales o vitalicios y posteriormente se convirtieron en hereditarios, creándose sus dinastías exactamente igual que las de los reyes.

El Conde nombraba su lugarteniente, generalmente alguno de sus hijos, que ejercía las funciones de "vice-comes", o vizconde, en parte de sus dominios, y también a los barones que ejer-

cían por delegación e infeudación la autoridad del Conde o “comes”.

De manera que el Conde era dueño y señor nominal de todo el territorio, que defendía militarmente cuando se presentaba la oportunidad, mantenía el orden, administraba justicia y acuñaba algunas veces moneda, protegía y aseguraba el comercio y, desde luego, respetaba y acataba a la Iglesia, señora moral y temporal de todo en aquellos tiempos.

Como la época era inquieta y de continuo batallar, pues la mentalidad de aquellas gentes había convertido en cruzada la expulsión de los moros, un predominio militar se mostraba en el régimen de feudos o infeudaciones.

La población se agrupaba generalmente en pueblos que constituían un núcleo urbano y también de unos agregados que eran agrupaciones de casas de labranza y de masías diseminadas por los campos y montes. Cada cinco o seis pueblos constituía una baronía que regentaba un barón, que se ocupaba de su administración y defensa; el barón, por lo regular, poseía los castillos, muy necesarios para la defensa del territorio, aun cuando solía residir en algún pueblo de cierta importancia.

Los barones tenían sus derechos y sus obligaciones con respecto al Conde y con respecto a sus subordinados.

Con respecto al Conde estaban obligados:

I. Debían respetarle y reconocerle como a su único señor natural.

II. Debían darle cuentas detalladas de todo lo que concernía a la baronía, siempre que el Conde se lo pidiese.

III. Debían ayudarle materialmente en sus guerras y empresas militares.

IV. Debían ayudarle económicamente, según sus posibilidades, siempre que se lo pedía.

Sus derechos consistían:

I. Podía regir libremente su baronía, sujetándose a los usos y costumbres de la misma.

II. Podía levantar los castillos y fortalezas que creyera necesarios para la defensa de su comarca, sosteniendo las fuerzas armadas convenientes.

III. Administrar justicia y proteger a sus vasallos.

Con respecto a sus vasallos sus derechos consistían:

I. Protegerles de cualquier pretensión que con respecto a los mismos tuviera otro barón o señor.

II. Administrarles justicia cuando se la pedían o bien por los usos y costumbres se hallaba obligado.

III. Percibir tributo.

IV. Distribuir entre los vasallos la tierra de cultivo, las praderas y los bosques.

La propiedad de la tierra era del Conde o Rey, los individuos eran meros cultivadores, no obstante eran libres en su vasallaje y podían cambiar indistintamente de señor. En algunos casos y como premio a su comportamiento pasaban a ser propietarios de las tierras que cultivaban, así como podían adquirirlas por compra o por censo, en este último caso pagaban un modesto canon, en especie o dinero, pero quedaban inamovibles en su propiedad.

Dentro de la estructura feudal se caracterizan los llamados malos usos; sobre éstos hablaremos lo más concretamente posible, pues las propagandas republicanas de últimos del siglo XIX han creado verdaderas fantasías que no corresponden a ningún hecho cierto o histórico.

El primer llamado mal uso es el conocido por la "remensa".

La “remensa” consistía en que un hombre libre y por su naturaleza lo eran todos, se ponía bajo la protección de un barón. El ponerse bajo la protección de un barón era una cosa lógica dentro de las costumbres del tiempo. El hombre libre que no estaba bajo la protección de un señor, se le consideraba extranjero y no podía residir en ningún lugar largo tiempo y no gozaba de ningún derecho frente a terceros.

Al momento de ponerse bajo la protección de un barón quedaba inscrito en calidad de “remensa”, o sea de vasallo, y quizá sería más preciso decir de ciudadano, en un pueblo o villa, tenía derecho a cultivar la tierra, a ejercer una profesión liberal u oficio, pagando anualmente una modesta pensión, podía alegar en su provecho los usos y costumbres locales y acreditar los derechos de su personalidad civil y jurídica.

El ser “remensa” no era otra cosa que el derecho a ser vecino de una localidad, era el famoso “dret de veinat” y tenía con respecto a su señor los derechos y deberes naturales, que no eran otra cosa que las relaciones que puede sostener actualmente cualquier vecino de un pueblo con el Ayuntamiento.

• Cuando el “remensa” o “vehí” quería cambiar de residencia o trasladarse a otra comarca, tenía que solicitarlo del barón o del “Consell de Vila” que en nombre de éste regentaba el pueblo; se hacía una investigación y caso de que su deseo fuese justificado se le autorizaba a efectuar el traslado; generalmente se le concedía siempre, pero era condición indispensable que no tuviera cuentas pendientes con la justicia y que estuviera al corriente del pago de sus deudas con los vecinos de la localidad y baronía. Caso de ser jefe de familia se solicitaba el consentimiento de su esposa e hijos, si tenían éstos edad de uso de razón, y

en caso de ser soltero se precisaba el consentimiento de su padre o madre.

El "remensa" era de origen libre como todos los hombres, no estaba obligado a prestar servicio de armas en la guerra, salvo el caso de que el enemigo atacase a la población de su residencia; en todas las acciones guerreras estaba invitado, no obligado; si se presentaba el caso de pedir el Conde al Barón fuerzas militares para determinada empresa, el Barón solicitaba a los vasallos o "remensas" de que se enrolasen en sus fuerzas; si lo hacían quedaban equiparados a nobles o caballeros y estaban excluidos de pagar tributo a cambio de su servicio de armas, si no lo hacían debían pagar el derecho de "fonsadera", que era una cantidad equivalente al sueldo que durante la campaña se pagaba a un soldado mercenario.

Los que voluntariamente acompañaban al Barón en las empresas bélicas, además de su calidad de nobles, les concedía el Barón, en nombre del Conde o Rey, la propiedad de los terrenos que cultivaban, de los cuales no estaban obligados a pagar tributo de ninguna clase. También se les concedía derecho a botín y tenían parte según sus méritos en las conquistas territoriales que se hacían al enemigo.

Así surgieron en los pueblos dos clases diferentes, o sea la de los nobles o caballeros y la de los "remensas" o vasallos.

Cuando un "remensa" se presentaba a ofrecer sus servicios de armas provisto de un equipo completo, o sea armado y a caballo, se le nombraba "Homme de paratie", hombre de paraje o lugar, era equiparado al caballero y tenía derecho, por tanto al uso de escudo de armas y de espada en época de paz, así como gozaba de todos los privilegios concedidos a la nobleza. Posteriormente, a los "remensas" que ejercían profesiones libe-

rales, como médicos, abogados, o bien se habían enriquecido en el comercio, se les nombraba “Ciudadà Honrat”, ciudadano honrado, y también quedaban equiparados a noble o caballero.

Otro de los llamados malos usos es el conocido por la “espolia”, consistía en que cuando un “remensa” o vasallo, que no pertenecía a ninguna de las categorías de caballero, “home de paratje” o “Ciudadà Honrat”, quería contraer matrimonio, tenía que solicitar del “Consell de Vila” o de “Homes de Paratje” en los pueblos, o “Consell Municipal” o de “Ciudadans Honrats” en las villas o ciudades, permiso para contraer matrimonio, cuyo permiso se le concedía mediante el pago de una cantidad como derecho y previa justificación de que se hallaba en posición económica suficiente para poder sostener la familia que su nuevo estado diera lugar.

La “espolia” algunos autores la llamaban el “dret de cuixa” y una leyenda inventada por los novelistas franceses de últimos del siglo XIX, que tenían interés de desprestigiar el régimen feudal por creerlo contrario a la ideología republicana, dicen que era el derecho que tenía el Conde o en su representación el Barón o señor de la localidad, de pernoctar la primera noche de casado el vasallo, con la mujer del mismo, si ésta era del agrado del señor. Esta leyenda no tiene ningún fundamento histórico y solamente la perversión del gusto y el afán de notoriedad de algunos novelistas ha dado lugar a su invención.

Caso de que el “remensa” no pagara los derechos de “espolia” podía igualmente casarse, pero su boda tenía únicamente efectos religiosos y carecía de derechos civiles, que no obstante podía siempre legalizar pagando dicho derecho, que generalmente era modestísimo, posiblemente infe-

rior a lo que se paga actualmente para inscribir un matrimonio en el Registro Civil.

Otro de los malos usos es el conocido por la “exorquia”, que no quiere significar otra cosa que la carencia de hijos; el matrimonio que no resultaba prolífico y carecía de sucesión al morir alguno de los cónyuges, el sobreviviente, si lo heredaba, pues existía la libre separación de sus bienes, tenía que pagar una cantidad al “Consell de Vila” o al Barón mismo. Este derecho tuvo su origen en la gran importancia que se concedía al fin natural de todo matrimonio que no es otro que la creación de una familia y más importante en aquellos días en que la población de los pueblos era escasa. El importe de este impuesto generalmente era equivalente a un décimo de los bienes del difunto y se destinaba a mejoras públicas, principalmente en obras de construcción de iglesias o puentes. Cuando la cantidad objeto de este impuesto no se podía satisfacer en dinero metálico, se hacía entregando un lote de tierra equivalente, que se adjudicaba a alguna familia numerosa.

La “intesta”, este llamado mal uso consistía en que en caso de morir alguien que no dejase parientes próximos y no hubiese hecho testamento, se abría una información para aclarar quién debía sucederle. Como precio o pago de esta encuesta, el nombrado heredero pagaba una cantidad equivalente al décimo de los bienes heredados que percibía o bien el “Consell de la Vila” o el señor o Barón. Supongo que el impuesto actual de derechos reales en favor del Estado servirá de comparación para hacerse cargo del sistema en aquel entonces establecido.

La “cugutia” o “cucutia” es el mal uso más pintoresco. Sólo tenía aplicación en los casos de

adulterio reconocido públicamente y si lo solicitaba el cónyuge perjudicado.

El adulterio impresionaba vivamente a las gentes del Medioevo, era un verdadero delito en la opinión pública. El cónyuge ofendido podía castigar por su propia mano al adúltero, pero no tenían los crímenes pasionales ni simpatía ni frecuencia; el criminal pasional merecía el desprecio de sus conciudadanos.

Generalmente el ofendido, antes de repudiar a su mujer, pues las mujeres ofendidas por lo regular sabían perdonar a sus maridos, solicitaba de la autoridad el derecho a la "cucutia", abonaba la cantidad reglamentada y desnudando a su cónyuge por completo le untaba de grasa o miel y le emplumaba con plumas de gallina, seguidamente la empujaba a la calle y dándole fuertes garrotazos, atada de una cuerda, la paseaba por las calles de la población; el alboroto y la vergüenza eran extraordinarios y la víctima quedaba así punida y el ofendido satisfecho. Esta era una costumbre bárbara que poquito a poco fué desapareciendo. El cónyuge culpable, posteriormente, pagó una cantidad para evitarse dicho atropello.

La "cucutia" se practicó en muchos pueblos ampurdaneses; en Castelló de Ampurias hubo algunas de gran importancia por la calidad de las personas que las practicaron, pero dejó en absoluto de tener lugar esta costumbre en el siglo xv.

Heimos expuesto detenidamente y en forma lo más concreta posible los malos usos. No es que pretendamos justificarlos, pero como historiadores no podemos menos de poner las cosas en su lugar y dar una idea de la forma en que tuvieron efecto.

La economía feudal fué principalmente agrícola, no obstante, al lado de la agricultura flo-

reció la ganadería, el comercio, las pequeñas industrias y las profesiones, fueron apareciendo los gremios, en donde se forjaron magníficos artesanos; el gremio fué regulador de los oficios y forjador de maestros, que antes de llegar a serlo pasaban por las categorías de aprendiz y compañero.

Esta es la estructura que el feudalismo dió al Ampurdán. Tuvo épocas de prosperidad y otras de penuria económica, pero tuvieron en ello más importancia los hechos históricos que ocurrieron que la inconveniencia del sistema. El feudalismo creó el Ampurdán contemporáneo, formó su moral, su tradición y su cultura, echó cimientos a lo que hoy existe en la actualidad; hasta el siglo xv la forma feudal se manifestó en todo su esplendor, crecieron los pueblos, se levantaron monasterios que hoy día muchos de ellos están por completo arruinados, la Iglesia tuvo finalidad educadora y docente, fué respetada por los poderosos y protectora de los humildes; de todas maneras aquellos días están ya muy lejanos y en el siglo xv se inició una nueva corriente que denominamos neofeudalismo, de la cual seguidamente nos ocuparemos.

EL NEOFEUDALISMO

Un hecho extraordinario dió lugar en el siglo xv a la variación de la estructura ampurdanesa. La guerra de los remensas y la ambición de la Condesa Reina doña Juana Enríquez, segunda mujer del Rey don Juan II, llamado sin Fe.

El día 27 de junio del año 1458, a los sesenta y cuatro años de edad, en el Castillo Nuevo de la ciudad de Nápoles, moría sin sucesión legítima el Rey don Alfonso V de Aragón y IV de Cataluña. El día anterior a su muerte otorgó testa-

mento nombrando heredero del Reino de Nápoles a su hijo ilegítimo don Fernando, Duque de Calabria, y dejó los reinos de Aragón, Sicilia, Valencia, Mallorca, Córcega y Cerdeña, los Condados de Barcelona, Rosellón y Cerdeña, y los Ducados de Atenas y Neopatria e islas adyacentes a su hermano don Juan, Rey consorte de Navarra.

El día 25 de julio de 1458 fué reconocido y jurado don Juan II como Rey por los Estados Generales de Aragón en la ciudad de Zaragoza. Tenía en aquel entonces el expresado Rey la edad de sesenta años. El día 22 de noviembre del mismo año juró en la plaza de San Francisco de la ciudad de Barcelona, hoy de Medinaceli, respetar y mantener todos los privilegios del Principado.

Infinidad de desdichas y calamidades ocurrieron durante su reinado que duró veintiún años. Don Juan II era Rey de Navarra por derecho de su primera esposa, doña Blanca, hija y heredera del Rey don Carlos el Noble. De este su primer matrimonio existía un hijo llamado Carlos, que ostentaba desde su nacimiento el título de Príncipe de Viana. En la más tierna edad este príncipe restó huérfano de madre. Don Juan II contrajo nuevo matrimonio con doña Juana Enríquez, hija del Almirante de Castilla. Entre el Príncipe Carlos de Viana y su padre don Juan II existieron serias desavenencias, motivadas casi todas ellas por la Reina doña Juana, que ambicionaba la corona para su hijo, el infante don Fernando.

Doña Juana no era una mujer vulgar, tenía talento y sabía desplegar dotes diplomáticas arriesgadas y temerarias; su ambición no tenía límites y para despojar al príncipe Carlos de su herencia no reparó en obstáculos de ninguna clase.

Don Juan II tampoco era hombre fácil de manejar, pero dejando aparte sus buenas cualidades y su afecto por todos sus hijos, no podía resistir

el influjo de su mujer, ante ella perdía toda personalidad y se veía obligado a tomar resoluciones que en su fuero interno le repugnaban. Don Juan, por otra parte, temía a la nobleza, sintiendo deseos de convertirse en Rey absoluto, temía igualmente a la Diputación General de Barcelona, a los Obispos y a todos los Barones de Cataluña.

Los deseos de convertirse en Rey absoluto trajeron sobre don Juan II la antipatía de todos los catalanes, principalmente de los Obispos y Abades, de los nobles y de las Organizaciones que había creado el feudalismo con sus prerrogativas y privilegios.

El Príncipe Carlos, que era objeto de la persecución real y heredero del trono, atrajo sobre sí todas las simpatías, se creía ver en él al continuador del régimen antiguo, su carácter dulce y comprensivo era una garantía de seguridad.

La Reina aprovechaba todas las ocasiones para llevar al ánimo de su marido el convencimiento de que el primer obstáculo para lograr su propósito de ser Rey absoluto radicaba en su hijo Carlos. No es que el Rey llegase a convencerse de ello, pero no reparó en detener a su hijo y afrontar las consecuencias de su acto, siempre con el fin de ir acrecentando su poder y de privar de sus derechos a los nobles. No obstante, don Juan II se vió precisado a devolver la libertad a su hijo, que al recuperarla se había convertido en idolo de todos los enemigos del Rey.

El Príncipe no levantó nunca una bandera de discordia contra su padre, por el contrario, intentó por todos los medios a su alcance mitigar el movimiento que contra el Rey se había generalizado en todas partes.

El día 2 de septiembre de 1461 falleció en la ciudad de Barcelona el Príncipe Carlos de Viana. Las raras circunstancias de la muerte del mismo

hicieron creer en la posibilidad de un asesinato y esta noticia corrió rápidamente, incluso desde el púlpito de las iglesias se pedía públicamente el anatema de condenación para los autores de su muerte. La lucha entre el Rey y el país había llegado a su mayor intensidad.

La Reina doña Juana, que vió lograda su mayor ambición, o sea que su hijo Fernando tuviera libre la herencia a la corona, luchó valerosamente al lado del monarca.

La muerte de la Reina doña Juana Enríquez, ocurrida unos años más tarde, en 1468, hizo más simpática la figura de don Juan II, que se volvió más comprensivo y menos absoluto; quizá también el matrimonio del Infante don Fernando con Isabel de Castilla y la ausencia del mismo, que se fué a vivir junto con su esposa, que dejaron de influir sobre el ánimo del Rey, fué el motivo que contribuyó definitivamente a la pacificación del país.

No obstante todo el reinado de Don Juan II continuaron las luchas internas y externas, y la política equivocada del monarca que pidió auxilio a Luis XII, le obligó a sostener luchas con Francia; solamente el valor personal del Rey y la capacidad política de Doña Juana, hija del mismo, que una vez muerta la Reina fué la mejor colaboradora y consejera del monarca, lograron volver el prestigio al Rey y el cariño de sus vasallos; falleciendo el día 19 de febrero del año 1479, a los ochenta y un años de edad, en el palacio episcopal de la ciudad de Barcelona.

Don Juan II fué, indudablemente, un Rey audaz; durante su reinado sostuvo luchas extraordinarias y muchísimas veces salió vencedor solamente por su valor excepcional, pero también tuvo grandes equivocaciones; la conducta seguida con su hijo, el Príncipe de Viana, es una página des-

agradable de su reinado; ciertamente que Don Juan II no abrigaba un odio personal contra su hijo, pero se valió de él como instrumento para luchar contra las prerrogativas de la nobleza y de la Diputación General de Barcelona. No creemos que haya ningún motivo que induzca a estimar seriamente que el Príncipe Carlos de Viana fuera asesinado por orden de su padre; es posible que el Príncipe muriera de muerte natural, o bien, en caso de ser cierto su asesinato, más bien pudiera creerse fruto de los manejos de la Reina Doña Juana.

Debe tenerse en cuenta que a pesar de sus grandes cualidades de hombre luchador, la avanzada edad del mismo y la ceguera que durante algunos años le afectó, pues perdió la vista que volvió a recuperar después de una atrevida intervención, en algunos momentos influyó notablemente sobre su ánimo.

Estuvo en muchas ocasiones a punto de perder la corona, y tuvo que recuperar la mayor parte de sus territorios en luchas desiguales y difíciles, falta de elementos y medios económicos.

Doña Juana Enríquez tuvo notable influencia en los acontecimientos que durante el reinado de Don Juan II tuvieron lugar, alentó siempre a su marido para que despojara de derechos a los nobles y para fortalecer el poder real.

Sabía Doña Juana que el Príncipe Carlos de Viana era un obstáculo para que su hijo, el infante Don Fernando, heredase la corona, y no vaciló en fomentar las desavenencias que surgieron entre padre e hijo.

Siguió una política hábil, pues por una parte ayudaba a su marido en su propósito de ser Rey absoluto, y por otra parte ponía en el campo contrario a su heredero el Príncipe Carlos, que quedaba convertido en símbolo de la libertad popu-

lar y de representante de los nobles y señores feudales.

Al mismo tiempo y al solo objeto de debilitar la nobleza supo acudir a la demagogia creando un poderoso partido Real, principalmente en la provincia de Gerona, que ayudaba en su rebelión a los remensas.

Ya hemos visto en lo que consistía la situación de los remensas; no era, por tanto, ningún estado de servilismo absoluto, pero, indudablemente, era inferior al de los caballeros y de los hombres de paratje; económicamente el remensa era un simple cultivador de tierras, que no eran de su propiedad, si no de los señores, y aun cuando pagaba a los propietarios unas cantidades modestas, en pocos casos podía adquirirlas por compra; el censo era más factible, pero tampoco variaba mucho su condición, pues se veía obligado igualmente a satisfacer un canon equivalente a la pensión que pagaba anteriormente.

Muchos remensas habían mejorado económicamente, poseían economías y vivían con cierto lujo y sentían deseos que equipararse a los nobles; aquí es en donde encontraban más dura su condición social.

Los caballeros y los hombres de paratje integraban los cargos públicos, formaban parte de los "Consells de Vila" que eran organismos administrativos, que ejercían las funciones hoy día propias de los Ayuntamientos, integraban igualmente las "juntas de Justicia", que intervenían en casos de litigio.

En caso de pleito entre un remensa y un caballero, el remensa se encontraba en situación de notoria inferioridad; mientras al caballero se le daban toda clase de garantías y de derechos, al contrario el remensa no tenía en su favor ningún privilegio. En causa de índole criminal es en don-

de se notaba más esta diferencia, pues mientras al noble le garantizaba muchas veces la impunidad su estado, al remensa se le hacía sentir todo el peso de la Ley, incluso algunas veces se le aplicaba el tormento y no tenían fe de bondad sus manifestaciones.

Mientras las guerras de reconquista exigían continuamente contingentes de combatientes dispuestos a morir en defensa de la Cruz en contra de la media luna musulmana, la situación de remensa era cómoda, pero a medida que los árabes dejaron de ser un peligro y la guerra no exigía los duros sacrificios de antaño, el remensa ambicionaba ser igual a los caballeros, deseaba formar parte de los organismos oficiales, tener igualdad de derechos, la diferencia entre los dos estados era más notoria, no bastaba poseer riquezas si no que había de pertenecer a la clase privilegiada para tener la máxima plenitud social y jurídica.

En todas las poblaciones existían dos grandes clases sociales; los nobles, generalmente orgullosos y heroicos, indolentes y liberales, y los remensas o pertenecientes al estado común, ambiciosos y avaros. Entre estas dos clases existían siempre discrepancias, motivadas por hechos que muchas veces carecían de importancia, y los dos estamentos convivían distanciados.

Al remensa rico le molestaba que un noble fuera más que él; a un caballero le ofendía que un vasallo rico pudiera equipararsele.

Los barones estaban en estas cuestiones al margen, y si alguna vez intervenían era siempre en beneficio de los nobles; el espíritu de clase les había unido a ellos y por otra parte los nobles les habían ayudado en sus empresas militares y habían derramado juntamente sangre en el campo de batalla.

Los barones o nobleza superior continuaban po-

seyendo castillos, fortines y torres, y si bien es cierto que tenían residencia en alguna población importante, de hecho vivían en las ciudades importantes, en Gerona y en Barcelona principalmente. En la primera de estas ciudades ocupaban el barrio de la "Forsa" y se agrupaban en la corte del Obispo que era, como todos los de la época, un verdadero señor feudal; en Barcelona el Conde tenía instalada su corte y los privilegios que el Rey de Aragón concedía eran de por sí solo motivo suficiente para que le rodearan los nobles medio arruinados por las continuas guerras que habían sostenido.

Los Reyes de Aragón, al igual que otros muchos reyes de la época, no recordaban o no querían recordar a sus antiguos compañeros de armas; el deseo de ser monarcas absolutos les ofuscaba; la necesidad de agenciarse dinero hacía que muchas veces ascendieran a la categoría de nobles a muchas personas que no merecían tal dignidad y los comerciantes enriquecidos también deseaban ennoblecerse para equipararse a los caballeros. Se multiplicaban continuamente los "ciutadans honrats" y la vieja nobleza sentía por los reyes cada vez menos afecto.

La sublevación de los remensas no habría nunca tomado la intensidad que llegó a tener de no haberla fomentado la Reina Doña Juana. La forma más fácil de ayudar al Rey en su propósito de llegar a ser monarca absoluto, era arruinar a la nobleza, único estamento que poseía medios combativos para oponerse; si a los barones y caballeros se les quitaba sus efectivos, el poder Real quedaría fácilmente consolidado; los otros organismos sociales verían con gusto la pérdida de los poderes de la nobleza, pues de esta manera podrían hallarse en situación de igualdad con la misma.

Era cuestión algo difícil que los remensas se decidieran a combatir contra sus propios señores, a los que temían con fundamento, pues conocían su valor combativo, pero no se trataba de crear una lucha intensa desde el principio, bastaría una resistencia pasiva contra la nobleza. Se divulgaban por medio de expertos agitadores doctrinas encaminadas al fin propuesto, se decía que el único Señor era el Rey, que podía por su soberana voluntad quitar los privilegios de los barones, que los remensas no estaban obligados a satisfacer cantidad alguna a los señores, ni a los propietarios, si previamente el Rey no lo había ordenado. Igualmente se decía que todo remensa que no encontrara apoyo en litigio seguido contra caballero debía acudir al Rey que le haría justicia.

Las doctrinas expuestas empezaron a ser conocidas y como consecuencia de ello el poder Real se puso en pugna contra los barones, caballeros y grandes propietarios rurales.

Los remensas, creyéndose protegidos por el Rey, se veían en pie de igualdad con los nobles, y creían que pronto serían dueños absolutos de sus tierras. El deseo de ser propietario era justificado en aquellas gentes que desde hacía muchos años disponían casi libremente de las fincas y la posibilidad de llegar a ser propietario sin tener que adquirirlas por compra o por censo era tentadora.

Varios aventureros, entre ellos Verntallat, el más famoso en el Ampurdán, sostenidos officiosamente por el Rey, levantaban partidas de gente armada que, con el pretexto de defender el derecho de los remensas, se dedicaban libremente al bandidaje. Era frecuente el caso de que los hombres de Verntallat asaltasen una casa de campo, robasen todo lo existente en ella y degollasen a sus moradores, auténticos remensas, y con excusa

de que era para obligar al barón a liberar a los cultivadores de su señorío.

Si los nobles acudían en auxilio del remensa perjudicado y entablaban combate con los bandoleros, el Rey les pedía explicaciones de su actitud, que siempre veía era un abuso de autoridad contra gentes indefensas. Si pedían los barones protección al Rey para poner orden, siempre les prometía auxilio, pero éste no llegaba nunca y si llegaba era nulo, pues las fuerzas del Rey miraban impasibles la actitud levantisca de los revoltosos.

Las discordias entre el Rey y la nobleza habían adquirido estado de lucha armada; Doña Juana, al frente de las tropas reales, intervenía efectivamente, ponía sitio a castillos, saqueaba Monasterios y solía refugiarse en Gerona, que fortificaba, unas veces diciendo que era por precaución de la revuelta de los "remensas", otras con la excusa de las pocas defensas que existían, pero siempre con el fin de seguir e intensificar la lucha del Rey contra la nobleza.

Las autoridades de Gerona tenían cierta precaución con aquella dama que seguía tan confusa actuación, y no se equivocaron pues, desgraciadamente, tuvieron que vivir los gerundenses los tristes episodios de aquella guerra.

Doña Juana tuvo especial actividad en todo el Ampurán; era una mujer intrépida que no vacilaba ante ninguna empresa; cuando el Rey no podía atender a todos sus asuntos o bien su edad y salud no le permitían ponerse al frente de sus tropas, era la Reina Doña Juana quien hacía sus veces.

Las campañas reales en el Ampurdán fueron realizadas casi todas ellas por la Reina; ésta, al frente de las tropas, ponía cerco a los castillos de los barones; si la resistencia era practicada por

algún Monasterio, no impedía su carácter sagrado que la Reina ordenase su destrucción; ciertamente que al tratarse de eliminar el poder feudal de alguna Orden Religiosa tenían que tomarse más serias precauciones, pues se incurría fácilmente en la excomunión, y esta censura eclesiástica no favorecía nada al que la sufría, pues en aquellos tiempos la religión estaba arraigada en el corazón de todos, y los perseguidores de la Iglesia no tenían ninguna simpatía; muchas veces, para reducir a la impotencia algún Monasterio ampurdanés, la Reina encargaba su sitio y asalto a Vernetallat y sus hombres; éstos, a pesar de decir en todas partes que luchaban en beneficio de los "remensas", tampoco negaban su calidad de ladrones, se encargaban del asunto y procedían al incendio o saqueo.

El Infante Don Fernando solía acompañar a su madre en estas expediciones: Doña Juana quería preparar a su hijo en el arte de la guerra y de la intriga, para cuando ciñiera la Corona de Aragón; en cuestiones guerreras no llegó Don Fernando el Católico a gran altura, pero en artes diplomáticas e intrigas fué el Monarca más astuto de su época.

La Reina Doña Juana desde Gerona convocó Consejo General en vista del desagradable aspecto de la revuelta rural, y preguntó a los representantes de Gerona, si podía contar con el favor y ayuda de la Ciudad en el caso de que fuera atacada; el Consejo manifestó que defendería a las personas Reales, siempre que ello no fuera en perjuicio de las libertades y privilegios de Cataluña.

En el mes de mayo del año 1461, la Diputación General y los Consellers de Barcelona, en vista del estado alarmante que tomaba la cuestión de los remensas, publicaron un manifiesto que era equivalente a una declaración de guerra a la Realeza.

Por otra parte los hombres de Verntallat, así como otras partidas de la misma índole que infectaban la provincia de Gerona, recibieron armas que se descargaron en el puerto de San Feliu de Guixols.

El Ejército de la Diputación General, a las órdenes del Conde de Pallars, salió de la Ciudad de Barcelona, derrotando a Verntallat en Hostalrich, y el día 6 de junio del año 1462 puso sitio en Gerona. En la ciudad encontró extraordinaria resistencia, pues los nobles menores residentes en Gerona estaban empeñados en defender a la Reina Doña Juana y al Príncipe Don Fernando, confiando en prometidos privilegios.

Debido a los reveses que sufrieron las fuerzas de la Diputación General y a la llegada de un poderoso ejército de Aragón, que mandaba el Rey en persona, el Conde de Pallars se vió obligado a levantar el sitio de Gerona, refugiándose en Hostalrich. Con motivo de este hecho el Rey Don Juan II concedió a la Ciudad de Gerona su primer título de "inmortal".

Las luchas duraron largo tiempo, pero la rebelión o revuelta de los remensas acabó siendo extirpada por completo. A la Reina Doña Juana, después de muerto el Príncipe Carlos de Viana, viendo que poco a poco los nobles iban reconociendo a su hijo Don Fernando por el heredero del Reino, ya no le parecieron tan justificadas las pretensiones de los remensas, y procuró atraerse los nobles; Doña Juana había resuelto su principal objetivo; el que la Monarquía fuera absoluta, era solamente cuestión de tiempo.

El mismo Verntallat no tenía ninguna simpatía por la causa que defendía; en su fuero interno no deseaba otra cosa que ser uno de tantos nobles, así no tiene nada de extraño que su adhesión a la Reina fuese motivada principalmente por el

deseo de mejorar de condición social. Cuando los remensas no fueron útiles a las ambiciones Reales se les trató de bandidos sin ningún reparo; las Villas cerraban las puertas así que sospechaban la proximidad de alguna partida de ellos; el somatén les salía al encuentro en todas partes; acabaron los envíos de armas y poco a poco la revuelta fué disolviéndose por sí sola.

De todas maneras los verdaderos remensas, o sean los hombres que cultivaban la tierra, no estaban descontentos de sus señores, y los que se habían sumado a las partidas eran los más inútiles de todas las villas y pueblos; algunos tendrían cierto idealismo por la causa, pero la mayoría sólo les guiaba el afán de pillaje y aventura.

El Rey concedió a Verntallat el Vizcondado de Hóstoles, con señorío no solamente en el valle, si no que también le dió otros señoríos, entre ellos parte del señorío de los barones de Montagut; esta familia era de las más antiguas y acreditadas del Ampurdán, en la guerra salió muy perjudicada y el castillo de Montagut fué destruido.

Verntallat como señor feudal fué un verdadero tirano, se dió el contraste de que el antiguo cau-dillo de las libertades rurales quedó convertido en el más exigente de los señores.

En sus correrías por el Ampurdán Doña Juana se estableció en el Castillo de San Mori, este castillo pertenecía a los frailes de San Miguel de Fluviá; era un pequeño Monasterio fortificado. La Reina solicitó del Abad que se lo cediera, a lo que no hubo resistencia; mandó ponerlo en condiciones de defensa suficientes para la seguridad de de su persona e hijo y le dió la categoría de sitio Real; posteriormente convirtió el Castillo en sede de Baronía, pues al derribarse el Castillo de Vilademuls había desaparecido la baronía de su nombre. La nueva baronía de San Mori tuvo extraor-

dinaria importancia, no solamente por su gran extensión si no que también por su situación estratégica; estaba cerca de Castelló de Ampurias, de Figueras, de Torroella de Montgrí, del puerto de Ampurias y junto a la calzada romana que conducía del Rosellón a Gerona. Tanto el Príncipe Fernando como la Reina vivieron en dicho castillo largas temporadas; Doña Juana se había aficionado al Ampurdán y en San Mori se encontraba a gusto.

La baronía de San Mori, algunos años más tarde, fué concedida por Don Fernando el Católico a una noble familia como feudo particular. A pesar de ello, este Castillo estaba destinado a albergar dentro de su recinto a muchísimos personajes reales; Carlos V de Alemania y I de España, en cierta ocasión, habiendo desembarcado en Ampurias, se dirigió a San Mori para tomar la ruta de Gerona; permaneció en él varios días. El hecho de desembarcar tan importante personaje en Ampurias no debe causar extrañeza; el Emperador buscaba la seguridad del viaje y aun cuando era dueño de casi medio mundo, su poder era bastante nominal en muchas partes; en el mar estaba expuestos a contratiempos; en las mismas islas Medas estaban instalados los piratas berberiscos, los cuales hacían frecuentes desembarcos, sembrando el terror en la comarca de Torroella de Montgrí.

También cuando la guerra de la Independencia parece se alojaron en San Mori personalidades importantes, principalmente generales napoleónicos; una antigua tradición asegura que coincidieron en este famoso Castillo tres reyes, a saber: Napoleón, su hermano el Rey José Bonaparte y Joaquín Murat, Rey de Nápoles. No hemos obtenido ningún dato oficial sobre este hecho, pero la robustez de la tradición y la situación del Cas-

tillo sacen suponer que no está desprovisto de fundamento.

De entre los muchos destruidos castillos ampurdaneses merece especial mención el de San Mori, habiendo sido restaurado con gusto exquisito y muy en carácter y estilo de su época; su restauración fué llevada a cabo hace algo más de veinte años, por la Excma. Sra. Doña Francisca Güell, madre del actual propietario, Excelentísimo Sr. Marqués de San Mori.

Al ser proclamado Fernando Rey de Aragón tuvo que dirigir su actividad a muchísimos asuntos que lo apartaron del Ampurdán. Esta comarca durante su reinado y el de los Reyes de la Casa de Austria, quedó abandonada a su suerte; los antiguos barones siguieron a los Reyes o bien se establecieron en Gerona; en las villas y pueblos ampurdaneses sólo quedaron los caballeros o nobles de segunda categoría, pero en ausencia de los antiguos barones heredaron sus prerrogativas, claro está que modificadas; los antiguos caballeros, los hombres de paratje y los propietarios constituyeron una clase social poderosa, que se bastó a sí misma para la defensa de sus intereses; los ánimos se fueron apaciguando y las clases modestas fueron también prosperando; los usos y las costumbres de la época sufrieron modificación, al igual que la economía, y tomó todo en conjunto una modalidad que tenía la originalidad de ser continuadora de viejas tradiciones, pero que también admitía fácilmente modificaciones en su estructura.

La mayor parte de los castillos quedaron en ruinas; muchos de ellos, que no sufrieron daños de consideración, fueron abandonados y el tiempo se encargó de su lenta pero segura destrucción.

Las antiguas fortalezas sirvieron en muchas ocasiones de refugio a bandoleros, que las utili-

zaban para su seguridad. Un refrán antiguo nos dice:

Per cada Castell un lladre;
per cinc pobles, un baró.

Y es bastante expresivo de la situación de la época.

Lentamente los caballeros, los hombres de paratje y los remensas ricos se iban equiparando de categoría; la propiedad de la tierra daba igualdad social; los antiguos remensas adquirían fácilmente por compra las tierras que antaño cultivaban; los barones que habían seguido a la corte o se habían establecido en las ciudades, muchas veces faltos de dinero, iban vendiendo sus propiedades; a últimos del siglo xvi ya no se hablaba de remensas; en los pueblos solamente había dos clases, la integrada por los grandes propietarios y la modesta que comprendía a los cultivadores pobres.

La clase de los propietarios estaba en primer plano social; los antiguos caballeros y hombres de paratje administraban sus intereses y explotaban directa o indirectamente sus tierras; los propietarios procedentes del antiguo estado de remensa se habían equiparado a los primeros, incluso ostentaban en la fachada de su casa nuevos blasones. El blasón era el principal distintivo de una familia importante; los antiguos caballeros lo tenían concedido por los Condes e incluso por los barones; los nuevos propietarios la habían adquirido por uso generalizado; de esta época datan los escudos de armas llamados parlantes, que no eran otros que aquellos que simbólicamente hacían referencia al nombre de la familia, a su profesión o calidad.

La ausencia total de los Reyes, y de los cuales

sólo de vez en cuando se tenía noticia, fué motivo para que los ampurdaneses olvidaran muchas de las antiguas costumbres feudales y fueran adquiriendo otras típicamente comarcales.

Igual evolución sufrieron otras comarcas de Cataluña. El Rey, alejado en Madrid, y algún monarca como Carlos V, que residió gran parte de su reinado en el extranjero, había perdido ante aquellas gentes todo su antiguo prestigio; ya ño eran los Reyes aquellos populares personajes de que nos habla Ramón Muntaner en su Crónica y el Llibre del Feyts del Rei Jaume, ocupaban los Reyes de España una situación más elevada, pero también estaban más apartados del corazón de la mayor parte de sus vasallos. No eran como los antiguos Reyes de Aragón, que nos dice la tradición tenían “dolç tracte i bonic parlar”, si no unos personajes que solamente se conocía su existencia nominal alguna que otra vez.

Las costumbres ciudadanas también sufrieron cambio; la antigua nobleza se iba fusionando con los “ciutadans honrats” y dejaba lentamente sus tradicionales costumbres para dar lugar a una nueva clase social que constituyó la actual aristocracia. Cualquier mercader enriquecido tomaba hábitos y costumbres de caballero.

El neo-feudalismo fué más rural que ciudadano, pero sirvió de puente entre el medioevo y el presente histórico. En cada pueblo una familia tomaba el primer lugar y servía de modelo a todos los habitantes, se le reconocía un señorío moral sobre la localidad, en algunos pueblos había más de una familia en iguales condiciones, particularmente en los pueblos grandes o villas; entre estas familias fácilmente surgían desavenencias, que unas veces terminaban en forma violenta que subsistía durante algunos años, pero también solía ocurrir que ambas familias entroncasen, en

cuyo caso las diferencias terminaban a gusto de todos.

Cuando alguna de estas poderosas familias ampurdanesas dejaba sentir su influjo en cuatro o cinco pueblos, automáticamente quedaba elevada a la categoría de barón; así surgieron infinidad de pequeños barones, que intervenían en todos los asuntos del país. Fué tan grande su poder que incluso los reyes llegaron a reconocerles sus derechos y prerrogativas. Felipe V tuvo especial interés en atraerse a estos barones y caballeros por lo útil que le resultaron durante la guerra de sucesión; indudablemente eran al mismo tiempo que partidarios suyos una poderosa ayuda económica que le suministraba fácilmente dinero, caballos, forrajes y alimentos para su ejército, ya que este Rey se vió precisado a conquistar palmo a palmo el reino que le dejó Carlos II. Las grandes familias ampurdanesas tuvieron cierto fausto en sus costumbres; una boda, un entierro o funeral, o bien un bautizo, eran ceremonias de extraordinario esplendor. Además de las funciones religiosas que el caso requería, eran frecuentes los grandes banquetes que en tales ocasiones se celebraban. Muchas veces, cuando un campesino había mejorado de condición económica y se había convertido en propietario rural de cierta importancia, buscaba la amistad con familias acreditadas a los fines de poder pasar a la clase aristocrática, se arreglaba una boda de conveniencia, pero si no había oportunidad de arreglar una boda, solía invitar a una cacería a varios amigos de acreditada calidad y después de unos agradables y magníficos banquetes, ya quedaba calificado de persona importante, recibía el original espaldarazo de caballero y solía poner sobre la puerta de su domicilio algún escudo parlante cuya prosapia nadie le discutía.

En esta época tuvieron incremento los mercados y ferias; la comarca ampurdanesa, principalmente en el siglo XVIII, tuvo siempre riqueza natural y una próspera agricultura, por lo que se comprende la gran importancia de estas reuniones periódicas. Las familias ricas transportaban fácilmente en carros la mercancía y tenían sus propias escoltas que les garantizaban la seguridad del recorrido. Los campesinos modestos solían también agregarse a estas expediciones, que algunas veces corrían grave peligro de ser atacadas por ladrones.

El bandidaje después de la guerra de los remsas quedó estabilizado en las comarcas ampurdanesas. Había dos tipos de bandolero: el bandolero de primera clase, que era el que había podido reunir una importante cuadrilla, generalmente tenía relación con alguna familia importante, exigía el pago de cantidades para garantizar la libertad de actuación de los campesinos ricos, les protegía contra los ladrones vulgares y su concurrencia a los mercados y ferias no era interrumpida por nadie.

Ciertamente que en esta época existía la autoridad civil, como el Veguer y los Batlles, pero su poder era más bien nominal y salvo en las ciudades nadie recurría en su auxilio.

Los ladrones de segunda clase eran, por lo general, verdaderos salteadores de caminos, no llegaban a formar grandes cuadrillas ni tenían el prestigio caballeresco de los antes citados; muchos de ellos tenían desgraciado fin, pues no podían contar con la protección de las grandes familias. Muchos de esta clase de bandoleros se habían tirado a "la mala vida" por algún hecho muchas veces novelesco; por ejemplo, amores contrariados o de alguna injusticia social o personal. Si el ladrón era en cierta manera un ro-

mántico, recibía fácilmente la protección de algún pueblo; para ello no le faltaba otra cosa que presentarse en alguna localidad y contar sus cuantas o desgracias a los vecinos; éstos, enternecidos, le daban asilo, le permitían habitar en algún castillo arruinado o bien en una ermita, en donde quedaba seguro; los mismos vecinos le suministraban pan, aceite, vino y sal; él, por su parte, en agradecimiento, no les perjudicaba en nada y se limitaba a ejercer su profesión en otras localidades e incluso se ponía a las órdenes de los vecinos del pueblo que le habían ofrendado asilo, para defenderlos de otros ladrones comarcales que no estuvieran en buenas relaciones con la localidad.

Muchos de estos ladrones llegaban a adquirir fama de hombres prudentes y solían llamarlos a consejo en casos de riñas de familia, pues cuando dos poderosas familias entraban en desavenencia su discrepancia tomaba forma violenta. También solía ocurrir que el ladrón asilado al envejecer fuera tomando un aspecto venerable; se le atribuían condiciones extraordinarias e incluso se le consultaba en caso de enfermedad por creer tenía la facultad de curar de gracia. En resumen, que los bandidos de aquella época tenían algo de romántico-caballeresco que conservaron hasta mediados del siglo XIX e incluso la leyenda los ha convertido en héroes de extrañas aventuras.

La idea o concepto de patria, tal como se conoce hoy día, es por completo diferente de la que tenían las gentes hasta mediados de siglo XIX, durante el cual evolucionaron las costumbres y los conceptos hasta llegar a la forma contemporánea. Las guerras tradicionalistas dieron a conocer nuevas ideas y concepciones; las doctrinas liberales y republicanas también tuvieron su influjo, de manera que en pocos años ha sufrido el

Ampurdán tal cambio social, moral y económico que muchas veces resulta difícil concebir el proceder de personaje cuya vida se desarrolló en un ambiente completamente distinto del actual.

VII

NOTAS HISTÓRICAS LOCALES, REFERENTES A LA "VILLA DE SAN PEDRO PESCADOR"

La trayectoria luminosa que dejaron en pos de sí el "Pastor de Batipalmas" y la "Condesa de Molíns" sirvieron para que la juventud, siempre inexperta y de fácil entusiasmo se sintiera inclinada a imitar sus hazañas. No todos tuvieron las circunstancias extraordinarias que concurrieron en los expresados personajes, pero el deseo de imitarlos y de superarlos en fama despistaron a muchos jóvenes que siguieron la equivocada profesión de bandoleros. Los muchachos se sentían inclinados al bandolerismo por impulso pasional; la fama, el deseo de ser admirados y temidos, los entusiasmaba; se creían llamados a tan turbulenta vida por un hecho providencial; no era en sí el afán de robo y pillaje lo que más les cautivaba; el correr a caballo por campos y montes, encender hogueras en los bosques, pernoctar en castillos medio arruinados tenía su poesía, una triste poesía, es cierto, pero lo suficiente emotiva para deslumbrar a cualquiera de aquellos jóvenes que habían oído contar en su infancia historias fantásticas y que incluso en algunas ocasiones habían visto los aparatosos cortejos de la "Condesa".

Muchos fueron los que se dieron a correr aventuras que, fracasados en sus propósitos, volvieron a sus domicilios con el desengaño; otros, más des-

graciados, tuvieron que sufrir las tristes consecuencias de su romántica acción, y la cárcel fué su único premio; y otros, más desafortunados todavía, murieron en el campo sin gloria ni prestigio o en la horca.

Algunos, no obstante, tuvieron su extraña gloria y dejaron una memoria, si no tan grande como deseaban, lo suficiente para que durante muchos años se hablase de ellos. "El Monjo", "Pistola", "Cistella", "L'ànima de les gallines" y "L'Escolanet" resultaron más afortunados, fueron bandoleros de fama y juntamente con "El Pastor de Batipalmas" y "La Condesa de Molíns" constituyen los siete bandoleros de San Pedro Pescador, de los cuales nos canta la tonadilla; "Roben sols per la fama. No traicionen per diners" (Que roban solamente por la fama. No traicionan por dinero). No diré que sea exacto lo que la tonadilla expresa, pero tampoco es falso en absoluto; eran bandidos, ladrones de cuadrilla, pero no estaban desprovistos de un cierto sentido caballeresco, que hoy al examinar su forma de vivir hay necesidad de reconocerles.

Sus fechorías eran casi siempre las mismas, asaltar masías y si la ocasión les era propicia atacar las diligencias, incluso saquear pequeños pueblos. El contrabando les daba también forma de vivir, y hasta realizaban alguna que otra vez actos de piratería. Generalmente en las noches en que arreciaba el levante o la tramontana, se llegaban a la playa y encendían faroles que, atados en lo alto de un palo, resultaban visibles a larga distancia y esperaban que alguna embarcación que buscara refugio en el puerto de Rosas se desvistara en su rumbo y encallase en las arenas del golfo, el cual, cercano a la costa, es de poco fondo; la desgraciada embarcación se encontraba aprisionada en los bajos fondos y al día siguiente

la tripulación tenía que desembarcar y abandonarla; los tripulantes eran respetados, se les auxiliaba materialmente y por lo regular se trasladaban a pie a Rosas, pero el barco era saqueado por completo, su cargamento repartido entre los autores del hecho y algunas que otras veces quemada la embarcación para que no quedasen vestigios de la misma.

Esta piratería, que se llevó a efecto desde Ampurias a las cercanías de Rosas, no fué la única que en aquellos días se practicó; otras poblaciones de la costa tenían actividades, y en muchas ocasiones más perversidad en su cometido; el asesinato de los náufragos fué frecuente en algunos pueblos.

En Rosas y especialmente en Cadaquers la piratería alcanzó una más completa organización; en estas poblaciones disponían los piratas de embarcaciones y con ellas recorrían el Mediterráneo; afortunadamente a principios del siglo XIX fueron desapareciendo y en su lugar prosperaron raros negocios de contrabando.

El transporte de negros con destino a las colonias americanas fué un negocio muy en boga durante los dos primeros tercios del siglo XIX y con él se hicieron importantes fortunas; la base económica de tales empresas la subvenían los navieros de Barcelona, pero la marinería que se enrolaba en las embarcaciones destinadas a este tráfico procedía siempre de los pueblos de la costa.

Cadaquers fué quizá el pueblo de Cataluña que dió más marineros; la pobreza natural de dicha población obligaba a sus naturales a buscar su subsistencia fuera, y los pescadores fácilmente se trasladaban a Rosas en donde se alistaban en buques que se hacían a la mar con rumbo desconocido; sólo se pedía al marinero que deseaba formar parte de la tripulación, que tuviera buen

porte y fortaleza, y por lo regular a los hombres que solicitaban trabajo les sobraban estas condiciones; se les pagaba mal, pero la vida en aquellos tiempos era bastante barata y unas pocas monedas equivalían a una fortuna; el espíritu del negrero se iba modelando por sí solo; unos tragos de ron y unos latigazos dados por el contraamaestre eran suficientes para convencer y completar al más timorato.

En los buques destinados a este tráfico, los marineros llevaban a bordo un cometido casi igual que en otras embarcaciones; únicamente corrían el riesgo de ser apresados por algún barco de guerra, español o inglés, pero la policía marítima era insuficiente y sólo en muy pocos casos se corría el peligro de ser hundido.

La organización de este tráfico estaba bien establecida y los cargamentos de negros fácilmente eran transportados desde África al Brasil, a las Antillas o a los Estados Unidos.

Las rebeliones a bordo de que nos han hablado muchas novelas de aventuras, no existieron nunca; la disciplina era fuerte e inflexible; los negros, fuertemente encerrados en las cámaras de la bodega, medio muertos de mareo, no estaban en condiciones de sublevarse; si algún caso de sublevación hubo en algún barco, fué más bien para convertirlo en negrero. Muchas compañías serias se negaban a esta triste clase de negocios, y la dotación, mal aconsejada por otros marineros que ganaban mayor soldada, tomaban actitud levantisca para imponerse al capitán y obligarle a tirar por la borda el cargamento, dar al buque otro rumbo y dedicarlo al contrabando o bien al tráfico clandestino de negros.

Los motines no fueron nunca cosa frecuente en las embarcaciones catalanas; la seriedad y disciplina se observaban cumplidamente y el tráfico

ilícito fué más bien debido a los pocos escrúpulos morales de los navieros que a la perversidad de los marinos y marineros.

A los diez o quince años de navegación, el marinero dedicado al comercio negrero había adquirido unos centenares de duros, y con esta cantidad en la bolsa solía regresar a su pueblo, en donde tenía el prestigio de hombre adinerado; solía comprar algún olivar y viña, y juntamente con su casa algo restaurada venía a tomar el aspecto de un hombre de bien; si era soltero, se casaba y ya no pensaba nunca más en aventuras marineras. Les llamaban a esta clase de hombres "americanos"; la expresión es en sí sumamente conocida para que nos metamos en comentarios; posteriormente todos los que hicieron dinero en América fueron llamados de igual forma en el levante catalán.

San Pedro Pescador no dió nunca marineros, pues aun que el término municipal linda con el mar, quedaba lo suficiente apartado para que sus habitantes no tuvieran inclinaciones marinas, y sólo por excepción alguno de sus moradores tenía afición al mar, pero se limitaba a pescar en el río y muy pocas veces se internaba en el golfo.

El pirateo de playa ya se comprenderá que era un mal negocio, estaba condicionado a las circunstancias del tiempo y a la eventualidad de que encallase algún barco, y aun cuando se intentaba provocar al naufrago, poniendo las luces en sitio apropiado, la pericia de los navegantes era difícil de sorprender. En Rosas y sus cercanías tuvo esta clase de actividad más desarrollo, por el mayor conocimiento de las rutas marítimas y del arte de navegación. Las cuadrillas de bandoleros tenían en San Pedro su predilección, los jóvenes sedientos de aventuras se alistaban en las mismas y salían con ellas a recorrer el país, general-

mente "Las bandes de lladres" (Bandas de ladrones), iban montadas y se trasladaban para efectuar sus correrías a comarcas lejanas, iban siempre por despoblado y campo a traviesa, camino de Vich, las Guillerías, Olot, Bañolas, etc., y cuando habían adquirido un regular botín regresaban a la población.

Por lo regular, como en las cuadrillas locales iban multitud de hombres que tenían familiares en la villa, anunciaban su regreso con antelación y las mujeres, los hijos y los amigos esperaban impacientes su llegada; en un bosque cercano a la población hacían alto antes de entrar en la misma y en las ruinas de un molino de carbón, que habían creado los franceses para surtir la fábrica de pólvora de Vilabertrán procedían a repartirse el botín obtenido.

La distribución no era muy exacta ni justa, pero lo bastante seria para que no ocurrieran disputas, solamente alguna que otra vez surgían riñas a consecuencia de la misma.

Ya repartido el fruto de la rapiña, al anoecer entraban las cuadrillas por "El Portalet", formados en cabalgata, recorrían la calle mayor y desmontaban en la plaza. Esta entrada efectista era como una tradición que arrancaba del "Pastor de Batipalmas", que entró en la localidad al terminarse la guerra de la Independencia al frente de su partida, con un lujo y aparato de fuerza que tenía brillo marcial.

Los chiquillos, las mujeres y los conocidos les recibían con entusiasmo. Alguna que otra vez también corrían las lágrimas, pues algunos de los mozos que habían marchado sedientos de fama y dinero no regresaban; habían quedado tendidos en el bosque y sus madres e incluso sus novias corrían detrás de los que volvían, esperando tener alguna noticia de los mismos.

Las tabernas se llenaban prontamente y el vino corría en abundancia; si coincidía la llegada de dos partidas famosas era mayor la concurrencia y entre los hombres de las mismas surgían disputas, ocasionadas al contar entre ellos las aventuras de la expedición, pues todos querían aparentar ser los más valientes y temerarios.

Las disputas entre bandoleros fué una de las causas que influyó notablemente en la limpieza de la población ocurrida pocos años después, ya que a consecuencia de las mismas fueron perdiendo popularidad y al mismo tiempo se destruían entre ellos.

En el mes de diciembre de 1840 coincidieron en San Pedro dos partidas importantes y rivales, la que acaudillaba "El ánima de las gallinas" y la que conducía "El Pistola"; la rivalidad existente entre ambas databa de antiguo, y el motivo de su enemistad procedía de que no cabían ambas en la misma comarca y ninguna de las dos estaba dispuesta a cambiar el teatro de sus fechorías.

En la ocasión expresada no había ocurrido ningún contratiempo; los hombres pertenecientes a las mismas se hallaban reunidos indistintamente por las tabernas. En la taberna de "La Malcuada" coincidieron "El ánima de las gallinas" y "El Pistola", los dos jefes aparentaban cierta amistad, pero en el fondo se odiaban a muerte.

"La Malcuada" había puesto a su servicio en el establecimiento a las llamadas "Donotes de Perpigná" (Mujeres de Perpignan) que actuaban de camareras y también prestaban otra clase de servicios más ínfimos; desgraciadamente, ya en aquel entonces Francia tenía el privilegio de exportar esta triste clase de mercancía. Entre estas mujeres había una muchacha joven, bastante agraciada, que era conocida por la "Puncella";

esta muchacha, traviesa y desvergonzada, sostenía relaciones con los dos bandidos, a los dos procuraba tener contentos y engañados y de ambos recibía dinero y favores.

Esto fué de los mayores motivos de la enemistad entre ellos; en el día que hablamos, “El ánima de las gallinas” había regalado una pulsera de cierto valor a la muchacha, y “El Pistola”, por su parte también le había dado un collar o cadena de oro. Como ella, al estar los dos en la taberna, no sabía a cuál agasajar, iba de uno al otro sin definirse en su preferencia.

“El ánima de las gallinas”, que era bastante bravucón, manifestó que en donde se encontraba él, nadie más tenía derecho a sentarse con la “Puncella”. Por su parte, “El Pistola” agregó que donde él tenía por costumbre ir ninguno podía echárselas de valiente; a pesar de los buenos oficios para poner orden que hizo “La Malcuada”, todo resultó inútil: los dos hombres se levantaron dispuestos a agredirse.

“El ánima” desenvainó su puñal, pero “El Pistola”, más rápido, le mató de un pistoletazo; los hombres del “ánima” agredieron a “El Pistola” con el propósito de vengar a su jefe, y las dos partidas lucharon, no solamente en la taberna, sino que la lucha trascendió a la calle y a las otras tabernas; fué una lucha espantosa que duró varias horas, y el resultado digno de la misma. Murieron “El ánima de las gallinas”, “El Pistola”, “La Malcuada” y “La Puncella”, e infinidad de ladrones de ambas partidas; los que quedaron vivos de la pelea estaban en su mayor parte seriamente heridos y los ilesos huyeron de la localidad por miedo a los habitantes de la población.

Debe tenerse en cuenta que el sitio de San Pedro por los franceses tuvo lugar en el año 1808, y que en 1840 las circunstancias empezaban a cambiar;

los niños de antaño habían pasado a ser hombres y un naciente sentimiento de dignidad ciudadana hacía que todos miraran con antipatía a la multitud de granujas que se habían establecido en la localidad.

Desde los hechos que hemos relatado hasta el año 1845 los bandoleros fueron desapareciendo de San Pedro Pescador; no desaparecieron en absoluto, pero su fama y cantidad fué disminuyendo. En el mes de marzo del año referido, la impopularidad de los bandidos había llegado a su máximo y el somatén local se veía con fuerzas suficientes para ponerles cara, y un buen día, al grito de "Fora lladres" (Fuera ladrones), el somatén local se levantó en armas y se echó a la calle contra ellos; tuvo lugar otra batalla importante, y hasta puede afirmarse que definitiva, en la lucha contra el bandidaje, las partidas de bandoleros fueron aniquiladas y expulsadas de la población, siendo perseguidos hasta lejos, principalmente hasta el molino de carbón, en donde fueron destruidas las últimas resistencias e incendiado el edificio allí existente. Los sobrevivientes se fugaron pasando el río, camino de la Armentera y la Ermita de Santa Cristina.

La Ermita de Santa Cristina estaba situada en un bosque equidistante entre San Pedro Pescador y el pueblo de La Armentera; durante el siglo dieciocho fué un lugar de romería, en donde la devoción de los dos pueblos coincidía en bastantes ocasiones. La referida Ermita fué destruida en parte por los franceses y posteriormente los bandidos la habían profanado, por lo que dejó de estar dedicada al culto de su santa patrona; existió hasta el año 1870 en que una crecida del río Fluviá se llevó los últimos restos. Un refrán antiguo nos dice:

“Entre Sant Pere i L’Armentera,
una llegua hi ha,
al mig una Ermita,
qu’el riu s’emportà.”

En cuanto al antiguo molino de carbón sólo se conservan dos ruedas de piedra, una de ellas convertida en mesa por don Juan Roig Esteva, actual propietario de la finca, el cual ha construido dentro del bosque una casita y un huerto-jardín, en donde algunas veces obsequia a sus amigos con la clásica “peixetada” a la que hemos tenido la satisfacción de poder asistir.

En las cercanías de San Pedro Pescador existe una Ermita dedicada al segundo patrón de la localidad, San Sebastián. El secretario del Ayuntamiento, don Francisco Serra y Hospital, en sus trabajos de estudio e investigación en los distintos archivos de la Villa, ha venido en conocimiento de los hechos que motivaron su fundación. Según cuenta la tradición y puede comprobarse leyendo la letra de los “gogis o goixs” dedicados al santo Patrón San Sebastián, en la villa de San Pedro Pescador, desencadenándose en el año 1640 una epidemia de cólera, terrible morbo que asoló la comarca; al verse los habitantes en tan desgraciado trance, apelaron al único que podía salvarles, y al rogar a Dios para que les librara del azote, pusieron como intercesor a San Sebastián, santo al que la piedad popular consideraba como abogado contra la peste. Después de dichas rogativas sigue contando la tradición que por la milagrosa intervención de San Sebastián, vióse el pueblo libre de la terrible epidemia.

Alborotados los vecinos, organizaron grandes fiestas en honor del santo, a quien consideraban como el salvador de la Villa; a tal extremo llegó el reconocimiento de los mismos, que acordaron

levantar una capilla y le dedicaron el día de la fiesta mayor, que recayó en la festividad del santo el día 20 de enero, cuya fiesta continúa celebrándose en la actualidad con gran fervor.

VIII

“EL GUERRILLERO CIEGO”

A medida que los años van transcurriendo más extraordinaria parece la figura de José Bach, conocido por el “Bach de Finestrelles” y también por “El Guerrillero ciego”.

La vida de este hombre tiene más de fantástico que de real, pero no obstante, aun que los hechos a él atribuidos son muchas veces fruto de la fantasía popular, un fondo de verdad se entresaca de los mismos; también se desprende que su vida fué completamente desprovista de la norma habitual que regula la existencia de la mayoría de los humanos, y la concurrencia en el mismo de raras circunstancias fué el motivo que dió lugar a las más inverosímiles leyendas.

Procuraremos, no obstante, describir en estas páginas los hechos que nos parecen más probables de su existencia aventurera, aun que muchas veces parezcan increíbles, y si algo el lector juzga humanamente imposible, piense que nosotros nos limitamos a poner en pocas líneas un resumen de su vida y personalidad, que también tenemos con respecto a tales hechos nuestras sospechas en cuanto a su exacta veracidad, pero no nos atrevemos a negarlo en absoluto, pues los hechos que mencionamos ocurrieron hace más de un siglo, poco más o poco menos, y la memoria que dejaron fué tan intensa que aun vive en la

imaginación de muchos ancianos; por otra parte, hay coleccionistas que conservan en su poder las "auques" aparecidas a últimos del siglo XIX, en que relatan en la forma acostumbrada, sus hazañas y no las califican de legendarias o imaginarias, bien al contrario, las dan por ciertas y auténticas, con el sentido de lealtad tan propio de tales publicaciones.

¿Dónde nació José Bach? A esta pregunta es casi imposible darle contestación; todos los pueblos del Alto Ampurdán podrán disputarse este honor, todos podrán igualmente formular sus conjeturas, pues sigue siendo un misterio el lugar de su nacimiento y es muy probable que así sea muchos años, si algún afortunador historiador no encuentra alguna partida de nacimiento que en forma fehaciente acredite tan importante acontecimiento.

¿Dónde vivía el "Bach de Finestrelles"? Otra pregunta igualmente difícil de concretar, pero sobre la que pueden hacerse más afortunadas objeciones.

Durante muchos años hemos seguido la leyenda de José Bach y recorrido el terreno de alguna de sus famosas aventuras, y solamente hemos encontrado una viva tradición que nos contaba cosas prodigiosas. En muchas poblaciones, como por ejemplo Vilamacolum, Riumorts, Fortiá, Vilamalla, Valveralla y otras que no mencionamos, nos han mostrado la casa en que nació "El Bach de Finestrelles"; en caseríos solitarios cercanos a los pueblos citados también nos han dicho que aquí nació "El Bach de Finestrelles" y en casi todos los pueblos comprendidos en la cuenca de los ríos Muga y Fluviá, no hay lugar que no mencionen que en él ha vivido, o cuando menos haya la presunción de que por allí anduvo algún día el famoso guerrillero ciego.



Por los años comprendidos en la última década del siglo XVII nació José Pachá, se conoce que pertenecía a una poderosa familia de caballeros la cual tenía buenas rentas y herencias en casi todos los pueblos de la América; a su nacimiento se auguró un hermoso porvenir y se divulgó la noticia que había nacido el heredero más rico del Perú. Pachá desde su niñez fue educado en las ciencias y en las artes, pero su vida se dedicó a las armas y a las campañas militares. Fue un valiente soldado y un gran capitán. En las batallas de las Indias se distinguió por su valor y su coraje. Después de haber servido a su patria con honor y gloria, volvió a su patria en su vejez con sus criados, espaldas con sus amigos y su bolsa repleta siempre de monedas de oro. Estaba abierta a todos los necesitados. Nos dice con respecto a la generosidad del gran moso guerrillero una antigua poesía:

Por los años comprendidos en la última década del siglo XVIII nació José Bach, se conoce que pertenecía a una poderosa familia de caballeros la cual tenía bienes de fortuna y heredades en casi todos los pueblos del Alto Ampurdán; a su nacimiento se auguraba un hermoso porvenir y se divulgó la noticia de que había nacido "l'hereu més ric del Ampurdà" y así debía de ser seguramente, pues el famoso "Bach de Finestrelles" durante su vida derrochó cantidades importantísimas y pudo sostener a sus expensas el más famoso y bien equipado ejército que combatió a los soldados de Napoleón.

Algunos viejos a quienes hemos preguntado pormenores, nos han dicho que la riqueza de sus cabalgaduras no tenía parangón posible con ningún personaje de la época, y que tal vez la "Condesa de Molins" es la única que podría comparársele.

Los primeros años de su vida transcurrieron apaciblemente en su finca de Finestrelles, en donde residía en compañía de sus padres, los cuales estaban satisfechos de su hijo, que en cuanto a belleza y bizarría era el joven más arrogante de la comarca.

José Bach estaba dotado de un carácter obediente y dulce, tenía hombría en sus gustos, era jinete habilísimo, gozaba en la doma de potros, en sus grandes "Closes" solía montar horas y horas y el caballo más rebelde se volvía en sus manos en el más manejable e inteligente. Era generoso con sus criados, espléndido con sus amigos y su bolsa, repleta siempre de monedas de oro, estaba abierta a todos los necesitados.

Nos dice con respecto a la generosidad del famoso guerrillero una antigua poesía:

“Aquesta nena tan pobre
una unça porta a la mà,
al passar per Finestrelles
el Bach li va donar.
Aquest jove cavaller,
orgull de la nostra terra,
dóna als pobres el diner
i bon consell a qui erra.”

Con lo cual ya se comprende que no solamente era generoso y compasivo, sino que también tenía fama de ser persona responsable y a quien se solía pedir consejo en casos importantes.

Mientras vivieron sus padres no tuvieron nunca motivo de queja por su comportamiento y únicamente su madre solía lamentarse algunas veces ante el temor de dejarlo solo en el mundo al morir y deseaba que contrajera matrimonio. José Bach no estaba enamorado de ninguna muchacha y solía resistirse a los consejos de su buena madre. La poesía popular dice a este propósito:

“Fill meu, fill meu, jo voldria
deixarte al morir cassat
amb una bona fadrina
i feliç al seu costat.
No et dic que sigui rica,
ni tan blanca com la neu,
mes que fos dolça i bonica,
tan bona com el cor teu.
Pels pobles hi ha fadrines
i pubilles per cassar,
jo sé de molt bones noies
amb edad ja de pensar,
que sols amb trucar la porte
i amb mitja hora de parlar,
foren certament contentes
les volguesis maridar.”

Mes mare, oh mare meua,
sóc feliç al costat teu,
ma vida és ingènua,
i el destí el té sols Déu.
Avui no estimo cap noia
per ofrenarli el meu cor,
és sols per la meva mare
que de petit em donà amor.
Si algùn dia m'enamoro,
per què Déu aixís ho vol,
si per una noia ploro
vos em donareu consol,
i escullida la doncella
si és digne de la meva fe,
novicia de Garriguella,
pubilla o filla de parcer,
a vos primer daré compte
de mon desig i anhel,
esguardant de vostre tacte
la benedicció i consell.

Desgraciadament para José Bach, llegó un día en que quedó huérfano y solo, su madre falleció sin que hubiera contraído matrimonio; la buena señora dejó a su hijo tristemente, aconsejándole que creara una familia cristiana, pidiendo a Dios no dejara abandonado a su pobre hijo que tenía la desgracia de ser el más rico “hereu” del Ampurdán y, por tanto, con enormes posibilidades de perderse en las tentaciones del mundo.

Los primeros tiempos de su orfandad los pasó “El Bach” melancólicamente e incluso varias veces tuvo el deseo de trasladarse a Gerona e ingresar en el Seminario para ordenarse de sacerdote, pues a pesar de su extraordinaria fortuna, se sentía inclinado al estado eclesiástico. No llegó a realizar este pensamieneto, pues el cuidado de sus enormes haciendas le obligaban de continuo a

viajar por los pueblos; en todas partes era bien recibido y su magnánima generosidad dejaba una estela de agradecimiento y admiración.

Aun que en aquellos días las fiestas mayores constituían un acontecimiento importante, en todos los pueblos se reunían en las principales casas todos los parientes y amigos, no fué José Bach muy aficionado a recorrerlas, alguna que otra vez no podía eludir la concurrencia a tales festejos y era de ver la buena impresión que causaban sus caballos y carruajes. Familiares y amigos le recibían con agrado y eran infinitas las proposiciones que se le hacían para arreglar su boda con muchachas de lo más selecto de aquella sociedad.

Así las cosas, la guerra de la Independencia asoló el Ampurdán, los soldados franceses corrían el país como tierra conquistada, se profanaban los templos, saqueaban casas campesinas, iba surgiendo por todas partes motivo de descontento, muchos jóvenes se juntaban a las partidas de guerrilleros que combatían por el país.

Nuestro héroe sintió vivamente los horrores de aquella lucha y un deseo de sumarse a los guerrilleros latió en su corazón; José Bach tenía un deber que cumplir, la vida que llevaba no conducía a nada positivo, eran tantos los jóvenes que exponían su vida por el noble ideal de defender a la Patria, que creyóse obligado a seguir la suerte de los mismos.

Reunió en su casa de campo a todos sus mozos y amigos y les manifestó su deseo de tirarse al monte a defender los ideales que en su corazón estaban tan arraigados. La idea de Bach entusiasmó a muchos, otros más prudentes o quizá menos valientes, le hicieron ver los peligros a que se exponía, le manifestaron que Napoleón había vencido a todos los ejércitos de Europa y que posiblemente en España pasaría lo mismo, que sería más

aconsejable esperar que los acontecimientos se aclarasen, que la ciudad de Gerona cada vez estaba más apurada y que tarde o temprano tendría que capitular.

No obstante todas estas advertencias y consejos propios del caso, "El Bach" escogió entre los dispuestos a seguirle los que le parecieron más valientes, les dió buenos caballos y al frente de ellos, una mañana del mes de marzo del año 1808, inició su campaña.

Durante los primeros tiempos no tuvo ocasión de entablar combate con las fuerzas enemigas, es más, en muchas ocasiones procuró eludirlas; no es que "El Bach" fuera cobarde, pero era en extremo prudente y comprendía que su acción no representaba ningún provecho para la causa que defendía.

En aquellos días los franceses tenían especial actividad en saquear a los poblados y "mansos" e igual actitud observaban varios guerrilleros españoles para quienes la guerra hermanaba el afán de aventura, y como la falta de medios de vida era extraordinaria, recurrían al pillaje para proveerse de lo más necesario; no se crea por esto que ambos bandos combatientes carecían de moral; los mismos franceses tenían montados sus servicios de intendencia y en cuanto a los españoles poseían una ética superior y sólo en algunos casos aislados ocurrían los hechos relatados; por lo regular, los mismos campesinos les daban gustosos lo que pedían, que no era otra cosa que alimentos, prendas de vestir y en algunas ocasiones caballos.

Lo cierto era que "El Bach" en sus primeras correrías sólo encontraba pueblos devastados y gentes en estado de miseria. Nuestro héroe era inmensamente rico y dotado de generosos sentimientos, por lo que repartía entre los necesitados

cantidades de cierta importancia; esta actitud le valía extraordinarias simpatías y hacía que muchos hombres se alistaran en sus filas, de suerte que las fuerzas de "El Bach" iban creciendo en gran manera.

A los guerrilleros de su partida les había prohibido toda clase de actos violentos, y para que se proveyeran de los útiles necesarios les pagaba una soldada. Nadie habría osado discutir las órdenes de tan generoso jefe y la buena presencia que tenía, unida a su carácter comprensivo y enérgico, ya antes de haber entrado en fuego le tenían acreditado como un gran guerrillero.

En el mes de noviembre del mismo año, en las ceremonias de Camallera, trabó relación con el "Pastor de Batipalmas", el cual al frente de otra partida luchaba por su cuenta. Ambos jefes celebraron entrevista y acordaron unirse temporalmente para acometer empresas de importancia.

Resultado de esta entrevista y unión de actividades fueron varios hechos notables y de gran renombre militar en aquellos días, indudablemente era una combinación acertada; al valor temerario del "Pastor de Batipalmas" se unía la prudencia y el buen tacto de "El Bach". Atacaron a las fuerzas de guarnición de Camallera a las que destruyeron por completo y seguidamente limpiaron de enemigos toda la comarca; destruyeron un gran convoy en Bascara, cayendo luego sobre Bañolas en donde causaron tales descalabros a los franceses que tuvieron que abandonar la plaza, aun que la misma volvió en poder de los enemigos por carecer de fuerzas para consolidar sus conquistas.

Ni "El Pastor" ni "El Bach" hicieron otra cosa que atacar indistintamente a las fuerzas enemigas, causándoles pérdidas importantes; su manera de combatir era las guerrillas ligeras, por lo regular las fuerzas de "El Pastor" atacaban a las

columnas franceses desde la montaña y cuando los franceses se disponían a formar en orden de batalla, "El Pastor" desaparecía rápidamente por los bosques, parte de la infantería enemiga se desplegaba en su seguimiento; entonces "El Bach" solía cargar con su caballería por la retaguardia contra el convoy o columna, ya mal defendida, y el descalabro era absoluto. "El Bach" corría al frente de sus mejores jinetes contra los fugitivos y el resto de sus fuerzas incendiaba y destruía los restos que el enemigo dejaba abandonados, y terminada la operación se marchaba a través de los bosques hacia otra comarca.

Esta hábil manera de combatir tenía en gran apuro a los generales franceses, los cuales, acostumbrados a enfrentarse con ejércitos regulares y a efectuar movimientos tácticos de gran escala, no sabían la forma ni el lugar en que serían atacados.

"El Bach", que por lo visto tenía grandes dotes de guerrillero, se dió cuenta de que las campañas en compañía de "El Pastor de Batipalmas" no tenían otra virtud que la de desbaratar al enemigo en una comarca reducida, y separándose del mismo procedió a extender el campo de sus operaciones.

Se llegó hasta las cercanías de Olot y de allí se marchó a Puigcerdá en cuya plaza y sus alrededores habían los franceses establecido cuarteles importantes y grandes parques de artillería; montó entre los hombres más animosos de su partida un servicio que consistía en trasladarse de noche, en grupos de dos o tres individuos, a los depósitos de pólvora franceses e incendiarlos; claro que era un hecho muy temerario, pero la mayor parte de las veces salía bien, pues los soldados franceses no esperaban tan rara acometida, y si veía que había alguna dificultad, simulaba un ataque

en algún paraje cercano y mientras corrían hacia él, volaba los polvorines, marchándose sin dar batalla las guerrillas.

De Puigcerdá se internó en Francia, fué siguiendo el Pirineo hasta Perpignán y volvió a España. En el mediodía francés había partidas de fuerzas que esperaban trasladarse a España y como vivían confiados, fué enorme la sorpresa que tuvieron al verse atacados en su propio país.

Su manera de combatir, más parecida a pequeñas escaramuzas que otra cosa, era suficiente para que reinara pánico entre los franceses .

La partida de "El Bach" era bastante grande, pero no la integraban más de quinientos hombres, casi todos ellos provistos de caballo y cuando se veían en trance de ser atacados en forma, se dividían en pequeños grupos que se desparaban por los montes.

Al regresar de Francia y como preveía que le seguirían algunos escuadrones perfectamente organizados, a los que tarde o temprano tendría que dar batalla, mandó subdividir su partida en infinidad de pequeños grupos, con la consigna de reunirse todos ellos en las cercanías de Besalú; tal como lo había previsto, unas semanas después ya estaba nuevamente al frente de todos sus hombres.

Esta su primera campaña fué acompañada de extraordinario éxito, pues no solamente causó al enemigo pérdidas importantes, sino que también llevó al convencimiento de los generales franceses de la necesidad de aumentar los contingentes destinados a España.

La guerra en la península sería larga y dura, no era España un país en que con una o dos grandes batallas pudiera ser sometida; al contrario, las batallas serían escasas, pero las fuerzas extranjeras no estarían nunca en lugar seguro.

En el año 1809 la guerra iba bastante mal para los franceses, se iban levantando en toda España guerrillas y fuerzas armadas que atacaban a los invasores; resultaba casi imposible destruir al ejército español, aun que como verdadero ejército no tenía forma, no por esto dejaba de tener la mayor eficacia combativa; los generales franceses estaban sedientos en grandes batallas que dieran a la lucha un final rápido, pero la ocasión no se presentaba, las columnas francesas no tenían la oportunidad de actuar en forma táctica, solamente eran atacadas en sus desplazamientos y siempre en forma imprevista. Ni Saint-Cyr, ni Murat, ni Auguerau, podían prever el lugar en que era conveniente una acción militar; el mismo Napoleón no acababa de entender la rápida y heroica lucha del pueblo español en armas, y viendo su crédito de militar invencible en inter-dicho, se llenaba de colera y tenía frecuentes ratos de mal humor.

La ciudad de Gerona seguía en su resistencia gloriosa y el general Alvarez de Castro escribía para la Historia de España una de las más brillantes páginas.

Las disenciones entre los generales bonapartistas eran cada vez mayores, nadie quería la responsabilidad de la guerra, por otra parte la moral de los soldados bajaba continuamente, crecía entre los mismos la sospecha de que la campaña sería una formidable derrota y aquellos veteranos que habían corrido media Europa batallando temían enfrentarse con los españoles que sin armamentos modernos ni arrogantes generales, les salían de entre las peñas en el momento que menos podían imaginarse.

El orgullo francés no comprendía que cualquier pastor al frente de veinte o treinta hombres pudiera en el espacio de algunas horas destruir y dis-

persar uno o dos regimientos de lo más escogido del Imperio.

En Cataluña, únicamente Rosas y Barcelona podían conceptuarse como plazas definitivamente sometidas, ni aun en Barcelona tenían los franceses ninguna simpatía entre los habitantes, los cuales seguían las vicisitudes de la campaña, siendo muchos los muchachos que se marchaban a juntarse con las fuerzas del Ejército español o bien a las famosas guerrillas que actuaban en sus cercanías.

El puerto de Rosas era la única base naval de operaciones que podían contar en toda la costa del Mediterráneo español, y en la ciudadela de la expresada población solían refugiarse las tropas desembarcadas que procedían de Marsella.

El internarse era ya más difícil, había que pasar por terrenos pantanosos y de difícil tránsito; si se prefería atravesar las montañas resultaba mucho más difícil y en todas partes se corría el riesgo de que unos cuantos patriotas les causaran bajas importantes.

Ya hemos referido la primera de las campañas del "Bach de Finestrelles", a su regreso de Francia volvió a reunir las tropas y continuó la persecución de las fuerzas francesas.

Como guerrillero no tenía rival en toda la provincia, pero además la superior instrucción que poseía en comparación de los demás jefes de guerrilla le ponía en un plan de superioridad táctica; cortó el camino de Rosas a Figueras y también los caminos que de Figueras iban a Besalú, Olot, Bañolas y Gerona; sus esfuerzos iban encaminados a cortar por completo el tránsito de Figueras a Gerona, para esta empresa no tenía suficientes fuerzas, de manera que actuaba atacando al enemigo en los vados del Fluviá y del Ter; en el interior ampurdanés o sea cerca de la costa,

los pasos de estos ríos estaban defendidos por “El Pastor de Batipalmas”.

“El Bach” sabía que una de las cosas que más desmoralizaba a los franceses eran las voladuras de los polvorines y como también con ello dificultaba a los sitiadores de Gerona, en los primeros meses del año 1809 intensificó dichas voladuras.

No resultaba una cosa fácil, pues los polvorines estaban por lo regular bien guarnecidos y era difícil acercarse a ellos, pero en algunos casos los hombres de “El Bach” hacían minas subterráneas que llegaban hasta los bajos del polvorín en donde ponían explosivos y al hacer explosión volaban íntegramente.

De todas maneras no era ésta la forma más corriente, generalmente solía entablar alguna acción militar por las cercanías, principalmente por la noche, y mientras los franceses acudían a la lucha, al frente de algunos guerrilleros atacaba por sorpresa el polvorín y procedía a su incendio.

La segunda campaña de “El Bach” tuvo un desdichado fin; una noche que en compañía de dos de sus hombres, en las cercanías de Juyá había procedido a la voladura de un depósito de artillería, cayó su caballo en un barranco rompiéndose una de las piernas delanteras, por lo que tuvo que abandonar el caballo y seguir a pie su camino; los otros dos guerrilleros le ofrecieron sus caballos, pero “El Bach” se negó a aceptarlos, mandándoles huyeran, pues el sitio estaba completamente rodeado por los franceses.

Se quedó solo en medio de un bosque y aprovechando la oscuridad procuraba alejarse del lugar para unirse a su partida; desgraciadamente, una patrulla enemiga lo descubrió entre los árboles y después de luchar con la misma, incluso al

arma blanca, fué herido en una mano y hecho prisionero.

Los soldados lo condujeron ante su capitán, que era un hombre ignorante y de sentimientos brutales, el cual creyendo que "El Barch" era un espía, aconsejado por una mujer de mala nota que le acompañaba, mandó quitarle los ojos con una bayoneta.

Nuestro héroe sufrió este bárbaro martirio sin proferir una sola queja; su ánimo en tal ocasión estuvo a tan grande altura que el mismo soldado que procedió a este suplicio quedó sorprendido de su entereza.

Por orden del mismo capitán fué encerrado en un calabozo, en el que estuvo algunos días,

La mujer que había sugerido al capitán francés el suplicio de "El Bach" era una francesa que, vestida de soldado, se había juntado a las tropas invasoras, que vivía amancebada con el capitán; esta mujer se había hecho odiosa a todos los soldados de la compañía por sus malos sentimientos y por su lujuria desenfrenada; como la misma vió posteriormente en "El Bach" un hombre extraordinario, una noche se introdujo en el calabozo con ánimo de seducirlo, pero nuestro héroe rechazó sus caricias en forma enérgica; durante la escena, que fué violenta, "El Bach" dió altas voces que llegaron a oídos del soldado que lo guardaba, que no era otro que el mismo que lo había cegado, el cual, lleno de remordimientos, estaba horrorizado de su acción, así como tenía manifiesta antipatía a la mujer y como la ocasión era propicia, mató a bayonetazos a la mujerzuela manifestando a "El Bach" que le dejaba escapar si era de su agrado.

"El Bach" aceptó el ofrecimiento del soldado y le pidió que le acompañase hasta las cercanías de donde había dejado a su partida; ambos mon-

tados a caballo llegaron junto a los guerrilleros, que faltos de su jefe no sabían qué resolución tomar.

La desgracia de "El Bach" impresionó grandemente a sus hombres, los cuales al conocer la acción que había cometido el capitán francés juraron vengarlo, a lo que "El Bach" se negó, manifestando que no quería que por él se vertiera sangre. Dispuso se entregara al soldado que le había acompañado una fuerte cantidad en monedas de oro, que éste aceptó sorprendido, y temiendo haber incurrido en responsabilidad y ser castigado en el campo francés, desertó, poniéndose bajo la protección de "El Bach", al que pidió perdón por todo el mal que le había causado.

Cuando el capitán francés tuvo conocimiento de la muerte de su amigo y de que se había fugado el prisionero, sintióse lleno de furia y dispuso que salieran unas patrullas en su busca, las cuales regresaron sin el prisionero, pero en cambio le manifestaron que el mismo no era otro que el célebre guerrillero "El Bach de Finestrelles".

Esta noticia llenó de desesperación al capitán el cual había recibido, al igual que todos los oficiales del Ejército francés, orden concreta de que, en caso de hacer prisionero a "El Bach", debían entregarlo al general Saint-Cyr, quien ofrecía por él diez mil francos de recompensa y manifestaba en caso contrario exigir graves responsabilidades. En vista de ello y temiendo el enfado del general se desesperó y dióse muerte de un pistoletazo.

La ceguera incapacitaba a "El Bach" para proseguir la campaña, por otra parte sentía grandes dolores en todo su cuerpo, por cuyo motivo sus hombres le acompañaron hasta Finestrelles e inmediatamente recompensó espléndidamente a sus

guerrilleros manifestándoles que era su deseo el que continuaran batiéndose por España.

A los guerrilleros les faltaba un jefe que tomara su mando, pues aun que muchos de ellos tenían un valor suficiente para enfrentarse con el enemigo por numeroso y aguerrido que fuera, no tenían las dotes de mando y de iniciativa que "El Bach" había demostrado en tantas ocasiones; le suplicaron que les diese instrucciones y les asignase capitán. La elección de un capitán era muy difícil y el mismo "El Bach" teniendo en cuenta la modalidad de sus fuerzas nombró a tres de sus hombres a los cuales confió su partida dividida en tres secciones, que debían operar por separado, guardando entre ellos la más cordial y unida actuación.

Los primeros tiempos que estuvo en su casa José Bach sufrió una gravísima enfermedad, se desconfiaba salvarlo, pero transcurriendo los días fué mejorando y unos meses después pudo levantarse de la cama y empezó a ocuparse de sus asuntos.

Durante la enfermedad había sufrido un cambio extraordinario, la vejez prematura le había desfigurado, ya no era el arrogante mozo de otros días y la ceguera imposibilitaba sus ocupaciones. Ni una queja se le oía proferir por su desgracia, aceptaba la misma con resignación cristiana y seguía procurando socorrer a todos los que acudían en su auxilio. La barba y el cabello se le habían vuelto blancos y era sorprendente ver a aquel joven, que más que un muchacho en lo mejor de su edad, parecía un anciano, con largos cabellos y barba, los ojos cubiertos con una venda negra, pasear a tientas por su caserón, con el rosario entre los dedos aceptando su suerte y dispuesto siempre a abrir su bolsa a todo el que le pedía una limosna.

Vivía en compañía de Bach una mujer anciana a quien llamaban la “Dida” (nodriza), esta mujer en realidad no lo había amamantado, pero le cuidó en su infancia y sentía por él un cariño inmenso. “La Dida” era muy piadosa y, afligida por la desgracia del muchacho se pasaba el día rogando a Dios que la remediasse.

Un día, llena de la mejor buena fe, manifestó a Bach que conocía una tradición extraordinaria y que deseaba que él se dignara acompañarla para pedir a la Virgen un milagro. En el pueblo de San Pedro Pescador del cual la mujer era hija, existía en un capillita situada sobre uno de los portales de la Villa, una Virgen del Rosario muy antigua, conocida por la Virgen del Portalet, cuya imagen estaba iluminada cada noche por los vecinos, y en casos de gran apuro los que acudían a ella a las doce en punto de la noche y le pedían una gracia solía concedérsela.

“La Dida” estaba tan convencida de ello que no dudó en proponerle a Bach que una noche fueran los dos para implorar de la Virgen le socorriera en tan desgraciado estado.

“El Bach”, que de sí era muy piadoso, comprendió el deseo de la buena mujer, y como la villa de San Pedro Pescador no distaba más que unas horas de camino de “Las Finestrelles”, un día se marcharon los dos a pie, para implorar el favor de la milagrosa Virgen; iban muy mal trajeados, de manera que en todas partes los tomaban por mendigos, cosa que tenía mucha importancia para la seguridad de “El Bach”, cuya fama era inmensa. Al dar en el campanario de la iglesia la medianoche, los dos se arrodillaron y rezaron el Santo Rosario.

No había en aquel entonces en la villa de San Pedro fuerzas francesas, pues terminado el sitio y desarmada la plaza no tenía importancia mili-

tar, de manera que no fueron turbados en su rogativa, regresando nuevamente a Finestrelles en donde continuó nuestro héroe unos meses su vida normal.

Aun que el caso parezca completamente extraordinario, lo cierto es que Bach fué recuperando sus fuerzas y energías, la alegría volvió a iluminar su cara y una transformación prodigiosa se obraba en su persona, así lentamente volvió a parecer el hombre de otros días, y una mañana del mes de mayo “El Bach”, llevándose consigo al huerto a la “Dida” le dió un fuerte abrazo y le manifestó que había recuperado la vista, volvía a ver, tal vez con más claridad que nunca, las cavidades de sus ojos cubiertos por la venda negra permitían pasar las imágenes y el defecto había desaparecido.

Los dos cayeron de rodillas y dieron gracias a Dios y a la Virgen por el milagro realizado.

Unos días después “El Bach” declaró a su ama que había tenido un sueño durante el cual la Virgen le manifestó que debía volver a la guerra y que durante la misma conservaría el prodigioso bien de la vista que gozaba, pero que una vez terminada la campaña volvería a perderla y que entonces debería dedicarse a una vida de apartamiento y penitencia hasta el fin de sus días.

“El Bach” escogió al mejor de sus caballos, llenó la bolsa de monedas de oro, se puso dos pistolas en la cintura y tomando su espada montó a caballo y solo a través de los campos se marchó a la busca de su partida.

No le fué difícil encontrarles en las cercanías de Besalú; una noche vió dentro de un bosque varias hogueras y comprendió que allí estarían sus hombres, se dirigió a ellos y su presencia no fué notada hasta el momento de presentarse ante los mismos.

Los guerrilleros estaban descorazonados, habían tenido muchos reveses de fortuna y no se atrevían a enfrentarse con el enemigo, las tres partidas se habían refundido y la miseria les tenía deshechos.

La presencia de “El Bach” en aquellos momentos les pareció algo sobrenatural y muchos cayeron de rodillas por los suelos creyendo que se les presentaba en espectro.

“El Bach” se rió de su miedo y les manifestó que por un milagro de la Virgen había recuperado la vista y que volvía para tomar el mando de la partida y conducirles a la victoria.

Estas palabras los llenaron de alegría y fué aclamado por los mismos; seguidamente les dió dinero y destacó a los más hábiles para que fueran a adquirir comestibles, medicinas y hasta algunas armas si tenían ocasión de hacerse con ellas y durante unos días estuvo en el mismo campamento rehaciendo a sus guerrilleros.

Pocos días después un convoy francés pasó por las cercanías, “El Bach” con el arrojo de otros días lo desbarató y puso en fuga a los pocos soldados que quedaron con vida; este convoy le suministró muchos elementos de combate y su partida volvió a tomar el aspecto de antaño.

Y a partir de este hecho la partida de “El Bach” fué agrandándose, era un poderoso ejército que se enfrentaba con el enemigo en cualquier parte; el general Saint-Cyr al tener conocimiento de que “El Bach” de quien decían le habían quitado los ojos, volvía a guerrear con más actividad que nunca, llenóse de turbación, y supersticioso como todos los franceses de aquel entonces, exclamó: “¡La guerra está perdida; hasta los demonios combaten en este maldito país!” Y en parte acertó pues la guerra cada día iba peor para las armas francesas, los descalabros de Na-

poleón se fueron sucediendo y en España los franceses ya se preparaban para evacuar el país.

“El Bach” llegó a tener la más valiente y eficaz partida, incluso empleaba la artillería, corrió a su libre voluntad todo el norte de Cataluña y Aragón y fueron frecuentes sus incursiones hasta en el Rosellón; así las cosas llegó el año 1814, y un buen día del mes de marzo reunió a sus tropas manifestándoles que la guerra estaba concluida y que había vuelto a perder la vista. Dice la leyenda que exclamó:

“Ja no sento clam de guerra,
ni veig llum per cap costat,
ha tornat la pau a terra,
guerrillers porteume a casa
que la guerra s'acabat.”

De todas maneras antes de regresar a Finestrelles, el día 24 de marzo del mismo año, en las orillas del Fluviá en compañía del general Copons, y al frente de sus tropas rindió armas a Fernando VII haciéndole entrega de las cien banderas que había quitado a los franceses durante la campaña.

De regreso a Finestrelles cumplió su promesa de llevar una vida de austeridad y penitencia, y rodeado de general admiración falleció durante el mes de diciembre del mismo año.

Su entierro fué una manifestación extraordinaria de duelo acudiendo a él la totalidad de los hombres que habían formado parte de sus fuerzas, presidiendo el acto el Conde de Vilajuiga que casualmente había ido a “Las Finestrelles” para hacerle entrega de un despacho del Rey por el que le concedía el grado de Capitán General.

¿En qué lugar del Ampurdán estuvo situada la finca conocida por Las Finestrelles?

¿Qué pueblo ampurdanés le cabe el honor de haber sido la cuna de “El Bach de Finestrelles”?

Hasta el presente no hay datos que lo puedan concretar, si alguno de nuestros lectores sabe algo con respecto a estos particulares le agradeceremos nos lo dé a conocer.

¿Ha existido en realidad el famoso guerrillero ciego?

Con respecto a esta pregunta, es muy difícil contestar; esta pequeña biografía la hemos reconstruído siguiendo una fuerte tradición, y aun que tenemos el convencimiento de que “El Bach de Finestrelles” fué un célebre guerrillero, y por tanto creemos en la realidad de su existencia, al carecer de documentación no pretendemos sentar una afirmación contundente sobre el mismo, a lo menos mientras no sea posible discernir lo cierto dentro lo que la imaginación y fantasía popular le ha atribuído.

IX

EL HIMNO DE ORFEO

Una de las leyendas que divulgaron los “parlotaires” durante la segunda mitad del siglo XIX es la conocida por el “Himno de Orfeo”, esta narración forma parte del folk-lore renacentista ampurdanés y tiene todas las características de una influencia neoclásica.

Al igual que todas las narraciones de los “parlotaires” no existe ninguna narración escrita y únicamente una tradición oral ha cuidado de hacerla llegar a nuestro conocimiento.

Hemos procurado al referir esta curiosa leyenda atenernos lo más exactamente posible a la tra-

dición oral que conocemos y aun cuando sea de corto valor literario tiene el poder de evocación del sentido poético de aquellos días.

No lejos de la villa de Rosas, camino de Norfeo, surgen del mar unas rocas o escollos que tienen todo el aspecto de una modestísima isla, indudablemente constituyen un paso peligroso para las embarcaciones que navegan cerca de la costa, pero este peligro es fácilmente sorteable para los marineros que conocen su existencia.

Estas rocas son conocidas con el poética nombre de las "Roques del Encís" (Rocas del Hechizo) y también con el de "puntal d'Orfeu" (El soporte de Orfeo).

En tiempo que las divinidades paseaban a su gusto por este mundo, en fecha muy anterior a la llegada de los griegos a la costa catalana, el divino Orfeo se enamoró locamente de Venus, la pasión era tan intensa que no podía apartar de su pensamiento a la diosa, la cual le inspiraba sus más bellas y líricas composiciones.

Durante las noches Orfeo acudía al domicilio de Venus y debajo de la ventana, acompañado de su lira, entonaba sus melodiosos cantos, no dejando de cantar hasta la salida del sol.

Los primeros días de su serenata la diosa no salió a la ventana, pues temía que el hecho llegara a conocimiento de su marido Vulcano, pero al transcurrir los días su instinto femenino fué más fuerte que el miedo y se mostró en la ventana al maravilloso cantor que lleno de satisfacción durante varios días le dedicó lo mejor de su repertorio.

De esta manera fueron transcurriendo los días, en pacífica y dulce armonía, Venus presumiéndose para salir a la ventana y Orfeo cantando lleno de inspiración.

La diosa estaba dispuesta a hacer donación de

su amor a Orfeo, cuando Júpiter que desde hacía algún tiempo se sentía inclinado hacia Venus, fué a visitarla y le declaró su amor. Tan convincentes fueron las razones que Júpiter expuso a Venus que la diosa aceptó su íntima amistad correspondiendo a su nuevo amante.

Mas he ahí que por la noche Orfeo, que ignoraba el proceder de Venus, fué a darle su acostumbrada serenata y lleno de inspiración le cantó una de sus mejores composiciones; Júpiter que en aquellos momentos se encontraba junto a su amada quedó muy satisfecho de la dulce tonadilla que escuchaba y como en el fondo de su corazón sentía cierta inclinación hacia el romanticismo, determinó abrir la ventana para conocer al cantor.

A pesar de los esfuerzos que hizo la diosa para impedirlo, pues no quería disgustar a Orfeo, no le fué posible y Júpiter abriendo de par en par la ventana se mostró a Orfeo, el cual llevóse la desagradable sorpresa de ver sustituida la hermosa presencia de Venus por las magníficas barbas del dios.

Unos días después de este incidente el divino Orfeo, llevándose con él a su lira que nunca olvidaba, decidió embarcar en una nave dispuesto a encontrar en el mar la felicidad que había perdido.

Después de una larga temporada de navegación una fuerte tempestad hundió a la nave quedando nuestro héroe sobre las olas sosteniéndose en su lira que era de madera. En esta situación estuvo unas horas hasta que la lira arrastrada por la corriente lo llevó a un pequeño islote.

Ya en tierra firme, Orfeo se creyó salvado y como las estrellas brillaban en el cielo por ser de noche, el instinto de poeta que lo dominaba le inspiró un himno que interpretó seguidamente can-

tando la grandeza de la tempestad que había presenciado.

El himno de Orfeo era de tanto vigor y belleza que los peces enternecidos y maravillados se apresuraron en ir a comunicar la llegada de tan importante personaje a Neptuno que en aquellos días se encontraba veraneando en las playas de la Selva.

Al amanecer, cuando el sol iluminó los cielos, Orfeo contempló desde el islote a los Pirineos, dándose cuenta exacta del lugar en donde había ido a parar.

La grandeza y majestad de los Pirineos impresionaron a Orfeo y admirado de ello les dedicó una de sus más inspiradas canciones; el canto de Orfeo tenía tal sentimiento y tan divina atracción que los Pirineos no pudiendo resistir el hechizo de su voz, se fueron acercando al cantor, perdiendo su estabilidad y derrumbándose sobre el mar, mientras rendían homenaje de admiración al genial poeta.

Con este cataclismo surgió el cabo de Creus y la bahía de Cadaquers, tomando la costa el maravilloso aspecto que aun hoy día conserva.

El divino Orfeo, por su voluntad, habría continuado cantando para satisfacción y deleite de los habitantes de Rosas, a no haber sido por Neptuno que con un carro triunfal tirado por cuatro caballos marinos, fué a buscarle, invitándole a su palacio de la Selva, mientras le rogaba compusiera un himno al amor, que es lo único divino que los hombres conocen.

De la forma antes descrita según decían los "parlotaires" surgió el golfo de Rosas y el cabo de Creus; nosotros no sabemos el origen o fuente de información que tuvieron para llegar a conocerlo, pero es tan sugestiva la leyenda que no tenemos ningún deseo de conocer otra, ya que es-

tamos convencidos que con dificultad puede superarse la visión estética de aquellos trovadores.

X

EL MORO DE CASTELLÓ

Es perfectamente conocido en todo el Ampurdán el refrán siguiente:

“Era més treballadó
que el “Moro de Castelló”,

con lo cual ya queda sentado el principio de que el célebre “Moro de Castelló” fué altamente trabajador y que cuando alguien se encuentra adornado de tan importante cualidad se le compara con él inmediatamente.

Muchas y diversas historias se cuentan del “Moro de Castelló”, a él se atribuye el haber introducido en el Ampurdán el cultivo del maíz; de aquí que se llame a tal producto agrícola “blat de moro”; igualmente se cree que enseñó a los ampurdaneses la más selecta horticultura; como también a los más célebres y pulcros trabajos de joyería se atribuye su realización.

No sabemos si en los siglos del Medioevo algún moro o morisco, vecindado en la corte de los Condes de Ampurias fué el autor de las muchas cosas atribuídas al “Moro de Castelló”, en cual caso habrían existido dos moros; pero lo cierto es que nosotros sólo conocemos la existencia de Muley, el auténtico “Moro de Castelló”, el que fué vecino de esta villa durante la primera mitad del siglo XIX, famoso personaje por sus hechos y del cual se guarda una inmejorable memoria.

En el mes de septiembre del año 1835 embarcó en la playa del golfo de Rosas, entre el espacio comprendido entre la Muga y Rosas, la corbeta francesa "Janet" de la matrícula de Marsella.

El naufragio fué motivado por haber sorprendido a la embarcación un fuerte temporal de Levante que, derribando su arboladura, la arrastró hasta la playa.

Afortunadamente, en este naufragio no hubo pérdidas de vidas humanas a pesar de haber ocurrido durante la noche; al día siguiente la tripulación se trasladó a Rosas, llevándose los utensilios de navegación y los restos que pudieron salvar de la nave.

En Rosas los tripulantes de la corbeta permanecieron unas semanas durante las cuales se restablecieron los heridos que, afortunadamente, eran leves y fueron recogidos por otra embarcación marsellesa que atracó en el puerto.

Entre los heridos que llegaron a Rosas, procedentes del naufragio de la corbeta "Janet", figuraba un muchacho tunecino llamado "Muley", que había enrolado en calidad de grumete, el cual recibió tal fuerte conmoción al ocurrir el accidente que fué llevado a Rosas falto de conocimiento y se temió durante muchos días no llegaría a salvarse.

El párroco de Rosas, persona piadosa y de buenos sentimientos, visitó varias veces a los heridos y se interesó vivamente por el pequeño Muley; cuando los tripulantes estaban a punto de embarcar para Marsella, como quiera que el pequeño Muley no se encontraba en buenas condiciones para emprender el viaje, se hizo cargo del mismo, prodigándole durante mucho tiempo sus cuidados hasta que al fin quedó completamente restablecido.

Muley quedó, pues, en compañía del párroco, el cual, lleno de buen celo cristiano, procedió a su educación, adocrinándole en las verdades de la fe católica y cuidando de su manutención.

Un buen día, habiendo ya terminado el párroco la educación cristiana del muchacho, se procedió a su bautismo, siéndole impuesto el nombre de Antonio al recibir las aguas bautismales.

A pesar de que el morito se llamaba Antonio y de que vivía en compañía del virtuoso sacerdote, todos seguían llamándole Muley y le consideraban moro; un curioso dicho de Rosas dice:

“El rector Mossen Jaumet
té un moro d'escolanet.”

Así las cosas transcurrieron diez años durante los cuales vivió Antonio, o si se quiere decir Muley, en compañía de Mossen Jaume, el cual se había encariñado con el muchacho y le quería como si fuera su propio hijo.

Indudablemente, Muley era digno de la estimación del sacerdote, pues además de ser un buen cristiano era altamente trabajador y nunca dejaba de aportar a su protector íntegramente su jornal. Muley tenía muchos y diversos oficios, era pescador, esterero, hortelano y tenía sus ribetes de fundidor y de herrero.

Al fallecer Mossen Jaume, continuó durante una temporada en Rosas; pero como tenía la costumbre de llevar a Castellón de Ampurias, en un burro, pescado de Rosas, para vender en esta villa, trabó buenas amistades y finalmente se estableció en la condal localidad.

En Castelló fué bien visto y apreciado, se estableció de herrero, trabajaba en espartería, cuidaba los huertos de casa Negre y de casa Climent, conocidas y nobles familias de la villa, y también

había montado otro negocio de contrabando que consistía en importar de Francia relojes que vendía en las principales casas de la comarca. Como puede verse eran muchas las ocupaciones del Moro, lo que justifican su gran fama de hombre trabajador.

Su profesión de relojero le abrió las puertas de las casas más acreditadas; incluso fué llamado un buen día al Convento de Monjas de Garriguella para enderezar una custodia que las monjas tenían en gran estima, no solamente por el gran valor de la misma, sino por haber sido regalada al Convento por la "Condesa de Molins".

Sobre esta custodia se había promovido una larga serie de expedientes y pleitos. Durante algunos años las monjas habían guardado la custodia, que por cierto era una pieza de arte románico de gran valor artístico, pero algunas parroquias y algunos monasterios se creían con derecho sobre la misma y alegaban ante el Obispado sus pretensiones.

Las monjas de Garriguella no tenían ningún deseo de desprenderse de tan importante y valiosa joya aun cuanto no estaban seguras de su legítima procedencia, por haberles sido entregada por la célebre Condesa; pero se consideraban depositarias de la misma mientras no se probara cumplidamente quien tenía mejor derecho a poseerla. Finalmente se había fallado por la competente Autoridad Eclesiástica en el sentido de que las Madres de Garriguella eran las que poseían más derecho sobre la custodia y que debían tenerla como legítimas propietarias.

Este fallo dió mucho que hablar en pro y en contra, pero la mayoría de las opiniones eran favorables a las monjas, las que por otra parte tenían la estimación de todo el Ampurdán por sus muchas virtudes y por ser las educadoras de todas

las muchachas pertenecientes a la nobleza de la comarca.

El Convento de Garriguella ha dejado extraordinaria memoria por haber tenido lugar en el mismo importantes hechos históricos; fué abandonado en los últimos años del siglo XIX por trasladarse las Madres a Gerona.

En realidad, este Convento fué un centro docente de gran importancia y por él pasaron todas las muchachas de las grandes familias ampurdanesas, a las cuales se designaba con el nombre de "Novicias de Garriguella"; pero a pesar de tal denominación no eran otra cosa que alumnas del colegio, en el cual recibían educación hasta el momento de regresar a sus casas para contraer matrimonio; de aquí tiene lugar el refrán que dice:

"Si vols cassar la donçella
fes-la novicia de Garriguella."

Y lo cierto es que las muchachas educadas en Garriguella solían ser inmejorables partidos, no solamente por pertenecer a las más ricas y poderosas familias sino que también por su elevada educación y cristianas costumbres.

Muley tuvo buena acogida en el Convento, no solamente por haber arreglado satisfactoriamente la custodia, sino que también arregló el reloj del campanario.

Durante la época que estuvo trabajando con las monjas tuvo oportunidad de fijarse en una de las educandas que era natural de Castelló y a quien había entregado varios paquetes que le remitían por su conducto los padres de la muchacha; esta educanda se llamaba Farriola de Carbonell, y, según dice la fama, era una de las muchachas más hermosas que se conocieron en su tiempo; Muley

se sintió vivamente impresionado y la sangre musulmana corrió por sus venas con toda intensidad. Se enamoró locamente de la muchacha y no pensaba en otra cosa que en ella.

Algún tiempo después, Farriola de Carbonell ya comprometía en matrimonio con un caballero de Castelló; salió del Convento y se instaló en casa de sus padres.

La casa de los Carbonell era vecina de la herrería del Moro, y el pobre muchacho la veía cada día cuando salía por las mañanas al balcón y se pasaba un par de horas haciendo puntilla en su almohadón de bolillos; desde la herrería no perdía de vista a Farriola, la cual, sin apenas fijarse en el Moro, seguía tranquilamente su trabajo.

Una vieja tonadilla ampurdanesa dice:

“La puntaire, al matí,
fa puntès, fa puntès;
la puntaire, al matí,
fa puntès al coixí.
... ..
Ai noia, no tinguis pó
del Moro de Castelló.
... ..”

Seguramente Farriola de Carbonell no se habría fijado nunca en el Moro si éste, que era un gran horticultor y jardinero, no hubiera tenido el capricho de remitirle cada domingo un ramo de rosas de una clase especial que cultivaba y que toda la población conocía por “Rosas del Moro”.

Estas flores que Muley había aclimatado eran apreciadas y se ofrecían por ellas cantidades elevadas.

Farriola agradecía al Moro su homenaje y es muy probable que se diera cuenta de la pasión

que el muchacho sentía por ella, pero algo coquetona como toda mujer, seguía saliendo cada día al balcón a la misma hora y algunas veces solía sonreír a Muley. El pobre muchacho, a pesar de reconocer la diferencia de clases que existía entre él y la muchacha, se hacía en su corazón las más risueñas ilusiones.

Un domingo, con el ramo de rosas le adjuntó un billetito que tenía el siguiente verso:

“Un jorn vaig somniar,
una princesa,
els ulls blaus tenia
i la boca encesa.
Sos cabells rossos
el vent esvolotava,
ses mans pàlides
semblaven de fada.
Dolça princesa,
bonica nina,
flor de pureça
que a mí em domina!
Per què vas deixar-me
al despertar-me?”

Esta poesía equivalía, dadas las costumbres de la época, a una declaración de amor.

Farriola de Carbonell se sintió impresionada; no es que tuviera el más pequeño deseo de hacerle caso a Muley, pero al fin era mujer y sensible a la galantería. Por otra parte, el Moro era un muchacho arrogante y hermoso, podía muy bien competir con cualquier muchacho modesto de la población y la única cosa que denotaba su origen africano era un pendiente de oro que llevaba en la oreja derecha; por todo lo demás, nadie habría visto en él un hombre de otra raza.

Durante varios días, Farriola, cuando salía al

balcón permanecía silenciosa, hacía su trabajo distraídamente y, por cierto pudor innato, no dirigía ninguna mirada al Moro, únicamente colocaba en su peinado alguna de las rosas que el Moro le había regalado.

El tiempo fué transcurriendo y por fin llegó el día en que los padres de Farriola y los de su prometido acordaron acudir a casa del notario para concertar los capítulos matrimoniales.

Esta ceremonia, muy corriente en aquellos días entre familias pudientes, era equivalente a la promesa en firme de contraer matrimonio, y la muchacha que había firmado las capitulaciones ya se consideraba ligada a su futuro esposo y la ceremonia de la boda se efectuaba unas semanas después; la firma de la escritura de capitulaciones matrimoniales se hacía con toda solemnidad y con asistencia de los padres de los futuros cónyuges y de los interesados.

En Castelló de Ampurias se daba gran importancia a este asunto, pues es villa en donde siempre ha habido gran cantidad de tradiciones jurídicas, por esto dice una tonadilla:

“Castelló, vila major,
tot sont jutges y notaris.”

La noticia no tardó en llegar a oídos del Moro el cual tuvo gran disgusto, pues a pesar de que sus relaciones con Farriola de Carbonell no habían pasado de un terreno puramente contemplativo, el muchacho estaba enamorado de Farriola.

La firma de los capítulos desesperó a Muley, pero como una ilusión es difícil de borrar del corazón de un hombre enamorado y como, por otra parte, el Moro conocía perfectamente el significado de la ceremonia realizada ante el notario y sabía que Farriola todavía era libre y podía dis-

poner de su amor hasta el día que al pie del altar contrayera matrimonio, le remitió un colosal ramo de rosas con la siguiente poesía:

“Té el cap d’or
la meva nina,
sos ulls son amor,
sa mirada divina.
Mon fervent anhel,
comparant-la somnia
amb l’estrella del dia
quant brilla al cel.
Flor es d’amor,
que encisa i fascina,
mes, ai!, no té cor,
la meva nina.”

Al recibir este ramo de flores Farriola comprendió toda la intensidad del cariño que le había puesto el Moro, pero ella era una muchacha de clase noble, en la que los sentimientos del corazón estaban siempre por debajo del sentimiento del deber, y determinó no seguir alentando los sentimientos de Muley a los cuales dignamente no podía consentir.

Dejó de salir al balcón, y cuando el Moro le remitió nuevos ramos de flores, no quiso aceptarlos, manifestándole sus criadas que la señorita no podía aceptar sus obsequios, salvo caso de que le permitiera pagar el importe de los mismos.

Muley estaba deshecho, era otro hombre, había dejado su establecimiento cerrado y vagaba por los campos cercanos a Castelló observando el vuelo de las golondrinas.

En su interior germinaban las ideas más descabelladas, unas veces se sentía lleno de furor y pensaba en matar al prometido de Farriola, y otras, lleno de dolor, lloraba amargamente,

Farriola, aunque aparentaba no enterarse de nada de lo que hacía referencia a Muley, deploraba en su interior el disgusto que causaba al pobre muchacho, y muchas veces, por la noche, solía rezar a la Virgen para que le diera al Moro consuelo y le hiciera olvidar su loco amor.

Si hubiera previsto los hechos, no hubiera hecho caso de sus obsequios.

Así las cosas llegó el día de la boda que, dada la calidad de los novios, tenía que celebrarse con todo lujo y esplendor.

La iglesia de Castelló de Ampurias había sido adornada con elegancia y a la ceremonia asistió lo mejor de la comarca; Farriola vestía el traje tradicional de las "Damas nobles de Castelló de Ampurias", que consistía en falda larga de seda morada, jubón corto de color carmesí de terciopelo y sombrero triconio del que colgaba por su parte posterior un manto de encaje blanco recogido en el hombro derecho; en su cintura pendía la daga con empuñadura de oro, distintivo de su elevada calidad, y en su pecho llevaba la cruz de oro de las "Novicias de Garriguella".

La ceremonia de la boda se realizaba con todo el aparato propio de la época y de la elevada clase a que pertenecía la novia.

Existió hasta mediados del siglo XIX en casi todo el alto Ampurdán la costumbre de entrar bajo palio en la iglesia, en el día de su boda, las muchachas que pertenecían a la nobleza de la comarca.

Para recibir estos honores debía pertenecerse a la "Hermandad de Damas Nobles de Castelló de Ampurias"; esta hermandad tuvo nacimiento durante el siglo XIII en la corte de los Condes de Ampurias, y subsistió hasta la revolución del año 1868. No es que en la actualidad esté disuelta, pues aun cuando como corporación no tiene per-

sonalidad jurídica, existen todavía muchachas que tienen derecho a tales honores, por lo que nos inclinamos en el sentido de que está únicamente en desuso.

El ritual de la boda era complicado y majestuoso; por lo regular el novio, vestido de caballero, salía acompañado de su domicilio por sus padres y de todos los familiares, amigos y criados: le precedían músicos que generalmente tocaban la guitarra y el clarinete, dando un paseo por las principales calles de la población se dirigía a la iglesia, en donde entraba y se instalaba en el presbiterio aguardando la novia.

Entonces uno de los amigos del novio salía de la iglesia llevando un ramo de flores y se dirigía al domicilio de la novia en donde le hacía entrega del mismo, significándole que el “nuvi cavaller” la esperaba al pie del altar.

La novia, en compañía de sus padres, familiares y amigos, salía igualmente de su domicilio y con el mismo ceremonial que el novio se dirigía a la iglesia: en la puerta la esperaban las muchachas y las señoras pertenecientes a la Hermandad de Damas Nobles, las cuales le daban la bienvenida: inmediatamente, el párroco salía a recibirla y la novia entraba bajo palio hasta el pie del altar: allí se cantaba un Tédeum y seguidamente el párroco recibía juramento a la novia de seguir guardando de casada la fe de sus mayores, así como que velaría para que sus hijos fueran celosos defensores de la religión.

Terminada esta ceremonia se procedía a la celebración de la boda y por lo regular se rezaba seguidamente la misa de velaciones.

Ya concluida la boda, los novios salían de la iglesia seguidos de los invitados, y en la puerta subían al coche o carroza y se trasladaban al domicilio de los padres de la novia donde se cele-

braba el tradicional banquete nupcial; por el camino, desde los coches de los familiares y amigos, se tiraban caramelos y golosinas, juguetes y hasta en muchas ocasiones algunas monedas.

Las damas de la Hermandad se quedaban en las primeras filas de la iglesia y tenían el privilegio de besar a la novia al terminarse la ceremonia; por lo regular las presidía la primera Dama, alto cargo de honor, que muchas veces solía delegarse en alguna Dama familiar de la contrayente; esta costumbre de delegar era muy antigua, pues en el medioevo era presidenta y primera Dama de Honor la Condesa de Ampurias, que como Condesa Soberana tenía los honores de Reina, y que, por tanto, sólo en raras ocasiones asistía a la ceremonia; al extinguirse la primera dinastía de los Condes de Ampurias el cargo de primera Dama se concedía a la más acreditada de las hermanadas; durante algunos años fué primera Dama, o Canonessa Mayor, la Condesa de Molins, pero como su vida era de continuo accidentada, delegó su representación a la Superiora de las Monjas de Garriguella, cuya comunidad hasta su traslado a Gerona siguió disfrutando de tal honor y dignidad.

Muley fué a presenciar la boda de Farriola confundido dentro del gentío que acudía a ver la ceremonia; una turbulenta tempestad moral se desarrollaba dentro de su alma; veía perderse la mayor y quizá la única gran ilusión de su vida, su corazón se había turbado por distintos sentimientos, sentimientos incoherentes entre sí; de una parte deseaba a Farriola toda suerte de dichas y comprendía que él no podría nunca proporcionárselas; de otro lado un odio feroz hacia ella germinaba.

El Moro había cuidado en su pequeño jardín de la huerta de casa Negre un hermoso rosal de

color blanco cuyas rosas eran de tamaño muy grande; estas flores las llamaban “Rosas de la Inmaculada”, escogió la mayor y la más bonita de ellas, le ató un lacito negro, y en el momento en que los nuevos cónyuges salían de la iglesia entre felicitaciones de sus amigos y conocidos, y las muchachas de la localidad tiraban flores a la novia, antigua costumbre de Costelló en aquellos días, al momento en que Fariola, del brazo de su marido, se disponía a subir al coche, le tiró la rosa.

Fariola de Carbonell comprendió, con su astucia de mujer, el significado de la rosa con lazo negro que había caído junto a sus pies; era un símbolo fatídico de desengaño; llena de orgullo hidalgo, propio de su nombre y calidad, pisó con toda energía la rosa, mientras cogida del brazo de su marido apartó desdeñosa su vista del Moro, a quien había visto perfectamente, y subió al coche.

La acción de Fariola no fué apreciada por nadie salvo Muley, el cual, lleno de dolor y despecho, se marchó a su casa tristemente.

Sería inútil referir el estado en que se encontraba el ánimo de Muley; el pobre muchacho estaba deshecho por competo y muy posiblemente necesitaba un desahogo moral que nadie podía prestarle, se arrojó en su camastro y tal vez el consuelo de las lágrimas en la soledad de su apartamiento le sirviera de lenitivo.

Unos días después, el Moro cerró definitivamente la herrería y marchóse de Castelló; fijó su nueva residencia en Rosas; allí trabó amistad con marineros desocupados, concurriendo a las tabernas en espera de enrolarse en algún barco; aprendió a emborracharse y solía cantar con ellos las canciones de la época, canciones no desprovistas de sabor, y para que nuestros lectores tengan co-



nocimiento de alguna de ellas, transcribimos la siguiente:

“Segons conta la història,
un besavi vaig tenir,
que va ser per nostra glòria
un mosquit de lo més fi.
En el vas en que ell bebia,
més que vas era un cubell,
i trincava y més trincava,
i trincava el moscatell.”

El ambiente de Rosas, en aquellos días, era por completo distinto del de Castelló, era un ambiente liberal con ribetes de anticlericalismo, todo lo contrario de Castelló, en donde predominaban los tradicionalistas; la guerra civil estaba encendida por gran parte de España y en el alto Ampurdán las pasiones se iban exaltando más cada día; en Rosas, una tradición de guerra había persistido; hay que recordar las operaciones militares y hechos de armas ocurridos en aquella población durante el siglo XVIII, principalmente durante la guerra de sucesión y las campañas de 1795 y 1797, así como las acciones de la guerra de la Independencia, por esto nos dice el refrán popular:

“A Roses son gent de rei,
que en tiren bombes i bales.”

Algunos meses después de fijar su residencia en Rosas, se enroló en una fragata francesa dedicada al servicio trasatlántico. Nunca más se tuvieron noticias de Antonio Muley, ni se conoce con respecto a su fin, afortunado o desdichado, referencia alguna.

Farriola de Carbonell fué durante su vida una dama ejemplar, vivió muchos años en Castelló;

posteriormente fijó, juntamente con su familia, la residencia en la ciudad de Gerona. ¿Pensaría alguna vez en el pobre Antonio Muley?, o, por el contrario, ¿el Moro olvidó por completo a Farriola o siguió queriéndola hasta el fin de sus días? ¡Quién sabe! Hay cosas que son un secreto que sólo conoce Dios. Unos años más tarde, al derribarse la casa en que estuvo situada la herrería y taller de Antonio Muley, los albañiles encontraron escritos en la pared de una de las habitaciones, la que posiblemente fué dormitorio de Muley, los siguientes versos, los que transcribimos por estimar que en cierta manera sirven para dar a conocer el complejo moral del Moro y su desesperado amor por Farriola de Carbonell:

“Amor és sols un desig,
il·lusió que s’esborra,
neguiteig de sentits,
brugit i camorra.
Se sent al estimar,
placer o tristesa,
ennuits o fieresa,
quant es logra trencar
una flor de pureza;
perque les flors
son de virtut
fins que deixen d’èsser-ho,
i es perd la joventut
sense tan sols saber-ho.”

Nota. — Para la reconstrucción de esta pequeña biografía de Antonio Muley, y especialmente en lo que hace referencia a las costumbres y ambiente de la época en que tuvieron lugar los hechos relatados en la misma, nos ha sido de imprescindible utilidad los datos que nos ha suministrado el excelentísimo señor don Pedro

Rahola y Molinas, a quien desde estas páginas damos las gracias por su amabilidad.

XI

DOS SIGLOS DE AFRANCESAMIENTO

DE 1700 A 1900

El siglo XIX fué en realidad un siglo revolucionario, durante él sufrieron cambio muchísimas cosas, principalmente la economía y las antiguas clases sociales. Una cierta prosperidad económica contribuyó en manera notable a los cambios realizados.

El crecimiento de la industria y del comercio vitalizaron nuevas instituciones, las cuales, en definitiva, dieron forma a la moderna economía y contribuyeron a la creación de las modernas ciudades y a los grandes núcleos industriales.

El aumento de riqueza creó nuevas clases sociales ricas y poderosas, "nous rics" (nuevos ricos), los cuales fueron sustituyendo a los antiguos señores en la administración de las ciudades y los pueblos, así como en la administración del Estado.

Es indudable que las nuevas generaciones de prosapia económica tuvieron grandes virtudes, pero también es igualmente cierto que adolecieron de grandes defectos. El sentido primitivo de la sociedad catalana fué por completo desfigurado, esta desfiguración no sólo fué en lo externo, sino también llegó a la conciencia del país; no sólo era el vestido que había cambiado, era la moral.

Bastará que comparemos dos gravados correspondientes a los caballeros de primero y último

de siglo, para que nos demos rápidamente cuenta de este asombroso cambio; un caballero de primeros de siglo vestía con calzón corto, media blanca, casaca, sombrero triconio y llevaba espadín; un caballero de últimos de siglo usaba pantalón largo, americana, sombrero hongo y bastón. El contraste no puede ser más chocante. En lo moral era todavía más diferente. Al espadín, símbolo de la hidalguía, había sustituido el bastón, símbolo de los chalanés.

Un caballero de primeros de siglo asistía con su esposa e hijos, los domingos, a “missa major” (oficio), rezaba el rosario en familia y se descubría al toque de oración; un hombre acomodado de últimos de siglo, sonreía maliciosamente a los sacerdotes y comentaba, entre sus amigos, los escritos de Voltaire y las novelas francesas, como símbolo de arudición.

El afán por el dinero fué la única razón que impulsaba a los hombres de la segunda mitad del siglo último y el deseo de enriquecerse era tan extendido y generalizado, que llegó a constituir una mística popular que trajo gran desmoralización de las costumbres; se creía que el dinero lo podía todo, de aquí el conocido refrán “Poderoso caballero, es don dinero”, y en realidad esta baja moral de adoración al “Becerro de Oro” fué el motivo substancial de la total liquidación del poderío español colonial, así como de la mayor parte de las discordias internas, que frecuentemente ensangrentaron las guerras civiles, en las que, dos campos completamente opuestos luchaban por ideas diferentes. Los tradicionalistas que representaban toda la grandeza y valor de una raza indómita, valiente, conquistadora, cristiana, abnegada y generosa que no se resignaba a desaparecer; los liberales y demócratas que únicamente aspiraban poseer riquezas, sin

miramiento de ninguna clase al adquirirlas, y que odiaban por instinto los principios de “Dios, Patria y Rey” por representar una moral a la que eran incapaces de someterse.

Las ideas religiosas eran clasificadas de oscurantistas por los liberales y demócratas, el Decálogo Cristiano tenido en nada, únicamente una despectiva protección oficial a la Iglesia se dispensaba por los poderes públicos, con fines políticos y en la mayoría de los nuevos aristócratas y burgueses se obtenía una sumisión ficticia, que no tenía otra finalidad que una aparente hombría de bien o un afán vanidoso; téngase además a la vista, para completar tan desconsolador espectáculo, la existencia de una Monarquía ilegal, que reinaba de “facto” y no de “jure”, que prodigaba títulos y grandezas, dignidades y encomiendas a personas de la más baja moral y cuyos gobiernos estaban casi siempre dispuestos a vender el favor real al primer postor.

El pueblo español estaba en la más absoluta ignorancia, se ponían dificultades a la enseñanza religiosa y por los líderes revolucionarios se le dirigían continuamente peroratas antirreligiosas, derrotistas y antipatrióticos; se le suministraba, por medio de una prensa irresponsable, doctrinas exóticas, de necio contenido, el virus embrutecedor del anarquismo y del marxismo era la única preparación que se daba a los obreros. Se procuraba que los mismos odiasen a la Iglesia, que ignorasen sus Encíclicas y mejoras sociales, por ser favorables a los mismos y la burguesía iba aumentando sus caudales, discutiendo siempre a las clases trabajadoras unas horas de trabajo excesivas y una peseta de jornal.

Este bajo aspecto de la moral del siglo XIX no fué un hecho insólito que careciera de fundamento y de origen, todo lo contrario, era una natural

consecuencia de la desdichada política de la Casa de Borbón, que en dos siglos de reinar dió al traste con la grandeza y poderío de España.

Los Borbones, por lo regular, salvo en contadísimos hechos, fueron unos funestos reyes para el país, no tuvieron ni la más pequeña idea de sus obligaciones como Reyes, ni de su responsabilidad como Jefes de Estado, antes bien, miraron siempre al país como si fuera un bien propio, que únicamente cuidaron de explotar en beneficio de su familia, empleando la sangre española en empresas ajenas por completo a los elevados intereses de la Patria.

Para que nuestros lectores tengan una idea esquemática de la gran tragedia que vivió España durante los siglos XVIII y XIX, nos vemos precisados a exponer algunos hechos históricos, aunque lo haremos con la mayor brevedad, pues no es el objeto de este libro la investigación histórica.

La Casa de Austria, aun cuando no debe conceptuarse cómo una dinastía nacional, sino extranjera, conservó en toda su actuación un sello típicamente español, tuvo, a no dudarlo, sus luchas con el país, sus abusos autoritarios y muchas veces vivió a espaldas de la realidad de los intereses nacionales, pero también es cierto que tuvo Reyes de tan grande prestigio y glorioso reinado como Carlos I y Felipe II, en cuyos dominios no llegó a ponerse el sol.

Durante el dominio de la Casa de Austria, se colonizó por completo América, en el sentido más noble y desinteresado que se conoce en la historia de la humanidad, los españoles llevaron a América su fe religiosa, su cultura, su moral y su propia sangre.

El nombre de España era temido y respetado en todo el mundo, las banderas de la Casa de Austria eran segura defensa contra la revolución

moral y material que la reforma protestante introducía en Europa. Dondequiera que campeaba la bandera de España había tranquilidad material y moral, hallaban protección la honradez y el trabajo, la libertad honradamente garantida permitía el libre ejercicio del comercio y de la industria; el pueblo español conoció entonces épocas de esplendor y bienestar comparables a los tiempos en que el país tenía, en sus distintos estados, monarquías nacionales.

Cierto que en muchos países de Europa, la envidia y el deseo de apoderarse del valioso patrimonio español, se difundieron, mediante la naciente imprenta, las más calumniosas especies contra España, creándose una triste leyenda negra, que hoy día ya está por completo desacreditada. De las distintas especies calumniosas que se dieron a la publicidad, no creemos sea necesario decir nada, desgraciadamente nuestros lectores conocen perfectamente la política de difamación que contra nuestro país se levanta algunas veces al servicio de intereses bastardos, de móviles mezquinos y criminosos.

La Casa de Borbón

Al fallecer don Carlos II "El Hechizado", el día 1.º de noviembre de 1700, sin sucesión directa, se planteó el problema de la continuidad de la Monarquía española.

Pretendían a la corona de España, a la muerte del expresado Rey, Luis XIV de Francia y el Emperador Leopoldo de Alemania; los dos monarcas deseaban la corona para ofrecerla a miembros de su familia, alegando su parentesco con el fallecido Carlos II.

Debemos poner en conocimiento de nuestros lectores que todas las Infantas españolas que lle-

garon a ser Reinas de Francia, y de este hecho derivaba Luis XIV, sus pretensiones hicieron renuncia formal y solemne de su derecho a la sucesión del Trono español.

Ya durante los últimos años de la vida de don Carlos II, los políticos de la corte de Madrid hicieron sus cálculos y tuvieron actividades en favor de los dos pretendientes a la corona.

Los políticos, en aquel entonces más influyentes, se inclinaron por Luis XIV, al cual creían más poderoso. Esta tendencia se refleja en las disposiciones testamentarias de Carlos II, el cual, incapacitado por su enfermedad, no podía en manera alguna obrar según su propia voluntad y conocimiento, ya perdidos desde hacía largo tiempo.

Así, en estas desgraciadas circunstancias, fué elegido Felipe V, Duque de Anjou, nieto de Luis XIV, Rey de España, cuando en la conciencia popular estaba más descartada que nunca la idea de que un Príncipe de la Casa de Borbón pudiera reinar en el país.

Felipe V en Barcelona

El nuevo rey Felipe de Anjou se trasladó a Barcelona el día 30 de septiembre de 1701. A su poca habilidad política se le escapó la visión de que Cataluña era uno de los Principados que más convenía atraer a la fidelidad de la corona. Tomó algunas precauciones, entre ellas la expulsión del Príncipe de Darmstad. El día 3 de octubre hizo su entrada en la condal ciudad con toda solemnidad y con los juramentos y ceremonias de costumbre.

Ya en aquel entonces pudo verse la poca simpatía que el nuevo Rey contaba en el país, hubo algunos incidentes, sin importancia, motivados

siempre por la falta de sentido político del monarca, no permitiendo a los Consellers permanecer cubiertos en su presencia, según uso y costumbre, y privó la ceremonia de la entrega de las llaves de la ciudad.

El Rey se trasladó a Figueras para recibir a su esposa Doña Gabriela de Saboya, regresando a Barcelona, en donde celebró Cortes, que comenzaron el día 12 de octubre y terminaron el día 14 de enero de 1702. Durante estas Cortes abundaron las disenciones entre la Soberanía Real y la del Principado, negándose Felipe V, sistemáticamente, a sancionar las constituciones que se le presentaban; llegándose finalmente a una transacción, viéndose la ciudad obligada a hacer un donativo al Rey de un millón y medio de libras, que Felipe V, siempre escaso de dinero, era lo único que ambicionaba.

La Gran Alianza y la guerra de Italia

El Imperio había declarado la guerra a Francia. Esta guerra no se limitó a simples operaciones en la frontera del Rhin; como es natural, se extendió a Italia, en donde las posesiones españolas eran consideradas como enemigos.

Luis XIV velaba por su nieto y le obligó a marchar a Italia a los fines de defender su territorio. El día 8 de abril salió del puerto de Barcelona con rumbo a Italia; combatió con éxito y ganó la batalla de Luzzare.

En aquellos días se formó la Gran Alianza, o sea la unión militar del Imperio, de Inglaterra y Holanda con el fin de contrarrestar el poder militar de Francia. Las tres potencias unidas lanzaron al mar sus escuadras al mando de Darmstad, efectuando la escuadra inglesa un viaje de exploración a las costas de Andalucía.

En vista de todo ello Felipe V regresó a Barcelona el día 20 de diciembre, trasladándose a Madrid seguidamente.

*La proclamación en Viena del Archiduque Carlos,
Rey de España*

No tardaron los representantes oficiales de Felipe V en obtener el odio de todo el Principado; el nuevo Rey, al estilo francés, se sentía rey absoluto, consideraba el país como un patrimonio personal, al cual no tenía ningún afecto y del que sólo deseaba obtener dinero. Las autoridades tradicionales estaban en continua pugna con el Rey; los antiguos nobles y el pueblo veían se iba a pasos agitantados hacia una autoridad desmesurada que intentaba reducir a la nada sus derechos, fueros y privilegios, sometiéndoles a todos en una innoble esclavitud. Así las cosas se llegó al conocimiento de que las potencias unidas habían proclamado Rey de España en Viena al Archiduque Carlos de Austria con el nombre de Carlos III. Esta noticia despertó entusiasmo en Cataluña, que vió con ello la posibilidad de sacudir el yugo francés que Felipe V representaba.

*Las escuadras inglesa y holandesa bombardean
Barcelona*

El Gobierno de Madrid, a los fines de defender la frontera portuguesa, ya que Portugal había ingresado en la Gran Alianza, dejó casi desguarnecida la ciudad de Barcelona, en la que quedaron solamente pocas compañías de soldados mercenarios al mando del Virrey Velasco, generalmente mal visto en el país, que recordaba su desgraciada actuación y comportamiento en la guerra anterior.

Estos soldados que quedaron en Barcelona, y en manera especial el Virrey, no tuvieron la más pequeña idea de la responsabilidad que tenían; en alegres pasatiempos vivían tranquilamente, jugando y bebiendo por tabernas y garitos y dedicándose a recorrer el país en calidad de bandoleros.

El Virrey no sentía ninguna simpatía por Cataluña; por otra parte no era hombre para imponerse a sus tropas, de manera que la defensa del Principado era por completo nula. En estas circunstancias, el Almirante de las Escuadras enemigas ordenó el bombardeo de Barcelona.

A pesar de las grandes simpatías que entre los habitantes de Barcelona tenían los enemigos, en esta ocasión acudieron espontáneamente a la defensa de la plaza, de manera que al desembarcar las tropas enemigas, el día 31 de mayo, no encontraron ninguna favorable acogida, viéndose obligadas a reembarcar seguidamente.

No obstante la fidelidad de los catalanes al Rey Felipe V, el Virrey supuso una convivencia con el enemigo y desencadenó crueles e injustificadas persecuciones contra pacíficos habitantes, a los cuales suponía complicados en imaginarios complots, con lo que logró el odio de todo el Principado.

Los mercenarios franceses que figuraban entre las tropas del Virrey eran gentes reclutadas entre lo más peligroso de Francia, que carecían de moral y de religión, dedicándose a hacer pública burla de los sacerdotes y religiosos, con lo cual se escandalizaba el país que era de un catolicismo racial.

Alzamiento de Vich

Ya hemos expuesto las pocas simpatías que Fe-

lipo V tenía en toda Cataluña; la falta de política del Virrey contribuyó a aumentar esta antipatía; las persecuciones que desencadenó contra la nobleza, el clero y los terratenientes ricos, a los que continuamente exigía entregas monetarias, dieron lugar al alzamiento de la ciudad de Vich en la primavera de 1705, a cuyo alzamiento siguió el de todo el Principado.

Dicho alzamiento de la ciudad de Vich fué unánime en toda la comarca cuando cundió la noticia de que el Gobernador Juan Llupiá se había trasladado para instruir proceso contra los simpatizantes de la Casa de Austria; fueron en vano los esfuerzos que hizo Don Jerónimo de Moxó, XV Barón de Moxó, Maestro de Campo del Ejército de Felipe V, para reducir a los revoltosos, cayendo prisionero de los mismos. Don Jerónimo de Moxó fué un militar valiente, perteneciente a la más selecta nobleza de Cataluña, descendiente de los antiguos Reyes de Aragón, muy estimado en el país y el cual deseaba un arreglo amistoso y que en diversas ocasiones había ya puesto en conocimiento del Virrey y de las autoridades felipistas lo equivocado de su política.

Desembarco de los aliados

El día 22 de agosto se presentó frente a Barcelona una poderosa escuadra, integrada por las de Inglaterra, Holanda y Portugal, que a manera de un inmenso arco se disponía a desembarcar en la ciudad.

Al aparecer la escuadra referida, que estaba formada por más de 300 barcos de gran tonelaje, de todas las comarcas de Cataluña se presentaron en la costa los descontentos, haciéndoles señales de simpatía. A bordo de la misma iba el Rey Carlos III y los Generales Darmstad y Peterborough,

Felipe V sitia a Barcelona

Poco tiempo duró este estado de cosas; Felipe V, protegido siempre por su abuelo Luis XIV, al frente de un poderoso ejército francés, mandado por los generales Noailles y Tessé, en el que formaban parte algunas fuerzas españolas, puso sitio a la ciudad.

El ejército francés de Felipe V comprendió la necesidad de intensificar el sitio de la ciudad, a los fines de evitar que las fuerzas sitiadas recibieran auxilio; por este motivo el bombardeo de la ciudad fué intenso y se trabaron importantes hechos de armas.

El Rey Carlos III hizo extraordinarios esfuerzos de valor y acudió a los lugares de mayor peligro, estimulando con su ejemplo personal el valor de los sitiados. El sitio fué duro e incluso llegaron las fuerzas de Felipe V a apoderarse del Castillo de Montjuich, pero finalmente la llegada de refuerzos traídos por Peterborough, que desembarcaron en Barcelona, le obligaron a levantar el sitio, dejando en las trincheras más de 8.000 muertos, toda su artillería y el prestigio de sus generales.

Como consecuencia de estos hechos los antiguos dominios de la Corona de Aragón pasaron en poder de Carlos III. Este monarca aprovechó las circunstancias favorables para extender sus actividades en el interior del país y la suerte le fué favorable casi siempre, llegando a dominar en la mayor parte de la península, salvo la batalla de Almansa que dió cierta ventaja a Felipe V, pero esta ventaja fué contrapesada por la posterior batalla de Almera.

A pesar de que en casi toda España la personalidad de Felipe V no tenía simpatía y que su ejér-

ciño era mercenario, pues pocos españoles se enrollaban en el mismo de otra forma, su abuelo Luis XIV seguía introduciendo en España tropas francesas.

Carlos III es nombrado Emperador de Alemania

El día 17 de abril de 1741 falleció el hermano de Carlos III, el Emperador José; en su consecuencia Carlos III pasó a ser Emperador de Alemania; esta novedad, que personalmente favorecía al Rey, fué perjudicial para los asuntos de España, ya que el monarca se encontraba con dos coronas a las que difícilmente podía atender por separado.

Por otra parte este hecho rompió la Gran Alianza, que comprendió que ayudando a Carlos III no solamente tenía grandes pérdidas económicas si no que también contribuía al crecimiento de Alemania.

Luis XIV entró en negociaciones con los aliados; consecuencia de todo ello fué la ruptura expresada. No es necesario entrar en detalles de todas las incidencias diplomáticas que tuvieron lugar; lo cierto es, que Luis XIV salió vencedor en este terreno y que Felipe V, siempre protegido por su abuelo, recibía continuamente apoyo del mismo y se iba fortaleciendo su poder en España.

Finalmente Carlos III se marchó a Alemania y renunció a su derecho a la Corona de España; si bien es cierto que dejó a la Reina una temporada como representante suya, acabó por marchar ella también y los partidarios de Carlos III quedaron completamente abandonados a su suerte. Mientras tanto Felipe V, más poderoso que nunca, iba extendiendo su poder en el país y en el año 1714 puso sitio nuevamente a Barcelona.

Capitulación de Barcelona y fin de la guerra

El sitio de Barcelona por el ejército francés de Felipe V, al que ayudaban algunos españoles, fué largo y penoso; los habitantes de la heroica ciudad se batieron valientemente. La nobleza, que ya estaba casi deshecha por una guerra tan larga y penosa, puso en este último hecho de armas sus últimos esfuerzos.

El ejército sitiador iba estrechando cada vez más el cerco y se veía la inminencia de la capitulación de la ciudad. Al frente de este poderoso ejército francés estaba el Mariscal Duque de Berwick, el mejor general de Francia.

Los defensores de Barcelona con una tenacidad extraordinaria resistían, conociendo que el carácter vengativo de Felipe V no perdonaría a la ciudad su lealtad a Carlos III.

Finalmente se llegó, después de duras luchas en las que murieron los más acreditados nobles de la ciudad y del Principado, a una capitulación honrosa que fué pactada por el mismo Duque de Berwick y las fuerzas de Felipe V entraron a saco en la población que sufrió unos días de terror. Afortunadamente el prestigio militar y la entereza del Duque de Berwick pudo reducir a los vencedores.

Las fuerzas francesas de Felipe V no habrían entrado nunca en Barcelona, salvo haberla destruído totalmente, si no se hubiese llegado a un acuerdo con los defensores que se pactó por mediación del general sitiador y los últimos defensores de la plaza. Pero este acuerdo no tuvo cumplimiento, pues Felipe V, una vez obtenida la ciudad, lo dió por nulo y no quiso ni enterarse tan siquiera de ello.

Diez años de esclavitud

Ya desde un principio los habitantes de Barcelona y los de todo el Principado, que conocían el trato que Felipe V daba a las ciudades que iba conquistando, no esperaron del mismo una conducta generosa; no pudieron, empero, nunca imaginarse al extremo que llegó el odio personal del nuevo Rey contra sus súbditos.

Se cuenta por algunos autores que Felipe V al ser nombrado Rey de España, entre los varios consejos que le dió su abuelo Luis XIV, le manifestó que “al ser Rey de España no olvidara que era francés”, y en efecto tuvo siempre presente la recomendación de su señor abuelo, pues en ningún momento dejó de sentir una profunda aversión por el pueblo español y en manera especial por la nobleza militar existente hasta aquel entonces.

Felipe V introdujo el absolutismo más despótico y anti-nacional que se había conocido, se creía dueño de vidas y haciendas de sus súbditos y siempre miró a los españoles en forma despectiva.

Con respecto a los habitantes del Principado Catalán les tenía natural aversión y todas sus disposiciones legales no tuvieron otra finalidad que reducir el poder y la economía del mismo.

Hay que tener en cuenta que en el interior de su corazón, siempre soñó en ser rey de Francia y que en su consecuencia miraba como posibles enemigos a sus propios súbditos, incluso los que le habían sido fieles.

A propósito de sus leales debemos afirmar que no fueron nunca recompensados dignamente sus servicios, lo que le dió lugar a un refrán que dice: “Paga del Rey, paga del dimoni” (Pago del Rey, pago del diablo), con lo que puede formarse una idea de su mezquindad.

Esta política de destrucción de fueros, costumbres, economía y persecución, duró por espacio de diez años y fué tanta la malicia desplegada por los sicarios del Rey, que el Principado de Cataluña lloró con lágrimas de sangre los días más amargos de su historia.

Glorioso fin de la nobleza catalana

Ya hemos visto en capítulos anteriores la formación de la clásica nobleza de Cataluña, su importante historia y su básico origen militar; ahora trataremos de su extinción.

En Cataluña, y principalmente en la provincia de Gerona, tuvo siempre la nobleza un aspecto feudal; poseía castillos, torres y fortalezas, administraba justicia por delegación en muchos pueblos y villas, era generosa con sus vasallos y siempre dispuesta a luchar por la fe cristiana.

A últimos del siglo xvii ya se habían los nobles despojado de muchos de sus antiguos privilegios y habían igualmente abandonado sus originarias residencias, empero seguían poseyendo poderosas baronías que les daban un extraordinario poder militar.

Contra este poder luchó Felipe V hasta su total extinción. Por orden del nuevo Rey se puso sitio en todos los Castillos de los barones y caballeros, se derribaron sus torres y por lo regular se exterminaron los representantes de las más acreditadas familias.

Fueron muertos en luchas locales la mayoría de los barones y caballeros de la Nobleza Mayor del Principado, que prefirieron caer con las armas en la mano que someterse al Rey francés.

En las ciudades le fué mucho más fácil a Felipe V el destruirlos, fueron detenidos no sin ciertas dificultades, pues eran gentes dispuestas a ven-

der caras sus vidas; muertos la mayoría, otros encerrados en fortalezas reales, en donde tuvieron fines misteriosos; algunos pudieron exilarse al extranjero, incluso a América; pocos, muy pocos, lograron salvarse de la general persecución y aun solamente los de modesta prosapia.

Al desaparecer la nobleza los pueblos quedaron en completo abandono y sin natural defensa contra los sicarios de la Monarquía, por cuyo motivo los terratenientes ricos se aliaron entre ellos y constituyeron agrupaciones de defensa para protegerse contra los bandoleros y también contra las fuerzas reales, que algunas veces, faltas de disciplina, tenían actividades situadas fuera de la Ley.

Los castillos, en perfecto estado de ruina, fueron abandonados, muchos vendidos por la Real Audiencia o bien directamente por el Rey, unas veces en público subasta y otras privadamente, a precios insignificantes, a simples particulares, por lo regular mercaderes ricos de Barcelona, que dejaron las propiedades en el más completo abandono. El precio que se pagó por muchas de estas fincas era irrisorio, algunas propiedades fueron pagadas con dos o tres mil reales, cantidad que en aquella época no tenía tampoco gran valor adquisitivo y que hoy día, sin exagerar las cosas, su valor asciende a varios millones de pesetas.

De estas adquisiciones no sacaron de momento los compradores grandes beneficios, pero en los reinados de Carlos III, Carlos IV y especialmente en el de Isabel II, no solamente les produjeron a sus descendientes pingües beneficios si no que dió lugar a la formación de una pseudo-nobleza.

La pseudo nobleza

Durante el reinado de Felipe V la miseria fué

espantosa en toda España; la incapacidad económica de muchos de sus ministros, principalmente los éxtranjeros, al igual que la política inspirada por Isabel de Farnesio, segunda esposa del Rey, para dar reinos en Italia a sus hijos, empobrecieron al país.

Algunas industrias y comercios pudieron, no obstante, hacer algunos progresos, pero poco lucrativos. El único negocio que prosperaba en forma positiva fué la usura y en las grandes ciudades, principalmente en Barcelona, alcanzó esta actividad extraordinaria importancia; con ello podrán nuestros lectores hacerse idea de que en pocos años la totalidad de la propiedad privada y riqueza quedó unificada en pocas familias, que no eran precisamente las más merecedoras de ello ni las más indicadas para su administración. Los jornales que se pagaban eran muy inferiores a los usuales en el siglo xvii y las clases modestas se vieron reducidas a una condición en extremo precaria.

En el reinado de Carlos III de Borbón, igualmente que en el de Carlos IV, mejoró algo esta condición, pues se abrió para Cataluña el comercio libre con América, la emigración de muchos y el regreso de unos pocos indianos dió a la economía nuevas perspectivas.

Se ha dicho que el reinado de Carlos III de Borbón fué de gran mejora económica para el país; algo se hizo, es cierto, pero en realidad no trascendió al beneficio público. La agricultura, completamente olvidada, tuvo siempre y especialmente en el Ampurdán (nuestra obra es principalmente comarcal) cierta riqueza natural, no tuvo protección alguna, se le aumentaron al cultivador los impuestos y frecuentemente se le requisaban, sin indemnización, las caballerías, con lo cual quedaban sin cultivar extensiones enormes de terreno

útil; no obstante, continuaban resignadamente su labor los campesinos, viviendo con privaciones; téngase a la vista que las gentes ampurdanesas son poco malgastadoras y mucho sufridas.

Carlos III fué lo que podemos llamar un buen administrador, pero en el sentido particular, pues si tenemos en consideración que los intereses de un Rey son distintos de los de sus súbditos no debemos considerarle como modelo. Durante su reinado se normalizó el cobro de contribuciones y rentas, se aumentaron los impuestos y arbitrios y se llegó a llenar las arcas reales. (De este extremo tenemos nuestras dudas.)

Lo cierto es que el país llegó a estar tan afligido por los impuestos, que la Riqueza Real, pues la Nacional estaba confundida con la misma, era la única que prosperaba; se hicieron algunas obras, especialmente edificios, pero las mismas no trascendieron ni remotamente en beneficio del público.

Lo único que debemos hacer constar en beneficio de este Rey, y de su sucesor Carlos IV, es que dejaron al comercio y a la industria cierta libertad, pagada a buen precio, y algunas románticas intentonas económicas, más literarias que efectivas.

La vanidad humana que no tiene límite, pasión que por natural inclinación se manifiesta en las personas de cierta solvencia económica, más si ésta es algo reciente, tuvo sus manifestaciones en los reinados de Carlos III y Carlos IV en el siglo xviii y en los de Fernando VII, especialmente en el de Isabel II, Alfonso XII y Alfonso XIII en el pasado siglo.

La mejora de condición económica de algunos mercaderes de Barcelona a últimos del siglo xviii y principalmente durante todo el xix, no les privó su origen de la pasión vanitosa y ésta se mani-

festó en forma extraordinaria en lo que hace referencia al morbo nobiliario.

Todo el que tenía cierto bienestar económico quería ser noble; como en realidad no había casi nadie que perteneciera a la antigua nobleza, se improvisó una nobleza nueva, más orgullosa que la extinguida en tiempos de Felipe V, con muchos defectos y ninguna de las virtudes que la antigua tenía.

Muchos propietarios de las antiguas baronías, que habían adquirido por compra, o bien los de pequeños señoríos, adquiridos de la misma forma o por préstamo, tomaron los aires de sus antiguos dueños y se atribuyeron una fingida sucesión de los mismos, procurando de todas las maneras posibles dar apariencia legal a esta situación, con el fin vanidoso de constituirse en nobleza.

Para ello no repararon en obstáculos, trocaron sus nombres y apellidos con desenvoltura; téngase presente que no existía Registro Civil, que no encontraron muchas dificultades por parte de la Autoridad Judicial ni Eclesiástica dada la confusión general de la época y por lo que se refiere a la Autoridad Real, siempre falta de dinero y dispuesta a encontrar partidarios (particularmente en el reinado de Isabel II), facilitó el asunto. Los mismos reyes, a propuesta de su ministros, atendieron todas las peticiones que se les presentaban y como consecuencia de esto fué la creación de innumerables marquesados, condados y baronías, sobre las antiguas baronías, señoríos y nombres ilustres, con lo cual quedó en uso una pseudo-nobleza altiva, orgullosa y desprovista de fundamento.

Se ha dicho que Isabel II y Alfonso XII crearon más títulos del Reino que guardias civiles; es algo exagerada esta apreciación, pero desde luego fué tanta la prodigalidad con que se concedieron tí-

tulos y distinciones, que la nobleza perdió a la vista del país todo su antiguo prestigio.

La falta de calidad de los nuevos nobles, su orgullo, sus vicios y su incapacidad era objeto de burla por parte del pueblo.

De todas maneras las ideas republicanas también influyeron en el desprecio popular de la nobleza cortesana; los mismos reyes no les tuvieron en estima, los conceptuaban como simples compañeros de la Monarquía, considerándoles más como "Mayordomos" y "Camareras" de Palacio que de otra forma.

La Monarquía no encontró tampoco en esta nueva nobleza apoyo de clase alguna, salvo el placer de la adulación personal y las distracciones cortesanas; así se explica que en la revolución de 1868 no encontrara Isabel II ninguna espada nobiliaria a su servicio. Igual contratiempo experimentó Alfonso XIII en nuestros días.

De todas maneras la aristocracia contemporánea ha mejorado mucho de calidad. Alfonso XII, la Reina Regente oña María Cristina y posteriormente Alfonso XIII tuvieron el buen sentido de premiar con distinciones nobiliarias a comerciantes e industriales que por su labor positiva contribuyeron al mejoramiento económico del país, sentado el principio de que el trabajo y la honradez son y merecen ser dignificados.

No crean nuestros lectores que todos los nobles del Principado de Cataluña deben conceptuarse como falsos; algunos, muy pocos desde luego, tienen un origen auténtico, pero en su mayoría no lo tienen, y en el mejor de los casos sólo poseen algún entronque de nobleza menor, a la que los Reyes de Armas particulares y los heraldistas, faltos de responsabilidad histórica, han atribuido una calidad mucho mejor que la real, creyendo estos aristócratas que son la flor y nata de su

clase de la mejor buena fe. No hay que perder de vista que la humanidad es propensa a creer toda clase de absurdos y más cuando éstos alagan a la vanidad.

De todas maneras esta pasión vanidosa tan en boga en el siglo XIX no es perjudicial para nadie, siendo al mismo tiempo una amena comedieta para entretener a las gentes adineradas.

A propósito de la buena fe de muchos aristócratas debemos contar que en algunas ocasiones nos han exhibido cartas de gracia y ejecutarias, en las cuales se conceden títulos y honores a determinadas familias, que figuran fechadas en tiempo de los Reyes de la Casa de Austria, que mirando el documento al trasluz se observan en él marcas industriales de casas fundadas en el siglo XIX, con lo cual hemos deducido por lógica natural que durante el reinado de Isabel II, además de los enredos maliciosos antes aludidos, hubo en la ciudad de Barcelona y en la de Gerona, imprentas y litografías especializadas en la impresión de documentos de época anterior, de fino gusto y artístico gravado, que se venderían a buen precio, en los cuales el comprador solamente debía poner el nombre y apellido que más le gustara y estampar al pie la curiosa firma de "Yo el REY", la caligrafía y la tinta quedaría enteramente a gusto del adquirente.

De esta manera se han encontrado en archivos de gentes adineradas importantes documentos de genealogía heráldica, obtenidas por algún antepasado ilustre, del cual no tenían referencias, pero que en un momento dado ha servido para poner en conocimiento de los amigos e íntimos de la familia el rancio abolengo del apellido.

Por lo regular cuando se hacía tan importante descubrimiento la familia afortunada había encontrado los documentos justificativos de su ge-

neología en algún desván o bohardilla de la casa, en donde entre trapos sucios, ratoncillos, muebles apolillados, cachivaches y porquerías, por un verdadero milagro se habían hallado “intactos” aunque llenos de telarañas.

La Nobleza Tradicionalista y la Pontificia

A mediados del siglo XIX apareció en frente de la pseudo-nobleza otra clase aristocrática que seguidamente topó con la misma, creándose una especie de cisma aristocrático.

Los Reyes legítimos en el destierro, otras veces en la Corte de Oñate o en otro cualquier punto de la península, concedieron dignidades nobiliarias para premiar servicios, especialmente militares, prestados a su Causa; las circunstancias que dieron lugar a las tres guerras civiles del siglo último son hoy día perfectamente conocidas y no creemos necesario extendernos sobre ellas.

Por lo regular en el campo Tradicionalista hubo en todos sus aspectos un principio de patriotismo, honradez y buena fe; este principio trascendió en todas las determinaciones que los Reyes adoptaron; Carlos V y Carlos VI, conocido este último por Conde de Montomolín, concedieron a sus generales dignidades, títulos y honores para premiar sus servicios; los descendientes de éstos al terminarse las distintas guerras, principalmente después de la restauración liberal o sea en el reinado de Alfonso XII y durante la minoría de edad de Alfonso XIII, época en que el país, en estado de casi tranquilidad, pudo rehacerse de sus pasadas calamidades, regresaron del extranjero y fueron incorporándose a la vida social.

Por parte de la Monarquía liberal hubo cierta tolerancia contra sus antiguos enemigos; quizá fué debido al deseo de atraérselos, pues en reali-

dad eran casi todos los tradicionalistas personas dignísimas; muchos se dedicaron a diversas profesiones intelectuales, industriales y comerciales, contribuyendo al crecimiento económico de aquellos días. Las autoridades no les pusieron, por lo regular, grandes dificultades e incluso pudieron agruparse en formaciones políticas legalmente reconocidas. Don Alfonso XIII, rey inteligente, católico y patriota, muy superior a su época, especialmente a sus ministros y políticos, tuvo a los tradicionalistas en especial estima y consideración.

En donde fueron mal vistos los nobles tradicionalistas fué en las entidades y agrupaciones aristocráticas de nuevo cuño; en parte no era ningún contrasentido, ya que en ellas se había concentrado todo lo incompatible con la tradición española; allí es en donde empezaron a ser mal vistos y desde donde partió contra los mismos una corriente de desprestigio. Por otra parte la nobleza Tradicionalista era incompatible con los principios de adaptación al medio, que la aristocracia liberal practicaba, por cuyo motivo quedaron completamente deslindados.

Los Romanos Pontificios, en uso de sus derechos, concedieron también a distintas familias títulos nobiliarios; generalmente fué en premio a su celo en favor de la Religión y por su protección a la Santa Iglesia, que representaba un acto de gallardía en una época que el ser católico públicamente requería cierta valentía y el que lo hacía era mal visto y escarnecido por la Sociedad contemporánea.

Los nobles pontificios, los tradicionalistas y los escasos auténticos de yieja ostirpe, estuvieron siempre en buena armonía, cosa explicable ya que representaban una unidad de criterio religioso y política.

Los pertenecientes a estas clases, y especialmente los pontificios, fueron durante mucho tiempo el blanco de las iras de los liberales y de la pseudo-nobleza que los llamaba "papalinos", como si el recibir una dignidad del Papa fuera un acto deshonoroso.

Por parte del bajo pueblo no hubo en favor de ninguna clase de nobleza la más mínima simpatía; las ideas republicanas y el anarquismo sindicalista que se le predicaban continuamente le tenían sistemáticamente en contra de todo lo que le representara un orden social jerárquico al que creían contrario a sus intereses.

La política anti-religiosa de la Casa de Borbón

Luis XIV de Francia, aunque era Rey cristianismo de derecho, no lo fué nunca de hecho, sus relaciones con la Iglesia fueron siempre más malas que buenas; la corte de Francia en el siglo XVIII fué más que todo regalista y esta doctrina fué introducida en toda su intensidad durante los dos siglos que reinó en España la Casa de Borbón.

El absolutismo que representaban los Borbones era incompatible con el poder de la Iglesia y todas las disposiciones iban encaminadas a robustecer el poder Real.

Durante el reinado de Felipe V se efectuaron infinidad de actos en perjuicio de la Iglesia, aunque disfrazados de políticos; Felipe V a pesar de todos sus defectos era católico, de un catolicismo algo convencional, pues su educación había sido muy irregular; no obstante tuvo siempre cierto respeto por la autoridad eclesiástica.

Carlos III de Borbón fué un monarca enciclopedista educado en la doctrina del "despotismo ilustrado", sus relaciones con la Iglesia fueron, por lo regular, malas; la expulsión de los jesuítas

y multitud de actos de regalismo pueden darnos una idea de la mentalidad del Rey, así como de sus relaciones con la misma.

Carlos IV no dejó de ser católico pero la escasa personalidad de este Rey le exime por completo de responsabilidad en la mayoría de sus actos.

Fernando VII representó en su tiempo un valor en defensa de la Iglesia, pero desgraciadamente la política revolucionaria que prosperó durante todo su reinado, el confusionismo de ideas morales y políticas de su tiempo y en manera especial el virus que dejó en España la Revolución Francesa hicieron casi nula su labor. Fernando VII ha sido el Rey más calumniado de España, de él se cuentan infinidad de hechos que son falsos por completo, el odio popular hacia su persona perduró varias generaciones; no obstante, a pesar de algunos defectos personales, dentro de su época fué un hombre bien intencionado que quería a España.

En el reinado de Isabel II la persecución contra la Iglesia alcanzó su mayor intensidad, hubo confiscaciones de bienes, amortizaciones, destrucción de templos y comunidades religiosas, incendios de edificios dedicados al culto, asesinatos de sacerdotes y religiosos; en fin, toda la trágica historia del siglo XIX.

No todos los hechos perpetrados son atribuibles a la persona real que estaba en el Trono; algunas veces se hicieron al amparo de sus gobiernos y éstos lo ordenaron al servicio de sociedades secretas internacionales que los tenían aprisionados en sus mallas.

Doña Isabel II no era persona de malos sentimientos, pero tampoco tenía la entereza que necesitaba para su elevado cargo de Reina; al fin y al cabo era mujer y sus fuerzas femeninas no eran suficientes para una época tan calamitosa.

Don Alfonso XII tuvo en su reinado cierta buena voluntad y deseó muchas veces que se rectificasen actividades que consideraba equivocadas, pero no le fué posible dar una orientación definitiva en ningún asunto; los compromisos sectarios contraídos para subir al Trono de España le tenían atado de pies y manos.

La revolución francesa y su influencia en España

La revolución francesa trajo enorme resonancia en España y especialmente en Cataluña por la proximidad de la frontera. La mayor parte de los catalanes no comprendieron exactamente el significado de este triste acontecimiento.

Una notoria antipatía contra los revolucionarios del país vecino se observó seguidamente en todo el principado, especialmente cuando se vino en conocimiento de las barbaridades cometidas.

El clero español y principalmente el religioso, desde un principio, se dió cuenta del peligro que representaba la vecina república. A medida que iban llegando refugiados y fueron conociéndose más exactamente los hechos, una corriente anti-francesa llegó a sentirse entre el pueblo sano.

El Gobierno español puso un cordón sanitario y sometió a todos los libros e impresos que llegaban de Francia a rigurosa censura, incluso mandó trasladarse al interior del país a los sacerdotes y nobles que se habían refugiado en Barcelona y Madrid; de todos se desconfiaba por igual.

Desgraciadamente las tentativas realizadas por el Gobierno, el Duque de Alcudia Don Manuel de Godoy los mismos Reyes en favor de Luis XVI resultaron nulas y no pudo evitarse su asesinato; como consecuencia del "Pacto de Familia" no tardó en tener lugar la guerra entre España y la República francesa, guerra que casi siempre fué

favorable a España, en la cual se obtuvieron algunas victorias importantes debidas al genio militar del General Ricardos. Habiendo fallecido este ilustre general siguió la guerra con menos fortuna, llegándose finalmente a un tratado de paz con Francia que sólo proporcionó a Godoy el título de Príncipe de la Paz, que aumentó los honores que coleccionaba por la bondad de los Reyes.

Una gran mayoría de opinión tenían los revolucionarios franceses entre gentes acomodadas y aun entre la misma aristocracia. El afrancesamiento que durante el siglo XVIII había sido una corriente favorecida por los Reyes encontró favorable acogida en las Universidades y en la burguesía, que leía con gusto las obras de origen francés, aunque muchas veces tenía contra ellas ciertos escrúpulos de conciencia, motivados principalmente por el carácter anti-religioso de las mismas.

Hay que tener en cuenta que durante el reinado de Carlos III las modas, las costumbres de sociedad, particularmente entre las gentes de buen tono eran en parte copiadas de las de Francia, y el creerse afrancesado tenía cierto aire de distinción.

Las campañas anti-religiosas de tipo regalista al principio, después ya descaradamente, habían hecho adeptos entre las clases acomodadas y salvo sectores de sanos principios cristianos, estaban en su apogeo.

El bajo pueblo seguía fiel a sus viejas creencias, viviendo al margen de la política general del país y por lo regular tenía una educación religiosa muy superior a la que tuvo en unas décadas posteriores. Esta educación religiosa popular se debía al esfuerzo de las Comunidades religiosas, que dentro de sus posibilidades económicas soste-

nian escuelas primarias en donde se enseñaba gratuitamente a leer y escribir.

La enseñanza universitaria reservada a las clases adineradas, por el contrario, era eminentemente regalista y de ella salían las nuevas ideas democráticas, liberales y antireligiosas.

De todas maneras lo trágico de la revolución asustó a los aristócratas y a los Reyes, los cuales vieron el peligro que representaba para ellos la revolución que en Francia existía, temiendo justificadamente su extensión e introducción en España.

Los aristócratas de la época no tenían ninguna gallardía militar, antes al contrario su espíritu adulator y palaciego quedaba aterrado al pensar en la posibilidad de una guerra exterior o con el tener que sostener la lucha contra una revolución que empezaba de tan sangrienta manera y que no se sabía hasta donde llegaría.

El deseo de estabilizar las cosas implsó al Gobierno en los distintos tratos que tuvo con Napoleón, al que creían capaz de someter la revolución e implantar un nuevo orden en Europa que fuera respetuoso y tolerante con ellos. Desgraciadamente ya conocemos el resultado de tales actividades diplomáticas y las tristes y dolorosas consecuencias que trajeron para España.

El pueblo español escribió páginas de gloria en la lucha contra los franceses y le cabe la primacía de honor de haber vencido al mejor general de su tiempo.

La lucha de los españoles contra las fuerzas napoleónicas fué espontánea, un impulso patriótico y religioso la alentaba contra los invasores; la juventud salía para la guerra sin que ninguna autoridad se lo exigiera, se improvisaban batallones y partidas de voluntarios que, llenos de entu-

siasmo y fe religiosa, afrentaban a un enemigo que estimábase en toda Europa invencible.

Las clases llamadas cultas y afrancesadas, por el contrario, no sabían qué actitud tomar; en muchos lugares se entregaron al enemigo en forma servil, se proclamaron sus adeptos, y los que se refugiaron en Cádiz no hicieron otra cosa que reunirse en asamblea medio revolucionaria y entre discursos y peroratas crearon la célebre Constitución de 1812 (alias la Pepa), que en realidad no sirvió nunca para nada y que no obstante fué la que dió principio a las luchas políticas posteriores.

El General Castaños al frente del Ejército español y los bravos guerrilleros, hicieron la guerra por su cuenta; valientes oficiales como Daoiz y Velarde, de inmortal fama, dieron un ejemplo enérgico que fué seguido por la juventud española; en todas las comarcas se levantaban en armas héroes que sin ninguna preparación militar se batían contra los aguerridos ejércitos de Napoleón.

Los sitios de Zaragoza y Gerona fueron llenos de incidentes y hechos gloriosos; la ciudad de Barcelona pocos combatientes dió para esta gloriosa cruzada; por el contrario debemos conceptuarla como una ciudad pasiva en los hechos. No es que los barceloneses no estuvieran de sentimientos y corazón unidos a los combatientes nacionales, sentían por ellos simpatía y en lo posible los auxiliaban, pero la extirpación de la nobleza militar hecha por Felipe V había destruído el fermento valeroso, incapacitando a la ciudad casi en absoluto para esta lucha heroica. No obstante, en el bajo pueblo abundaron los jóvenes que se marcharon al monte para reunirse con los guerrilleros, pero entre las clases adineradas faltó

por lo regular, la hombría que los hechos reclamaban.

Debemos también tener en cuenta, que la Masonería establecida en España desde los tiempos de Carlos III de Borbón había incubado ideas anti-españolas y el sentimiento religioso entre las clases aristocrático-burguesas empezaba a languidecer.

Años más tarde, cuando las guerras tradicionalistas, se observó el mismo hecho; los burgueses de las ciudades y los pseudo-aristócratas fácilmente se sometieron a los caprichos de los gobiernos liberales, mientras que en las poblaciones rurales y entre el bajo pueblo, tuvieron los patrones de la Tradición más entusiastas y partidarios.

Al liberarse España, durante el reinado de Fernando VII, las fuerzas auténticamente españolas tomaron nuevo impulso, que de haberse continuado, posiblemente, se habría fortalecido el antiguo y tradicional poderío español, pero el último matrimonio del Rey con María Cristina de Borbón, de cuyo matrimonio nació Isabel II, marcaron a la historia de España otros derroteros, en donde se consumió la mejor juventud, en guerras civiles y coloniales, mientras gobiernos ineptos y afrancesados consumían y liquidaban alegremente un patrimonio multiseccular, hablando siempre de afrancesarse cada día un poco más.

La influencia napoleónica

Napoleón Bonaparte, general revolucionario, paseó por toda Europa los postulados de la revolución francesa; hombre afortunado que de modesto estado subió al Trono de Francia, en su calidad de Emperador intentó someter toda Europa a su dominio, mezquinas pasiones y hechos sorprendentes ocurrieron durante su vida, por cuyo mo-

tivo ha sido admirado por las generaciones posteriores.

Durante el siglo último en España fué objeto de odios y de admiración; fué odiado por la trágica memoria que dejó en nuestra patria y fué objeto de admiración por lo novelesco de su vida, así como por muchos que creían ver en él el compendio revolucionario de su época.

El oropel de las victorias napoleónicas atrajeron sobre Francia las miradas del mundo entero, a cuya nación tomaron como modelo las gentes de espíritu superficial y los captados por las ideas revolucionarias de tipo liberal.

En España durante todo el siglo xix los llamados intelectuales no tuvieron otro punto de visque París, todo lo que procedía de Francia era bueno, a su lado lo español era despreciable y una triste corriente de afrancesamiento, de más baja calidad todavía que la observada en el siglo xviii se apoderó de las juventudes.

De París venían las ideas políticas, de París venían igualmente las novelas, de París venían las modas, los snobismos y los vicios; en fin, únicamente París parecía tener valor en frente de la vida nacional.

No es que la cultura francesa fuera despreciable, tenía su valor y calidad, pero el extremo era exagerado, sin admitirse comparación ni con la cultura española, muy superior siempre a la francesa, de una ética más elevada, ni con la de cualquier otra nación europea.

Los mismos franceses eran víctimas de su propia estimación y sin darse cuenta de sus defectos, entre vicios y utopías, laboraban por el total hundimiento de Francia.

La nación francesa había perdido la tradicional prudencia y sentido político, deslizándose suavemente entre extremismos peligrosos a los grandes

desastres que le han sobrevenido, olvidándose de la Providencia y confiando siempre en que encontraría al hombre preciso para su salvación; ¡qué lejos quedaban los nombres ilustres de Richelieu, Mazarino o Colbert!, hombres inteligentes y preparados que la hicieron grande, un messianismo populachero los hacía ir de revolución en revolución, de motín en motín, sin que llegase a estabilizarse ningún régimen más de cincuenta años.

Deseamos a Francia de todo corazón un porvenir digno de su tradición y gloriosa historia; como vecinos geográficos sentimos por esta nación cariño y aprecio, olvidamos pasadas discordias, esperando su resurgimiento moral, económico y político con el afecto de hermanos latinos.

Como consecuencia del afrancesamiento de los siglos xviii y xix, fué el retraso moral, económico y político que sufrió España durante la Casa de Borbón; afortunadamente hoy día la mentalidad de la juventud ha reaccionado contra esta corriente absurda, que produjo el gran colapso de la nación y es de esperar que la lección recibida sea duradera; no en balde le ha costado a España la total liquidación y pérdida de su Imperio y Colonias, y la sangre de sus hijos en largas y duras guerras civiles.

XII

“COLORIDO AMPURDANÉS”

La música y el baile siempre encontraron favorable acogida en el Ampurdán; “l’Empordà terra oberta de levant fins a ponent”, tuvo en todo tiempo una fuerte corriente musical que arraigaba del instinto folklórico local y se iba extendiendo a las comarcas vecinas.

Entre los bailes antiguos debemos mencionar los siguientes: El primero en orden de antigüedad fué “Les Corrandes”; había dos corrandes, “La Popular” y “La Reial”; la primera de ellas se bailaba en las fiestas mayores en la plaza pública y también en las casas particulares en los días de fiesta, especialmente con motivos de bodas y bautizos.

El baile de la “Corrande” tiene un origen medioeval y más o menos desfigurado llegó hasta el año 1868, a partir de cuya fecha fué desapareciendo.

Las parejas que bailaban la “Corrande” se colocaban en dos grandes hileras, en una las muchachas y en otra los jóvenes; comenzaba el baile con un cambio general de saludos y después cada muchacho iba en busca de su pareja, la cual se cogía de su brazo y daban juntamente un paseo; poco después se separaban y volvían a saludarse para juntarse nuevamente cogidos del brazo, y en esta forma las parejas constituían un gran círculo que daba vueltas al compás de la música, hasta que terminada la pieza volvían a colocarse nuevamente en las dos expresadas hileras iniciales para terminar en un gran cambio de saludos y reverencias mutuas.

La “Corrande Reial” tenía la dignidad de una ceremonia pública; en un principio fué el baile de honor de la Corte de los Condes de Ampurias, en cuya corte se estilaban todas las cortesías del gusto franco y de la más complicada etiqueta medioeval. Solamente tomaban parte en este baile los Condes-Reyes en determinadas festividades. Después fué generalizándose en las ceremonias de de corte y se dió entrada al mismo a los componentes de la nobleza.

Por lo regular los primeros compases eran danzados únicamente por “el senyor Comte et la se-

nyora Comtessa” como distintivo o símbolo de su elevada calidad y seguidamente les podían acompañar “los cavallers, homes de paratjia amb ses dames, germanes et novities”.

Los Condes-Reyes de Castelló de Ampurias tuvieron una corte espléndida en la que el lujo y las ceremonias palatinas podían competir con cualquier otra corte de la época.

Cuando el Conde-Rey por tener que premiar méritos adquiridos en tiempo de guerra, acordaba elevar a la categoría de “cavaller” a algunos de sus mejores soldados, les invitaba a una fiesta de corte en su palacio y a la hora de proceder “als entreteniments de dones”, o sea bailes y saraos, les hacía entrega de una espada palatina o espadín, con lo cual ya sabían los que la recibían que dentro de pocos días serían elevados a la categoría de nobles.

La elevación a la categoría de “cavaller” se hacía en la iglesia unos días después; el aspirante velaba las armas la noche anterior en el coro y por la mañana recibía los Santos Sacramentos.

A la hora fijada llegaban a la iglesia los “comtes-reis et ses cavallers et consellers et totes aquelles sues persones ab seny natural que sont en bon profit de ses armes et dret consell en bona et cristiane justitia” y procedían a oír íntegramente la Santa Misa, terminada la cual los aspirantes a caballeros se arrodillaban en el presbiterio y respondían a las distintas preguntas que sobre su voluntad de recibir el grado de caballero les hacía el sacerdote oficiante y el Conde, conforme a un ritual que se había establecido de antemano.

Terminado el interrogatorio el sacerdote concedía al aspirante la “investidura”, que no era otra cosa que la promesa y juramento de ser fiel de-

fensor de la Fe Cristiana y de lealtad hacia su señor natural el Conde-Rey.

Los nuevos caballeros se sujetaban a la Regla de vida de San Basilio y tomaban como patrón y modelo a San Jorge de Capadocia, Santo y Caballero ejemplar, muy venerado en aquellos días.

En realidad el ritual seguido se ajustaba en un todo al practicado para el ingreso en la antiquísima "Orden Militar de Constantino el Grande" que concedían los Emperadores de Bizancio y cuya Orden de Caballería por ser la más antigua e ilustre de la cristiandad servía de modelo en toda Europa.

El prestigio de los Grandes Comnenos, príncipes de origen romano que regían el tradicional Imperio Bizantino o Romano de Oriente, era extraordinario y todas las casas reinantes de la época tenían gran orgullo en poder alegar algún parentesco aunque fuera lejano con la Casa Bizantina.

Posteriormente se introdujeron otras modalidades en materia de caballería, pero todas ellas no dejaban de ser una copia más o menos adulterada de la "Orden Constantiniana".

Terminada la ceremonia, los nuevos caballeros rendían homenaje al Conde y cantado un Tedeum en acción de gracias, abandonaban la iglesia precedidos del Conde y seguidos de toda la Corte. A esta clase de ceremonias se daba gran esplendor, asistía la Corte en pleno y se celebraban festejos públicos.

Desgraciadamente, algunas veces, especialmente durante el siglo XIII, había que lamentar desgraciados accidentes y hasta en algunas ocasiones terminaba en luto lo que había comenzado tan dignamente.

Existía la costumbre de que los nuevos caballeros probaran sus armas con los antiguos y se ce-

lebraban pruebas de destreza y valor en torneos.

En esta clase de luchas estaba prohibido el uso del hierro o punta afilada de lanza, pero eran tan fuertes las embestidas que se daban los caballeros, que al derribarse de su cabalgadura se lesionaban frecuentemente. Téngase presente que una caída de caballo es siempre peligrosa y más si tenemos en consideración que los jinetes iban cubiertos de armaduras de hierro que les imposibilitaban muchos de sus movimientos.

En la explanada de la Muga, junto a los muros de Castelló, hubo en aquellos días muchísimos torneos e incluso desafíos a muerte.

Los desafíos eran frecuentes en aquella época y solían ventilarse en "Camp Clos o judici de Déu", una serie de cuestiones personales que no guardaban la más pequeña relación con los preceptos de la caballería. Los desafíos entre caballeros fueron generalmente prohibidos, pero a pesar de todo seguían celebrándose.

Como pueden comprender nuestros lectores, la Corte de los Condes de Ampurias, a lo menos durante la primera dinastía de los mismos, o sea de los descendientes de Carlomagno, fué en su tiempo la más esplendorosa de Cataluña y de ella surgieron muchos usos y costumbres que posteriormente llegaron a ser típicos en otras comarcas: el "Ball Plá de Olot" no es otra cosa que una remanencia folklórica de la "Corrande Reial", e igualmente lo es el famoso "Ball del Ciri", en cuya danza un carácter religioso ha substituído por velas o cirios las antiguas espadas.

El segundo y más célebre baile ampurdanés, hoy extendido a toda Cataluña, es la sardana. A pesar de su importancia actual y de que dicho baile es en cierta manera el baile típico regional, históricamente es modernísimo, solamente cuen-

ta con unas décadas de existencia, ni tan siquiera es centenario.

La sardana tuvo su origen en el “contrapàs” o báile comarcal, que apareció en el siglo xiv. El “contrapàs” era la expresión de la alegría popular manifestada en una forma efusiva. El antiguo “contrapàs” hacía el recorrido de las calles de la población y se juntaban al mismo todos los habitantes prescindiendo de su sexo, edad y categoría social. La música marchaba tocando delante y cogidos de la mano los vecinos iban siguiéndola dando gritos y cantando, con lo cual manifestaban su alegría.

En el siglo xv la popular música del “contrapàs” fué adoptada por los remensas de Verntallat y a su son desfilaban delante de los muros de los pueblos, que por lo regular les negaban la entrada y los conceptuaban como bandoleros, y constituía lo que podríamos llamar una invitación musical a la revuelta.

Posteriormente, el “contrapàs” tomó distintas modalidades rítmicas y fué adoptado en casi todo el Ampurdán. La última población que bailó el “contrapàs” fué Torroella de Montgrí, que siguió contando a este baile entre sus festejos hasta últimos del siglo xix.

Hoy en día únicamente se baila el “contrapàs” muy desfigurado en Llafranc el día de su fiesta mayor, aunque se conoce con el nombre de “cerville” y la popular tonadilla de

“L'airet, l'airet de la matinada...”

hace la delicia de todos los chiquillos y de sus veraneantes.

Del “contrapàs” surgió la sardana. José Ventura, músico de talento extraordinario, aunque natural de Andalucía, se había educado en Rosas,

y debemos conceptuarlo como ampurdanés, pues era hijo de un carabinero establecido en este pueblo; cansado de tener que correr por las calles de las poblaciones al son del "contrapàs" tuvo la idea de cerrar el baile y consecuencia de todo ello fué la aparición de la moderna sardana.

El éxito de la misma fué extraordinario y seguidamente corrió por todo el Ampurdán y de esta comarca se ha ido extendiendo a toda Cataluña. José Ventura, o mejor dicho "El Pep Ventura", era un buen compositor y creó las mejores y más bellas sardanas de su tiempo y hasta podemos asegurar que después de él no ha habido otro que se le iguale en melodías y tecnicismo.

A la innovación musical de Pep Ventura se sumaron infinidad de nuevos compositores, siendo a nuestro juicio el mejor Juan Rigau, de Torroella de Montgrí.

El primer pueblo que se distinguió por su afán sardanístico, fué la villa de San Pedro Pescador, cuyos vecinos crearon "la primera escuela de este baile" bajo la dirección de don Ramón Gres, farmacéutico de la localidad y eminente músico, y acreditado sardanista, que dió las necesarias orientaciones a los músicos de su tiempo para la perfección de este naciente baile.

La "Escola de Gres" fué un paso importante y casi nos atrevemos a decir que sin ella la sardana habría tenido una duración efímera, pero fué tan grande el impulso que a la misma impregnó, sentando sus reglas de danza y llenando de entusiasmo a la juventud de aquellos días, que afirmó para siempre a la sardana como baile tradicional ampurdanés.

De la "Escola de Gres" salieron las primeras "collas de dançaires" y los sardanistas de San Pedro Pescador fueron recorriendo pueblos y localidades exhibiendo su arte, el cual llegó a con-

sagrarse en una exhibición en el Gran Teatro del Liceo de la ciudad de Barcelona, a primeros de este siglo.

Pocos supervivientes quedan en la actualidad de las antiguas "collas de dançaires", solamente recordamos a don Juan Roig Esteva, propietario, vecino de San Pedro Pescador, que en su juventud formó parte de las mismas; este señor es quien puede ilustrar a quienes interesa la tradición ampurdanesa sardanística, con toda clase de detalles. fué testigo presencial de los días de mayor gloria de este baile, en que tenía todo el vigor y misticismo racial de un sentimiento comarcal, hoy generalizado a toda Cataluña, que era expresión de las legítimas glorias pasadas.

Desgraciadamente, la sardana en los tiempos actuales ha dejado de ser un baile típico ampurdanés y se ha convertido en un baile regional en toda Cataluña y esta extraordinaria aceptación ha quitado majestad y categoría al mismo. Se baila en muchos lugares con un total desconocimiento de su esencia y por otra parte los modernos compositores, más atentos al lucro económico que al verdadero sentir del arte, han creado una serie de sardanas que con dificultad recuerdan la legítima ampurdanesa.

Algunas escuelas sardanísticas de Barcelona, tal vez queriendo dar un aire personal, han inventado una serie de pasos y modalidades que le quitan todo sabor; ello nos produce cierta tristeza, pues tememos que el porvenir de este baile está en peligro.

El tercer baile popular del antiguo Ampurdán fué la "Farandóla"; este baile, aunque típicamente ampurdanés, fué principalmente conocido en Figueras y su comarca y hasta época reciente se bailaba en algunas fiestas mayores.

Y en último lugar mencionaremos como bailes

típicos “La patacada”, que se bailaba y se sigue bailando algunas veces todavía en Cadaqués, y el “Ball de Pere Bus”, baile típico de San Pedro Pescador.

El célebre baile de “La patacada” apareció en Cadaqués en los alrededores del año 1870; desde esta fecha se ha venido conservando, aunque con algunas variaciones, hasta nuestros días, en que solamente se realiza en contadas ocasiones.

El origen de “La patacada” tuvo efecto en los distintos pasatiempos de los viejos marineros que se habían retirado en Cadaqués después de una juventud borrascosa transcurrida en distintos viajes a Cuba y a las Islas Antillanas.

El pueblo de Cadaqués posiblemente fué fundado por los Sardos algunos siglos antes de la dominación romana, pueblo de pescadores, que durante siglos ha llevado una vida modestísima, junto al mar, en un hermoso y abrupto rincón del Mediterráneo.

Los romanos, que vieron en su puerto un seguro lugar de refugio, establecieron algunas rudimentarias industrias, especialmente de salazón y embarcaban en la localidad vino y aceite con destino a los puertos de Italia.

Durante toda la Edad Media no se registró ningún hecho importante, salvo varios saqueos e intentos de robo, realizados por piratas.

Los ataques de los piratas a Cadaqués fueron de todas maneras poco frecuentes; la pobreza de la población no era tentadora, y por otra parte su puerto constituía un seguro refugio en casos de tempestad, y por tanto era conveniente estar en buenas relaciones con el vecindario.

La administración pública tenía un carácter peculiar que se había ido sosteniendo desde la época romana; en la plaza pública se reunían los vecinos y designaban libremente los “consellers”, así

como también elegían juez que terciara en sus discusiones o pleitos.

Esta administración daba buenos resultados y era llevada por los elegidos con la más rigurosa escrupulosidad; en cierta ocasión el Conde de Ampurias visitó Cadaqués y vió con asombro esta modalidad administrativa, tan distinta del régimen feudal de aquellos días, pero reconociendo sus ventajas, consintió en que siguiera practicándose de la misma forma.

Es fama de que en el puerto de Cadaqués fueron desembarcadas, procedentes de Italia, las reliquias de los Santos Mártires Abdón y Senén, sobre este desembarco existe una interesante leyenda que seguidamente transcribimos.

Parece ser que en la localidad de Arlés-sur-Tech (Francia), se presentó una terrible sequía, los campos, a consecuencia de ello, se habían vuelto estériles y la miseria era espantosa.

Los vecinos de la expresada población apenas poseían agua para beber, los ganados habían muerto y muchas personas fallecían víctimas de distintas enfermedades.

A mayor calamidad, unos peligrosos animales corrían sedientos por los campos y atacaban y devoraban a los niños, con tanta furia, que incluso engullían sus huesos. Algunas veces dichas fieras entraban en el pueblo y atacaban a los habitantes.

El estado de hechos era tan calamitoso que no se recordaba otro igual en épocas anteriores; los vecinos hacían rogativas en la parroquia, pero las cosas no mejoraban.

En vista de ello, determinaron los vecinos que el párroco y dos hombres de buena voluntad marcharan a Roma para solicitar el auxilio del Papa. Llegados a Roma, el párroco y sus dos compa-

ñeros fueron recibidos por el Santo Padre a quien contaron sus calamidades.

El Papa imploró el auxilio de Dios y les llevó a las catacumbas, en donde una luz misteriosa iluminó el sepulcro de dos mártires, soldados romanos que habían dado la vida por negarse a renegar de la fe de Cristo.

Los expresados mártires no eran otros que San Abdón y San Senén; el Papa hizo entrega de las reliquias al párroco de Arlés y sus compañeros, asegurándoles que dichas reliquias servirían para la extirpación de los males que padecían.

Como en Italia los motines y la guerra estaba en su apogeo, determinaron colocar las reliquias de los dos santos en un tonel de doble fondo, cuya parte exterior llenaron de agua, a los fines de evitar que las reliquias fueran examinadas y profanadas durante el camino.

Al pasar por los pueblos de Italia, las campanas se ponían a tocar espontáneamente, sin que persona alguna las impulsara, hecho portentoso que llenó de alegría y confianza a los portadores de las santas reliquias.

Finalmente se embarcaron en una nave rumbo a Marsella, pero el demonio, envidioso de la preciosa carga que llevaba, desencadenó una terrible tempestad que estuvo a punto de hundir la embarcación; era tan fuerte el temporal que la tripulación se daba por perdida; cuando un ángel enviado por Dios, se hizo cargo del timón del buque y sin contratiempo de clase alguna introdujo la nave milagrosamente en el puerto de Cadaqués, y sin que sufriera perjuicios ni la nave ni la tripulación, puerto mucho más cercano a Arlés que el de Marsella; las reliquias, al fin, descansaban sobre tierra firme.

Así que hubieron atracado en el muelle de Cadaqués, se reprodujo el hecho maravilloso de que

las campanas tocaban solas, por cuyo motivo los vecinos se enteraron de la llegada de tan importante cargamento.

Multitud de enfermos acudieron a venerar las reliquias de los dos mártires, y todos ellos quedaron sanados. En agradecimiento, una comisión de vecinos les acompañó hasta Arlés, en donde salieron a recibirles, pues al igual que en todas partes, doblaron solas las campanas, cayendo una abundante lluvia y surgiendo una cantidad extraordinaria de fuentes naturales en todos los lugares del término municipal.

Con la llegada de las reliquias de los dos Santos quedaron definitivamente suprimidos los males que padecían. Provisionalmente fueron encerradas en un sepulcro de piedra vacío, juntamente con el agua que envolvía el doble fondo en que iban encubiertas, y posteriormente fueron guardadas en dos relicarios de plata.

No se puede precisar la fecha exacta en que ocurrieron los hechos referidos, aunque hay creencia que tuvieron lugar a mediados del siglo XII.

Por un hecho prodigioso que no tiene humana explicación, el sepulcro en que fueron guardadas provisionalmente las reliquias, se ha convertido en una fuente que aun existe en la actualidad.

Lo más curioso es que esta sepultura está por completo aislada y no es posible introducir agua fraudulentamente, su cabida máxima no sobrepasa de doscientos cincuenta litros y en cualquier romería, de las muy frecuentes que allí se realizan, se extrae de la sepultura a la vista de todo el que lo solicita, la cantidad de agua que pida, por importante que sea.

El agua que nace en dicha sepultura tiene virtud curativa y se da el caso de que muchos peregrinos que la llevan a sus respectivas localida-

des, la conservan años y años sin que la misma se estropee.

Hasta el siglo xvii fué Cadaqués un pacífico pueblo de pescadores que vivían de su trabajo y del cuidado de algunas viñas y olivares, juntamente con unas pocas y pobres parcelas de trigo suficientes para el sustento de la localidad.

Los siglos xvii, xviii y parte del xix fué la gran época de los piratas y filibusteros, grandes veleros entraban con frecuencia en el puerto de Cadaqués y los jóvenes de la población, con afán de hacer fortuna, se aficionaban a embarcarse en calidad de marineros en toda clase de embarcaciones.

En pocos años, muchos de ellos regresaron con unas cuantas monedas de oro, adquiridas quién sabe de qué manera, pero aun cuando no representaban ninguna cantidad importante, para lo que era Cadaqués, equivalía a una verdadera fortuna.

El oro cegó a la juventud, que sólo pensaba en empresas arriesgadas, y consecuencia de ello fué el lento pero cierto envilecimiento de la población. Todos querían ser piratas, negreros y "americanos", para regresar algún día ricos. Algunos lograron su propósito, muchos se quedaron por el camino, pero únicamente los que regresaban victoriosos eran conocidos y admirados.

La fe cristiana tradicional en Cadaqués fué decayendo y el pueblo que había levantado una de las iglesias más bellas y artísticas de Cataluña olvidaba su pasado para convertirse en las primeras décadas del siglo xix en un albergue de ladrones y contrabandistas.

En este ambiente surgió el renombrado baile de "La patacada", importado de las costumbres practicadas por los negros de Cuba y Puerto Rico. En los días de fiesta se colocaban formando círcu-

lo alrededor de un cantor, hombres y mujeres, algunas veces se acompañaban de algún instrumento musical, la mayor parte no había otra música que el canto de los propios danzantes; en el centro, el director de fiesta no tenía otra misión que ir recitando una tonadilla compuesta de versos lujuriosos, más o menos irreverentes y anticlericales.

Las ideas antirreligiosas, tan en boga durante el siglo XIX, han dejado en el cancionero de "La patacada" un marcado sello, el asunto soez y lujurioso es el más calificado; transcribimos a continuación dos tonadillas de "La patacada"; son de cierto humorismo y aunque algo atrevidas, servirán de curioso ejemplo. La mayor parte de las tonadillas no merecen ser publicadas:

"El Vicari de Llançà
na fet una de bona,
sa llevat a mitja nit,
per confessar una dona.

Estribillo

Are va de bó,
senyor rector,
are de bó va.

El pinsell d'en Cruanyes
es un pinsell molt fi,
fa ballar les dones
de la punta de parí.

Estribillo

Are va de bó,
senyor rector,
are de bó va.
Patacada aquí...
Patacada allà..."

Enardeciéndose los cantantes y bailarores de “La patacada”, iban haciendo raras y lujuriosas contorsiones, dándose toda clase de golpes, terminando el espectáculo en una forma muy desgraciada.

Hoy día suele en algunas ocasiones bailarse “La patacada”, pero debemos hacer constar en honor de los actuales vecinos de Cadaqués, que ha perdido su carácter brutal y que es una manifestación del humor local y que recuerda únicamente los tristes días de antaño.

El “Ball de Pere Bus”, baile típico y popular de San Pedro Pescador en un tiempo, tuvo la particularidad de transformarse en otros dos bailes, que fueron amoldándose a las costumbres de su época; primeramente se convirtió en el “Ball de les Gitanes” y, finalmente, en el “Ball de la Sopa”, en cuya forma llegó hasta el año 1936 en que la revolución anarcosindicalista interrumpió esta local tradición.

Es muy difícil saber quién era el famoso “Pere Bus” y conocer su vida y hechos, dado el caso de que fueran ciertos, pero siguiendo una tradición popular, anotaremos algo referente a este raro personaje.

Parece ser que “Pere Bus” fué en su tiempo un gran borrachín, dotado de tanta fortaleza, que no había vino por fuerte que fuera que lograrse tumbarle; era el “pinxo de las tabernas y nadie se habría atrevido a competir con él en este terreno.

“Pere Bus” era, por demás, un solitario, al parecer solía residir en lugares apartados lejos de la población y sus ocupaciones eran muchas y variadas: la pesca de ranas, el robo de higos y otras menudencias propia y natural actividad de todo vago.

Solía “Pere Bus” residir en una cabaña existen-

te entre los “estany” de Riumorts, Vilamacolum y San Pedro, cercanos al “estany de Copóns”, del término municipal de Castelló de Ampurias; en aquel lugar solitario e insano transcurrieron los mejores años de su existencia.

Los domingos y días festivos se trasladaba a San Pedro, se introducía en alguna de sus muchas tabernas y bebía vino hasta saciarse, si es que alguna vez podía lograrlo, pues en cuanto a vino no conocía límite alguno. Ciertamente que “Pere Bus” no andaba abundante de dinero, pero siempre algún admirador de sus gracias estaba dispuesto a pagarle el gasto.

Las gracias de “Pere Bus” eran muchas, tenía cierto humorismo picante muy apreciado, solía cantar tonadillas obscenas y, finalmente, bailaba con toda seriedad, dando prodigiosos saltos y piruetas, las cuales, aunque alejadas por completo de todo arte, no estaban en absoluto desprovistas de mérito.

A mediados del siglo XIX se introdujo en San Pedro Pescador la costumbre de celebrar las fiestas del Carnaval con toda alegría. Con motivo de estas fiestas se hacían variados festejos populares, más o menos ruidosos y puede fácilmente comprenderse que “Pere Bus” no podía estar ausente en tales actividades.

Una superstición popular atribuía a “Pere Bus” el poder de “trenar les aigues”, o sea, el partir las aguas a su capricho y disponer a su antojo de la lluvia; posiblemente el hecho de residir en lugares llenos de agua encharcada contribuyó a esta creencia, pero sea lo que sea, nadie dudaba del infalible poder de “Pere Bus” en esta importante cuestión.

El mismo “Pere Bus”, cuya mentalidad no era propensa a esclarecer el origen y poder que se le atribuía, estaba firmemente convencido de su vir-

tud y cuando algún campesino lleno de buena fe le solicitaba enviara la lluvia pronto, a cambio de unas monedas, no vacilaba "Pere Bus" en dar algunos saltos, para que la misma no se retardara en su camino.

Los días de Carnaval se los pasaba nuestro héroe en las tabernas, cuando la alegría y los calores del vino habían llegado a su mayor punto, los chicos primero, después, chicos y grandes, empezaban a llamarle a grandes gritos pidiendo que "trencara les aigues":

"Pere Bus"... ahont ets...?"

"Pere Bus"... no t'amaguis...

Surt, "Pere Bus", que fas falta..."

y así por el estilo todos llamaban al famoso "Pere Bus".

Al oírse llamar no tardaba en salir de alguna taberna y lleno de la mejor buena fe acudía en donde le llamaban sus convecinos, que por lo regular era en el antiguo glacis del fortín, hoy Plaza Caramany.

"Què voleu, gent de la vila...?"

solía responderles.

"Que trenquis les aigues..."

"Molt bé, tot seguit les trencaré."

y "Pere Bus" comenzaba uno de sus rarísimos bailes.

Él solo, en medio de la Plaza, comenzaba a dar saltos y piruetas extraordinarios, y con ello estaban todos convencidos de que la lluvia no faltaría por lo menos en todo el año. Esta creencia

les dejaba a todos contentos, terminando el baile de "Pere Bus" en un baile colectivo que poco a poco iban acrecentando todos los espectadores, y terminando esta fiesta con la ingenua alegría de aquellos días.

El "Ball de Pere Bus" iba siendo tradicional y una serie de tonadillas locales aparecieron referentes al mismo; la más conocida es la siguiente:

"Pere Bus" trenca les aigues
de levant fins a garbí,
"Pere Bus" trenca les aigues
al tirar-hi un raig de vi."

A "Pere Bus" le salieron competidoras, ellas fueron las no menos famosas "gitanyes" (gitanas); durante mucho tiempo solían acampar en las cercanías de San Pedro Pescador y junto al río Fluviá gitanos, los cuales algunas veces iban a pedir los restos de la "Sopa" en casa Descatllar.

Con motivo de las fiestas del Carnaval, las gitanas organizaban bailes, terminados los cuales pedían limosna. Una tonadilla local dice:

"A Sant Pere les gitanyes
llarg temps varen estar,
al riu fehien cistelles,
les "sopave" l'escatllar."

De todas maneras, los bailes de las gitanas se acoplaron a los introducidos por "Pere Bus" y de todo ello salió el no menos célebre "Ball de la Sopa".

Hacia ya muchos años que la "Sopa de los Descatllar" era un hecho casi legendario del cual nadie se acordaba, cuando apareció su recuerdo en la plaza pública con motivo del Carnaval.

Ya con anterioridad, los chiquillos y las muchachas de la población recorrían las casas solicitando una limosna para la "Sopa" y quien más, quien menos, solían dar algo para la misma; no crean nuestros lectores que los donativos fueran en metálico, al contrario, sólo se admitían en especies y productos; algunos daban una gallina, otros un conejo, y así todos, dentro de sus posibilidades, ofrecían lo que tenían; abundaban las patatas, las judías, etc., algunos efectuaban donativos importantes, tocino, butifarras, salchichas, capones, palomas, incluso liebres y codornices.

El último día de las fiestas de Carnaval la comisión encargada de este festejo colocaba dentro de una vasija de colosales dimensiones todo lo recogido y se llevaba a cocer en el "Forn de la Vila"; por la noche el párroco bendecía la célebre "Sopa" la cual seguidamente era probada por las autoridades y personas más calificadas de la localidad.

Seguidamente las muchachas de la población efectuaban los bailes de "les gitanyes" y cuando habían terminado repartían la "Sopa" a los pobres de la localidad, si es que había alguno; en caso contrario, todo el mundo tenía derecho a llevarse la parte que quisiera a su domicilio; algunas veces se subastaba y los fondos ingresaban en la comisión de festejos.

En aquel entonces bailaba "Pere Bus" y como habían transcurrido muchos años desde que el pobre diablo había fallecido, siempre había algún aficionado que hacía sus veces.

El vecino gran borrachín y bastante gracioso llamado "Marruxina" durante muchos años actuó de "Pere Bus".

Finalmente, todos los vecinos se dedicaban al baile y la fiesta concluía dentro de la general alegría y bullicio.

Allí por el año 1885 un "massover" llamado Se-

bastián Roig Armengol, conocido por "Tià Prim", hombre alegre y populachero, inteligente y humorista, completó la fiesta con el famoso "Carro del vi".

La casa en que trabajaba poseía un carro de colosales dimensiones, al que era preciso para moverlo uncirle un mínimo de siete mulas. Este carro carecía de utilidad dada la inexistencia de carreteras y puentes.

Como fin de fiesta de Carnaval "Tià Prim" enganchaba al carro todos los caballos que poseía y los que para este acto le prestaban sus amigos, adornaba el mismo con ramas y en muchas ocasiones con serpentinas y faroles japoneses y lo sacaba a pasear por las calles de la población. Como el carro era grande montaba en él la orquesta e iba tocando sardanas y marchas militares, recorriendo la población durante unas horas: en la parte posterior se colocaban varios pellejos de vino, en los cuales podía beber gratuitamente todo el que tuviera sed.

El "Carro del Vi" circulaba seguido de todo el vecindario: "Tià Prim", montado en él, dirigía la diversión y hasta en algunas ocasiones lanzaba bengalas, petardos y cohetes.

El dueño de la "massoveria" en que prestaba servicio "Tià Prim", en cierta ocasión presenció la fiesta y hablando con el mismo le dijo:

"Ja és bonic tot aixó, Tià, però os deu costar molts quartos i la dona os cridarà".

A lo que respondió tranquilamente:

"No es preocupi, senyoret, el que paga el gasto és vosté, la Catarina ja n'està enterada".

XIII

¿QUIÉN COMO LA CONDESA?

Al hacer el estudio de la rara personalidad de doña Teresa de Molins y Bach, Condesa de Molins, nos encontramos con varias dificultades; la principal entre todas es la falta de documentación en la que pudiéramos fundamentar nuestras apreciaciones.

Esta falta de documentación tiene su origen en la quema de la iglesia parroquial de la villa de San Pedro Pescador y de su valioso archivo, hecho ocurrido en el año 1936, y en donde obraban importantes documentos sobre esta ilustre dama.

Hace más de treinta años tuvimos conocimiento de la existencia de un poema épico titulado "Ma senyora la Comtessa" que por su importancia histórica y artística cautivó nuestra atención. En honor de la verdad, debemos confesar que no dimos en aquel entonces más importancia al poema que la concerniente a una bella leyenda popular, bastante desfigurada por el tiempo, a pesar de las protestas de veracidad que sobre el contenido del mismo nos hacía de continuo el último "parlotaire" o juglar comarcal Sebastián Roig Armengol, quien afirmaba con toda sinceridad y honradez haber visto personalmente en su infancia a la célebre Condesa.

Así las cosas, en años posteriores, consultamos el caso con el docto sacerdote don Manuel Romaní, párroco en aquel entonces de la villa de San Pedro Pescador, quien nos informó la existencia real y verdadera de la Condesa, y nos mostró previo examen de la documentación parro-

quial la sepultura de la misma en el altar de San Andrés. Igualmente nos manifestó que el poema a que hacíamos referencia lo había compuesto el "Gigante poeta" Narciso Espriu y Fullá, que había sido escudero de la misma, el cual, además, logró localizar entre las ruinas del Castillo de Carmansó el cadáver de la ilustre dama, entregándolo a los familiares y cuyos restos después de varias vicisitudes de orden eclesiástico fueron definitivamente depositados en la sepultura familiar del expresado altar de San Andrés.

Don Manuel Román, que era una persona de extraordinaria erudición, trabajó eficazmente en la busca de los distintos documentos referentes a la ilustre familia Calau-Molins y formó lo que podemos llamar el legajo Molins.

El origen de esta importante familia se remonta al Medioevo; en un principio se apellidaban Godo, posiblemente por ser de ascendencia visigótica; ocuparon lugares importantísimos en la Corte de los Condes-Reyes de Castelló de Ampurias, hasta que en el siglo xv aparecen con la categoría de Barones feudales de Calau o Cala Pau, con que se les conocía indistintamente.

Durante el reinado de don Felipe III, el Barón de Calau obtuvo el favor del expresado monarca y fué nombrado Conde de Molins, por cuyo motivo adoptaron este apellido definitivamente. El favor real duró relativamente poco y el Conde de Molins regresó a sus dominios ampurdaneses, en donde residió el resto de sus días.

La riqueza de los Calau-Molins y su poderío comarcal fué inmenso, pero transcurriendo el tiempo la poderosa familia fué perdiendo sus prerrogativas, pudiendo afirmarse que a últimos del siglo XVIII no conservaban ni remotamente su brillante posición, no obstante el prestigio de su ilus-

tre ascendencia seguía mereciendo el respeto de todos.

Don Manuel Romani ganó por oposición la parroquia de Pineda y fué substituído en la de San Pedro Pescador por don Francisco Cargol y Marés, quien continuó completando el legajo Molins tan pulcramente que con la sola lectura del mismo podía tenerse a la vista la mejor biografía documental de doña Teresa de Molins y Bach.

Los importantes trabajos y estudios efectuados en el archivo parroquial por don Francisco Cargol y Marés bien pronto trascendieron al conocimiento de personas inteligentes y fueron muchas las cartas que recibió en solicitud de datos históricos.

No obstante, don Francisco Cargol y Marés fué parco en sus contestaciones y procuró no dar a conocer sobre sus descubrimientos gran cosa, a los fines nobles y bien intencionados de que una vez terminados los trabajos e investigaciones pudiera procederse a la publicación de un documentadísimo volumen sobre la histórica Villa de San Pedro Pescador y al mismo tiempo solicitar del Gobierno de la Nación el título de “heroica y gloriosa” para la localidad, en premio de su valeroso comportamiento durante la invasión francesa.

Un ilustre publicista, el sacerdote don Luis Plá y Cargol, primo de don Francisco, tuvo conocimiento de la importantísima obra que se realizaba y en varias ocasiones solicitó a don Francisco Cargol datos sobre la Villa y si bien es cierto que le fueron comunicados algunos, tuvo don Francisco Cargol y Marés a discreción no mencionarle el legajo Molins, para que una publicación fragmentaria de tipo periodístico, efectuada prematuramente, no perjudicara el fin importantísimo que se proponía.

Nuestra íntima amistad con don Francisco Car-

gol y Marés nos dió ocasión de conocer incluso pormenores de sus trabajos y hasta en algunas ocasiones le prestamos una modestísima colaboración.

Desgraciadamente, el período revolucionario que empezó en el año 1931 interrumpió los estudios del ilustre párroco, siendo asesinado en el año 1936 y quemada la iglesia con su archivo; en su consecuencia iban a perderse para siempre los datos históricos que los dos eminentes párrocos don Manuel Romaní y don Francisco Gargol habían con tanto cariño y acierto recogido.

Fué en vista de ello que habiendo nosotros tenido una íntima pero modesta colaboración en los estudios expresados, concebimos el proyecto de consignar en un libro, aunque fuera de tipo popular, un resumen de los trabajos realizados, no solamente para evitar el total olvido de hechos dignos de admiración, sino que también para que sean conocidos del público los esfuerzos realizados por los dos cultísimos sacerdotes, especialmente don Francisco Gargol y Marés, que ha dejado entre los vecinos de San Pedro Pescador una santa memoria.

Nos ha sido, pues, relativamente fácil, contando con buenas fuentes de información, la confección del presente libro, en el cual procuramos atenernos en un todo a la máxima integridad histórica, prescindiendo de todas aquellas cosas que la fantasía popular ha tergiversado neciamente, pero también respetamos el sentido poético de la leyenda cuando la misma tiene la dorada pátina del buen gusto de otros días, en los cuales era perfectamente compatible la lucha violenta con la más tierna delicadeza de sentimientos.

El poema épico compuesto por Narciso Espriu y Fullá titulado "Ma senyora la Comtessa" es una joya literaria que ha llegado a nuestros días de

una manera fragmentaria y aun muchos de sus fragmentos han sido desfigurados; de todas maneras podrán nuestros lectores hacerse cargo fácilmente con la lectura de estos fragmentos, de que Narciso Espriu y Fullá fué un verdadero gigante, gigante en lo físico, gigante en lo moral y gigante como poeta.

No importa que fuera analfabeto en absoluto, el genio extraordinario de que se hallaba adornado es suficiente para que su memoria sea enaltecida por todos los entusiastas de las bellas letras.

La forma en que relata los diversos episodios de la vida de la Condesa, en los que tuvo un importante cometido, es grandiosa, sincera y elocuente.

Los versos:

“Sitiava el francés la vila
amb canóns, carros i soldats,
la guardaven ses muralles
i homes per troneres y taulats.”

Con que empieza el poema no pueden tener ni mejor ni más bella forma descriptiva; es también muy fácil que Narciso Espriu y Fullá no presenciara el sitio de San Pedro Pescador, pues en 1808 posiblemente o no había nacido o tendría escasos años de edad.

Esta forma épico descriptiva se observa en todo el poema:

“Els crits, l'arcabußeria,
el trist bramar dels canóns,
el pur aire entervolia
com nit de llamps i trons.”

En el momento en que la Condesa sale a parlamentar con el coronel sitiador, no solamente des-

cribe la grandeza del instante, sino que resalta el carácter de la heroína:

Coronel

“Ahont sont els homes del poble
que sols una noia envian?
Es que no em crehuen noble
i temen qu'ells trahiria?”

Condesa

No soc noia, que soc dama,
Comtessa amb fina llei,
al cint jo porto daga
i una espasa ma donat el rei.

Después de una serie de razones dice la Condesa al coronel con toda bizarría:

“Digueuli al Rei de França
que fasi bona memòria,
que de cremar la vila
no li restarà cap glòria.”

razón de peso que decide al coronel a llegar a un acuerdo con la Condesa; acuerdo o pacto muy duro, del cual sale burlado, pues no puede figurarse el extremo de valentía que lleva el corazón de la ilustre mujer y que noblemente reconoce en los siguientes versos:

Coronel

“Soc, senyora i nople dama,
vos, qui m'aveu enganyat,
de esforçada tindreu fama,
de valenta i bon soldat.”

Como puede verse, el poema siempre responde a la mayor realidad de los acontecimientos y en todo instante se perfila la personalidad heroica de la Condesa.

Los hechos que en la primera parte del poema se refieren sólo pueden ser conocidos de Narciso Espriu y Fullá por referencia, ello no obstante, es suficiente para que pueda darse cuenta de las circunstancias y las describe con elegante soltura.

En otros capítulos del poema, el poeta habla con toda amplitud y puede comprenderse fácilmente que es testigo presencial de los hechos; admira el valor de la Condesa, junto a ella ve la intensidad de la lucha, por su calidad de escudero forma a su lado en los momentos de peligro, no obstante, su actuación es pasiva y procura siempre deslindar a su señora de los bandoleros, así como él mismo se siente ajeno a los mismos.

A continuación copiamos un fragmento en el cual se describe el asalto a una masía:

“La nit tote negre i fosca ...
daiunt els camps s'estenia...
mentres al fons s'obirava
el triste llum d'una massia...

Condesa

Homes valents de ma colla,
una sort vos donaré
si lluiteu amb valentia
i sabeu portar-hos bé.

Gigante

Ma senyora la Comtessa
jo saré al vostre costat,
en cap lluita compromessa
mon braç mai vos ha deixat.

Condesa

Oh gegant valent i nople!
molt me plau ta companyia...
Avant, valents de mon poble,
ataquem ja la massia!
Els somatens que la guarden
homes són forçuts i destres,
tropes han vist i és preparen
i fan foc per les finestres;
la primera la Comtessa,
a cavall ja s'adelanta,
la pòlvora ja està encessa,
però son cor mai s'espanta;
el foc d'arcabuseria
té als lladres esporuguits,
sòls pensen en la fugida,
mes ella els insulta a crits.

Condesa

Sou covarts de sang vermella,
si fugiu a nit d'aquí,
qui lladre sia, no ovella
que vinga després de mi.
Are callen les pistoles,
treballen els ganivets,
corre sang per les rajoles,
per les portes i parets,
mentres cremen les palleres
i s'enfonsen els taulats,
els lladres... se senten lladres
i criden esbojarrats.

.....
.....

Después de la anterior escena que indudablemente retrata de una manera exacta el ataque de

la partida de bandoleros a una casa de campo, en la cual es temida su presencia y que en vista de ello se halla guardada por los somatenes, dura acción en la que corre la sangre y la pólvora y en la cual la misma Condesa se ve obligada a desarrollar sus dotes de guerrillero para evitar la huida de sus hombres, por contraste insospechado aparece una escena que pone al descubierto el gran fondo de sentimentalismo que guarda el corazón de esta mujer:

“Ma senyora la Comtessa,
bella i blanque com un lliri,
dolçament tanca la porta
i apropantse encen un ciri,
la cambra és neta i molt blanque,
al bressol ni hi ha un tresor,
un nen que plora a sa mare,
perduda dins la foscor;
una dona veu, esmortuida,
son cabell despentinat,
defora es lluita per la vida
amb brugit i crueltat;
els lladres són a la porta,
cau per terra tot seguit,
la Comtessa pren la daga
i sels mira fit a fit.

Condesa

Tu, gegant!... tentlos a ratlla,
ningú toqui l'angelet,
si és qu'estima sa vida
i coneix mon ganivet;
rica és doncs la pagessia,
amb unces i bon bestiar,
Déu vos guardi en aquest dia,
la meva sort cobetjar,

vos dong l'or, la pedreria,
la plata qu'és pot trobar
l'angelet jo no os daria
per tot quant pogueu robar.

.....
.....

Gigante

Mes jo devant de la porta,
tot fen la guarda m'estava,
la mare genolls a terra
la Comtessa se mirava; ,
l'infantó ja no plorava,
son pit li feia coixí
i ses mans l'acaronaven
comb les ones del mar fi.

Condesa

Un fill jo també tenia
qu'era tota ma il·lusió,
en mon braços és dormia
tot cantan-li una cançó.
A la nit surten les bruixes
a robar els infantons,
no tingas por de les dones
si la mare et fa patons,
si una volta les campanes
toquen a la mitja nit,
que corrin totes les mares
vers sonts fillets tot seguit,
puig diuen per les contrades
i viaranys de l'Empordà,
que les bruixes, males dones,
volen tots els nens matar
i ferne de ses entranyes

per filtres i encantaments,
les amargosses begudes
de cura enamoraments.
A la nit surten les bruixes,
a robar els infantons,
no tingas por de les dones
si la mare et fa patons...”

Campesina

Sou vos la dolenta dona
que ha cremat tot el qu'es veu?
Sou vos la criminal dama
que té el cap possat a preu?
De qui diuen les rondalles
que corren per l'Empordà
que us plahuen les batalles
perquè no podeu plorar?
Que voleu el plany dels altres
per vostre plaer i consol,
que sou feliç entre lladres,
cremant i escampant el dol?
Que sou la noble Comtessa
i dama de Carmansó,
de Garriguella mestressa,
més valenta que un lleó?

Condesa

Soe per dissort, bona dona,
tot lo que vos en diheu,
sóc lladre i en sóc la dama
que ha mon cap han possat preu;
de ma vida en les contalles
moltes cosses sentireu,
en mes cruentes batalles,
sóls sang i foc trobareu;
no busco or ni cap riquesa,

en res estimo el diner
i sabeu, bona pagessa,
que mon gran i únic plaer
fóra el tenir en mes braços
un nen comb el que vos teniu,
puig que sols l'amor té llaços
que donen al cor caliu;
mes per mi trista és la vida,
no ting casa ni convent,
recorro a cavall la terra
de llevant fins a ponent;
el vostre fill vos entrego,
sou sa mare, l'heu parit
i en nom de Déu jo vos prego
possar-li eixa creu al pit,
és la Creu de Garriguella,
per si sol val un tressor,
será un jorn per la doncella
que mereixi son amor;
és signe de gran noblessa,
mes en mes braços ha estat.
Sóc de Molíns Comtessa
i comb fill vos l'he tractat.
Gegant!... sóc molt dissortada,
fugim ben aviat d'aquí,
els cavalls són a la portada,
breu la nit, llarg el camí.
Adéu, cambre neta i blanche,
adéu, mon pobre infantó,
pregueu a Déu, bona dona,
per la Dama de Carmansó.

Gigante

Mes jo davant la porta
tot fent la guarda m'estava,
la mare son fill dormia
i la Comtessa... plorava."

A pesar de que la Condesa actuaba de bandole-ro, hemos de reconocer que tan peligrosa vida fué abrazada por la misma acosada por las circuns-tancias. De su biografía se desprende un carácter noble y generoso y un destino desgraciado; su corazón de heroína y su valor extraordinario im-pulsaron muchos de sus actos en los cuales úni-camente le subyugaba el peligro que afrontaba; el afán de lucro nunca fué el motivo de sus aven-turas, únicamente el peligro tenía para ella atrac-tivo y encanto, por esto quizá todas sus activida-des fueron más destacadas que en otros bando-leros.

Si en la aventura que se intentaba había pro-babilidades de una lucha intensa no vacilaba la Condesa en llevarla a cabo; si, por el contrario, se trataba de un vulgar robo a un caminante o de una masía indefensos, renunciaba a tomar parte en ello.

¿Qué misterio había en el corazón de esta ilus-tre Dama? Buscaba tal vez la muerte en alguna de estas temerarias batallas? Muy difícil es de precisar cuál fuera su deseo, pero lo cierto es que de todas sus aventuras no sacaba provecho, que repartía generosa a sus hombres el botín adqui-rido y que como indiscutible capitana tenían que obedecerle en los momentos de mayor peligro y compromiso.

La Condesa era altiva y se sentía orgullosa de su noble calidad ; en distintos fragmentos del cé-lebre poema "Ma senyora la Comtessa" el gigan-te pone de manifiesto esta particularidad, pero el orgullo de la "Dama de Carmansó" es más bien el sentimiento de su raza, que actuaba en ella como una mística hereditaria y no temía reba-jarse ante las instituciones eclesiásticas a las que profesaba extraordinario respeto.

Se sentía satisfecha de su dignidad de Canone-

sa de Garriguella y aspiraba a poder acogerse dentro de los muros del histórico Convento, allí en la soledad del claustro tal vez lograría el sosiego de que se hallaba tan necesitada.

A continuación transcribimos otro fragmento del poema, en el que podrán apreciar nuestros lectores cómo la Condesa sintió germinar en su pecho el deseo de renunciar a su desventurada vida para consagrarse a una estrecha penitencia.

Este fragmento ha sido reconstruido con muchas dificultades y tenemos el convencimiento que es de inferior calidad al que compuso en su obra Narciso Espriu y Fullá, pero nos creemos obligados a darlo a conocer por la belleza descriptiva que encierra así como también por ser en parte una interesante exposición psicológica de la noble Dama:

“Mentres el cavalls corrien,
puig la nit s'acabava,
les estrelles se fonien
i un nou jorn començava,
a la senyora Comtessa,
molts lladres i traidors,
gent dolenta i compromesa,
que volien ses tresors,
tot cavalgan la seguien,
robar-la era son dalit,
i matar-la a traidoria,
mes jo guardava son pit
de tote daga florentina;
sentirem al lluny tocaba
una campana molt fina
que toc d'oració anunciaba.

Condesa

No sents, gegant!... La campana?
No sents, gegant!... El seu só?

No sents que per mi clama?
Qu'em crida a fer oració?
Avui no vaig a Carmansó!
Avui no hi vaig!... digué ella.
Mare Abadessa, vostre perdó
me dareu a Garriguella.
Humil novicia sòls serà
la que un jorn fou canonesa,
i blanc hàbit vestirà
de Molíns la Comtessa;
la que més vos obeirà,
la que més farà penitència,
que nit i jorn pregarà
a la Verge sa clemència,
que perdoni ses pecats
i sa joventut perduda,
els crims i els disbarats
d'una vida trista i dura,
la que avui arrepentida,
dóna un crit de deslliurança,
sent desig de nova vida
de repós i d'esperança.
Dolça campana que plores...
dolça campana de coure vella...
dolça campana qu'em crides...
Gegant!... a Garriguella!

Gigante

Anem-hi donç, senyora,
ja qu'el cor vos ho demana,
a cavall sols hi ha una hora
i us crida la campana;
que noble vila es Garriguella
i de tan bona fama
qu'es de novicia la donçella,
i la cassada n'es dama.

.....

Del histórico Convento de Garriguella, en un tiempo gloria ampurdanesa, hoy desaparecido, no puede precisarse la fecha exacta de su fundación, pues mientras algunos creen que fué fundado por Carlomagno, la moderna crítica no puede reconocerle tan grande antigüedad a pesar de su vetusta fecha.

Lo cierto es que durante el Medioevo fué muy grande su esplendor y que fué Casa Madre, no solamente de una Orden Religiosa bajo la invocación de la Santa Virgen del Rosario, sino que también sirvió de cuna a una orden de Caballería Femenina que en nobleza y calidad creemos muy pocas podrán comparársele.

Del Noble Convento de Garriguella salieron con el transcurso del tiempo otras comunidades y no es aventurado suponer que el Monasterio de San Feliu de Cadins que las monjas Bernardas abandonaron en el año 1492 para trasladarse a Gerona es una derivación de la Orden de Garriguella, que lo convertirían en Monasterio infeudado a su noble y antiquísima Orden.

Sabemos que el día 28 de octubre de 1295 el Rey Don Carlos II de Nápoles pernoctó en este Monasterio con su hija Doña Blanca y acompañamiento, con motivo de la boda de dicha infanta con el Rey Don Jaime II de Aragón que tuvo lugar en Vilabertrán.

Los Monasterios en el medioevo solían ser frecuentemente sitio de parada de los Reyes y magnates y esta cualidad les daba lugar a muchos privilegios.

Otra de las muchas finalidades de los Monasterios era la instrucción de las señoritas nobles "novicias" que por lo regular ingresaban de corta edad y no salían del mismo hasta unos días antes de su boda. Téngase presente que este noviciado era puramente formativo, las doncellas no habían

hecho votos de ninguna clase y que su permanencia en el Monasterio tenía simplemente carácter educativo.

Durante la Edad Media, época en que la guerra era crónica, los padres al confiar la educación de sus hijas en algún Monasterio tenían la tranquilidad moral de la seguridad material de las mismas, pues no solamente estaban los Monasterios resguardados por poderosas murallas, si no que también se hallaban protegidos de inmunidad entre los beligerantes, teniendo derecho de asilo en ellos los heridos y en muchísimos casos los perseguidos por la Autoridad Real o Feudal.

Al salir para contraer matrimonio las educandas solían ser objeto de una cariñosa despedida y ratificaban con las monjas profesas y las “novicias” que permanecían en el Monasterio una sólida y leal amistad, conservando siempre el derecho de regresar al Convento.

Las más importantes familias del Ampurdán solían hacer donativos a los Conventos y éstos, en justa correspondencia, cuidaban de educar a sus hijas y darles asilo en caso de desgracia.

Como puede verse era grande la utilidad de las Ordenes Monásticas femeninas y toda vez que las educandas pertenecían a la alta nobleza, seguían sus usos y costumbres, guardando estrechos lazos de tipo caballeresco. Las dignidades que recibían las novicias eran, por lo regular, las siguientes: Dama, Comendadora y Canonesa; los cargos de Pabordesa, Domera, Donada y Abadesa, sólo se concedían a las monjas profesas.

La más alta distinción era la de Canonesa; para aspirar a esta calidad además de pertenecer a la más elevada categoría nobiliaria debía haberse hecho, personalmente o por algún antepasado, a la Orden un importante donativo; las canonesas tenían puesto de honor y eran especialmente con-

sultadas en todo lo que hacía referencia a los intereses de la misma.

Del Convento de la Noble Orden de Garriguella, también conocida con el nombre de Noble y Sacra Hermandad de Nobles Damas de Castelló de Ampurias, no hemos podido concretar en qué lugar quedan sus ruinas, por lo que nos inclinamos a creer que dicho Monasterio estuvo situado en distintos lugares según la época y que hasta el año 1868 tuvo casa en el mismo término municipal de Garriguella, siendo destruído por la revolución de aquella fecha.

El siglo XIX fué un siglo calamitoso para las Ordenes Religiosas, especialmente para las nobles; las guerras con Francia y las revoluciones destruyeron muchísimas de ellas y el incendio de Conventos dió lugar a la destrucción de valores inapreciables.

Ya en el siglo XVIII los monarcas de la Casa de Borbón habían con su regalismo, importado de Francia, comenzado la destrucción monástica de España, pero los años desgraciados del pasado siglo acabaron por destruir lo que todavía quedaba de pie.

El Noble Convento de Garriguella ha dejado entre los ampurdaneses nacidos a últimos del siglo XIX grata memoria y hoy día, que van surgiendo nuevos valores morales, la nostalgia de este famoso Convento se va extendiendo por toda la comarca, mientras que por otro lado surjen narraciones que aun teniendo un origen más o menos cierto le dan un carácter legendario.

Nuestra heroína la noble Condesa Doña Teresa de Molíns y Bach, poseía la elevada calidad de Canonessa de Garriguella; creemos que esta dignidad la habría heredado de su madre, perteneciente también a noble familia ampurdanesa, pues

no estimamos verosímil se educara en este Monasterio.

Abrigamos esta creencia por que durante los años 1790 a 1795, fecha en que nacería la Condesa, la guerra con Francia había convertido aquellos lugares en campo de lucha y durante unos años no estaría el Convento en condiciones de hacerse cargo de las educandas; por otra parte cuando el sitio de los franceses a la Villa de San Pedro Pescador, ocurrido en el año 1808, la Condesa residía en esta Villa y al terminarse el sitio fué desterrada a Barcelona.

No obstante su calidad de Canonessa le daba derecho a refugiarse en el Monasterio y un buen día hizo uso de su derecho y se presentó al Convento.

La presencia de la “Dama de Carmasó” en el Monasterio crearía un grave compromiso a la Madre Superiora, pues por una parte tenía el indiscutible derecho de asilo que dimanaba de su calidad de Canonessa y por otra parte era la pecadora que, arrepentida de su vida, buscaba la salvación de su alma y un refugio en la Santa Casa.

No obstante pesaban sobre la Condesa multitud de acusaciones y posiblemente estaba de antemano condenada a muerte.

La Madre Abadesa recibió cariñosamente a la Condesa y ésta logró rápidamente el cariño de todas las monjas y novicias, pero los tiempos habían cambiado; el liberalismo estatal disputaba a las Ordenes Religiosas sus derechos y el anticlericalismo naciente vió en la Condesa una hermosa presa en descrédito de la religión; se seguirían trámites y más trámites para lograr la entrega de la ilustre dama y llegaría el momento en que la Autoridad intentara hacerse cargo de la misma.

Pero la Condesa tenía en sus venas sangre de heroína y no era mujer que se entregara al mar-

tirio, ni aceptara la afrenta cobarde del populacho con los caídos y la Madre Superiora la dejó en libertad de acción.

¿A dónde iría? ¿En dónde encontraría asilo aquella mujer de temple tan valeroso? Ocurrió lo único que podía suceder; regresó a Carmansó, se unió nuevamente a sus hombres y entre ellos, la que la sociedad miraba con odio, recibía la salutación entusiasta de un puñado de valientes, moralmente corrompidos, pero que la admitían como capitana y la aclamaban como su reina.

“Les monges plora que plora,
la Comtessa té que marxâ,
a Déu prega l'Abadessa.
La Verge no la deixarà!
Torna a la trista vida
a robar per masos i camins,
el teu destí es ser lladre,
oh Comtessa de Molins!”

Moralmente la Condesa a la salida de Garriguella había dado un cambio extraordinario, sentía rencor por sus ladrones y en cierta manera ya no era la mujer de antaño; el espíritu de penitencia adquirido en el Convento la había transformado.

“Les campanes ja no ploren,
canten ara una cançó,
il·luminen les fogueres
dintre els murs de Carmansó
i la nit tota estrellada
té perfum de mar i pins,
mentre plora arrepentida
la Comtessa de Molins!

Y así las cosas llegó el día en que la conviven-

cia de la Condesa con sus hombres era imposible; respetaban a su capitana por las empresas de antaño, por su puñal y por sus pistolas y también quizá, en cierta manera, era su prisionera. Pero aquella mujer altiva, arrogante y batalladora murió como sólo pueden morir las heroínas; voló por su propia mano el Castillo de Carimansó y quedó sepultada entre sus escombros, con sus hombres, sus tesoros y su prestigio.

Quizá si hubiera estado en su compañía Narciso Espriu y Fullá habría sido otro su destino; pero el gigante de corazón de niño, el poeta de fuerzas colosales, se encontraba en Ventalló.

No obstante Narciso Espriu y Fullá se acordó de su señora y su lealtad fué tanta que se trasladó al Castillo, descubrió el cadáver de la misma y lo entregó a sus familiares; fué una empresa digna de gigante, de noble sentido cristiano y también de un poeta; las noches frías de invierno en las soledades de Carimansó, alumbrado por la claridad de la luna, apartando piedras de colosal tamaño, era una empresa digna de un cíclope y sólo él podía realizarla.

Desde el día en que la Condesa abandonó el Monasterio el luto y el dolor se apoderaron de Garriguella, las novicias y la Madre Abadesa lloraron muchos años a su querida Canonessa y dice la tradición que la lloraban tan intensamente que su dolor se impregnó a las campanas:

“toqueu... toqueu... campanes
el vostre plany de tristor,
és morta sota les torres
la Comtessa a Carimansó;
qui no plora aquesta dama
té sentiments molt roins,
puix ha mort plena de glòria
la Comtessa de Molins!”

A continuació copiamos un fragmento del poema “Ma senyora la Comtessa”, en que describe el dolor de la Comunidad de Garriguella:

En les muntanyes de Roda,
vers la vessant de ponent,
ressona la campana
d'un solitar convent;
són blanques ses novícies,
blanques ses flors i parets,
són de coure les campanes
i d'eura plenes ses vernets.
Al matí freda gebrada,
el migjorn tot lluminós,
la tarda n'és daurada
i el capvespre silenciós;
dins el jardí les novícies
caminen de dos amb dos,
resant o cantant-ne troves
mentre cuiden de les flors;
de molts anys Mare Abadessa
no pot al jardí baixar
i sols baixa a la capella
a les hores de pregar;
a la Verge sa patrona
tot dolçament li demana
que sigui santa la casa
mentre soni una campana,
que ses filles les novícies
tingui Déu amb bona guarda,
que de profit sien noies
de bon cor i de dolç tracte,
que nobles són les pubilles
que li han estat confiades
i son deure és formar-les
perquè sien ben casades.
Les dames de Garriguella
no es còmpren per cap diner,

si una el convent abandona
és casa amb un cavaller.

Aquest convent sa format
moltes Reines i Comtesses,
les novícies que han quedat
són Dames i Canonesses,
mes son pit de bona mare
una espina té clavada;
la millor de ses novícies
fa temps l'ha abandonada,
el seu destí desgraciat
es comenta per la plana,
de lladres s'ha rodejat
i és la seva capitana!

La dissort d'aquesta dama
que li és tan estimada
sa vellesa té amargada
de tant com l'ha plorada;
sos ulls han envellit
de tantes i tantes llàgrimes,
per ella prega de nit
amb ferventes pregàries
i quan sona la campana
i el sol mort a l'horitzó,
preguen totes les novícies
per la Dama de Carmansó.
En les muntanyes de Roda,
vers la vessant de ponent,
ressona la campana
d'un solitar convent...

No obran hoy día en nuestro poder otros fragmentos del célebre poema "Ma senyora la Comtessa" que los anteriormente transcritos; tenemos todavía en estudio algunos versos que suponemos pertenecieron al mismo, pero desgraciadamente tan mutilados que no hemos podido reconstruirlos; no obstante abrigamos la esperanza de lograr

hacerlo algún día, por cuyo motivo rogamos a nuestros lectores que de conocer alguno más, referente a este poema, nos lo comuniquen; nuestro deseo es ir recopilando los restos de la composición poética de Narciso Espriu y Fullá para poder proceder a la total reproducción del poema. El mejor poeta ampurdanés contemporáneo se nos ha ofrecido a completarlo y reconstruirlo y si logramos nuestro propósito tendremos la satisfacción de poner al conocimiento de nuestros lectores esta obra literaria que no dudamos será de agrado de todos cuantos la lean.

Otros bandoleros famosos tuvo el Ampurdán en el siglo último; muchos son perfectamente conocidos, y caso curioso de anotar es que dentro de su desdichada manera de vivir se nota perfectamente un naciente romanticismo. Ciertamente hubo bandidos repugnantes, no podemos negarlo, pero en su mayoría tuvieron más de héroes de leyenda que de verdaderos bandidos.

En la historia de la región catalana durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX son abundantes los personajes que tiene actividades parecidas; unas veces son caballeros que se ven precisados a actuar como bandoleros y otras son bandoleros que actúan como caballeros; personajes como Roque Guinart, Don Juan de Serrallonga y el Bach de Roda, han llegado a tener una notoria celebridad y la leyenda ha dorado sus acciones con un sello de poesía.

Nuestra heroína la noble Condesa Doña Teresa de Molíns y Bach, ocupa indudablemente un lugar destacado dentro de esta actuación romántico caballeresca y nos atrevemos a proclamar que merece este puesto de preferencia por muchas condiciones, la primera por ser mujer, la segunda por

su valor de heroína, y la tercera por su fina sensibilidad.

La Condesa de Molins representa una noble y simpática figura del naciente romanticismo del siglo XIX con tanta fuerza y colorido, que difícilmente podremos encontrar otra que la sobrepuje en mérito y calidad.

De sus hazañas y aventuras no se desprende otra cosa que la gran tragedia de una vida errante y aventurera, en una época de tránsito y evolución de costumbres en que se desmoronaban viejos prejuicios para dejar el paso a otros de nuevos; la humanidad suele variar su forma de convivir, pero lo que nunca cambia es su manera de ser; viven hoy los hombres bajo el influjo de sus virtudes y defectos exactamente igual que en los primeros tiempos de su historia y así seguirán viviendo mientras la tierra dé vueltas al sol y reciba su luz y calor, si Dios con su divina sabiduría no dispone otra cosa.

Por esto cuando estamos a punto de terminar este libro y consideramos las circunstancias novelescas que concurrieron en la vida de la ilustre dama, cuando miramos objetivamente el ambiente en que transcurrieron sus días, no podemos menos que disculpar los defectos que posiblemente tendría y resaltar sus extraordinarias cualidades; admiramos en ella a la heroína, a la dama y a la mujer, y no dudamos en preguntarnos sinceramente:

¿¡QUIÉN COMO LA CONDESA!?

XIV

“EL CHOCOLATE DE LA REINA”

La Reina Doña Juana Enríquez ha dejado en toda Cataluña una memoria tenebrosa; es cierto

que sus luchas contra la nobleza catalana la hicieron odiosa y que su actividad en la guerra de los "Remensas" fué encaminada únicamente al beneficio de sus intereses personales; pero al margen de las leyendas que su personalidad dió lugar en años posteriores a su muerte, es cierto también ha dejado una nota de color que intentaremos describir en estas páginas.

Al destruir Doña Juana Enríquez el castillo de los Barones de Vilademuls, en substitución de esta antiquísima baronía, creó la Baronía de San Mori, fijando su residencia en el antiguo Monasterio de Benedictinos existente en el modesto lugar de San Mori.

La Reina fortificó el Monasterio y lo convirtió en Real Castillo y lugar predilecto de su residencia en el Ampurdán. Dotó al Castillo de una extensa zona de terreno en Señorío, que seguramente comprendería toda la cuenca del río Fluviá, desde su nacimiento hasta su desembocadura en el puerto fluvial de Ampurias, incluyendo todos los pueblos situados en sus riberas.

En San Mori, nombre que posiblemente es una tergiversación de San Mauricio, antiguo patrón del Monasterio, se fué creando una corte que cumplimentaba a la ilustre dama. Los barones del Ampurdán y los principales caballeros de la comarca solían visitar a la Reina, la cual atendía a sus peticiones, llevando a efecto una labor de captación personal de los mismos, altamente política y provechosa a sus intereses.

No eran ajenos a la corte de la Reina las autoridades eclesiásticas y era curioso de ver que en un lugar pocos años antes completamente solitario, llegaban continuamente cortejos importantes: Abades, canónigos, Madres Abadesas, barones y

caballeros competían por saludarla y ofrecerle sus respetos.

La natural esplendidez de la Reina resaltaba con motivo de tales visitas y eran frecuentes los saraos y fiestas que en aquel Real Castillo tenían lugar.

Doña Juana Enríquez fué una dama altamente aficionada a las golosinas; obsequiaba a sus visitantes con magníficos banquetes, en los cuales eran platos escogidos las liebres, conejos, jabalíes, en aquel entonces abundantes en los contornos, peces del río Fluviá y pescados de la bahía de Rosas solían también figurar en los banquetes, vinos de alta gradación y la célebre “garnacha” emporitana completaban los ágapes, pero lo más estimado eran las golosinas.

Los postres, por lo regular, en el siglo xv, es en donde se reconocía la calidad del anfitrión que daba el banquete y Doña Juana Enríquez en nada desmereció a los mejores de su tiempo.

Tal cantidad de pasteles solía presentar a sus convidados que bien pronto causó la admiración y acaso la envidia de los conventos de monjas ampurdanesas, y lo que más atrajo la curiosidad de las gentes de aquellos días fué un sabroso chocolate que fué inmediatamente conocido con el nombre de “xacolata de la Reina Joana”.

Ya hemos indicado que Doña Juana era aficionada a las golosinas y el chocolate, en aquellos días en que la escasez de cacao y azúcar era extraordinaria, solía ser un postre digno de un magnate. No se conoce exactamente en qué forma logró Doña Juana adquirir la maravillosa forma de elaborar y preparar el chocolate, pero es lo cierto que chocolate como el de la Reina no se había probado anteriormente en ninguna parte.

Nos dicen viejas leyendas que Doña Juana solicitó del Monasterio de San Miguel de Fluviá varias fórmulas de golosinas y que un fraile muy

viejo que poseía extraordinaria experiencia en la confección de las mismas, fué quien le suministró la fórmula del chocolate.

También nos dicen las leyendas que dicho fraile se llamaba Fray Benet del Portell o Fray Cipriades Bouyosses; no hay crónicas de aquellos tiempos que lo aclaren, aunque en principio creemos más acertado que fuera Fray Benet del Portell que había sido en los primeros años de su vida monástica, repostero mayor de la Orden Benedictina en Francia y conocía secretos importantísimos en materia de confitería, y dada la austeridad de vida de los frailes ampurdaneses llegó a conocer perfectamente el gusto de los distintos paladares; pues mientras para las personas que hacían vida cortesana, con medios relativamente fáciles, se les despertaba el sentido del gusto, para los que llevaban una vida de austeridad y penitencia resultaba mucho más difícil lograrlo, ya que se les había atrofiado el paladar, debiendo recurrirse al empleo de substancias despertadoras del mismo.

Sea lo que fuere, podemos asegurar que la labor personal de la Reina Doña Juana tuvo un valioso elemento con la fórmula que poseía; los que habían visitado a la ilustre señora y probado el chocolate solían ser para siempre más fieles, amigos y servidores de ella.

También nos dice la leyenda que dentro del chocolate había algunas veces un poderoso veneno que causaba la muerte de los enemigos de la Reina y que fué por medio de un chocolate dado en la Corte que la Reina logró envenenar al Príncipe Carlos de Viana; extremo que, aun que posible, no está comprobado, de todas maneras, en caso de ser cierto este envenenamiento, no citan ni la historia ni la leyenda otros casos antes al contrario solía la Reina obsequiar con ello a sus mejores amigos.

Doña Juana tuvo también sus ribetes de alquimista, por lo cual no extrañaríamos que tuviera conocimientos de toxicología, ciencia que estaba de moda en aquellos días según contaban los viejos ampurdaneses, en décanas no muy lejanas, el profesor de toxicología de la Reina fué un falso aristócrata francés llamado Mossèn Bonmarchais, que había cumplido condena en las galeras genovesas por tentativa de envenenamiento y abuso de confianza del Duque de Calabria, el cual en sus buenos tiempos, además de alquimista era un inmejorable pendolista al que ocupaban algunos magnates en confeccionar memoriales y cronicos para adular a la gente rica y para el entretenimiento de las damas. De todas maneras este individuo tuvo poco éxito en la Corte de la Reina Juana, y no pasó de ser un aventurero al estilo de aquel entonces.

Cuando terminada la guerra de los "remensas" Doña Juana regresó a Barcelona, siguió obsequiando en su palacio a las damas y caballeros de la corte con saraos y fiestas y en ninguno de los mismos dejó de servirse su famoso chocolate.

En los últimos años del reinado de Don Juan II, el expresado monarca concedió la Real Baronía de San Mori en feudo y señorío a una noble familia catalana entroncada con los Reyes de Aragón, los Barones de Moxó, originarios de Cervera, los cuales pasaron en su consecuencia a ser Barones de San Mori y si bien es cierto que dicha Baronía ha estado en poder de otras familias nobles, por visieitudes calamitosas de los tiempos, a últimos del siglo XIX volvió a sus primitivos y naturales señores, los actuales barones-marqueses de San Mori.

Con respecto al lapso de tiempo que los naturales barones de San Mori estuvieron apartados de su baronía, un refrán ampurdanés nos dice:

“San Mori plora al Baró
desterrat a Castelló.”

Demostrando que las gentes de aquellos días guardaban la nostalgia de sus antiguos señores, que se habían instalado en una casa señorial de Castellón de Ampurias.

Una tradición ampurdanesa que tiene cierto prestigio de seriedad nos transcribe que la fórmula del chocolate de la Reina fué conservada por los Barones de San Mori y que las Canoneras Mayores del Real Castillo han poseído siempre su secreto.

Hacia la mitad del siglo XIX existía en Barcelona la costumbre, entre las familias pertenecientes a la antigua nobleza, de obsequiar a los chiquillos de sus amistades, algunos jueves por la tarde, durante la Cuaresma, con una merienda chocolate.

Dos ilustres damas de la condal ciudad llegaron a distinguirse en ello, a saber: la Excelentísima Sra. Marquesa Vda. de Moya y la Excelentísima Sra. Doña Soledad Vilallonga, Vda. de Moxó.

En sus fiestas, como es natural, asistían no solamente los chiquillos, si no que también sus familiares y eran estas meriendas de un elevado tono social.

La opinión pública estaba dividida, pues mientras unos se definían por la calidad del chocolate de la Marquesa de Moya, otros aseguraban que el servido por Doña Soledad Vilallonga era de mejor gusto y sabor.

Durante mucho tiempo fueron las cosas siguiendo así, sin que nadie pudiera solventar las dudas existentes, pero algunos años después, al ser nombrado Obispo de Barcelona el Cardenal Casañas,

tuvo ocasión el ilustre prelado de asistir a las expresadas meriendas.

Don Salvador Casañas había viajado mucho y tenido ocasión de probar en acreditados Conventos distintas fórmulas de chocolate perfectamente elaboradas, e incluso manifestó en una ocasión que las Madres Comendadoras de Malta elaboraban un chocolate que podía presentarse a S. S. el Papa por lo fino de su gusto; así es que cuando el eminente prelado visitó a las dos damas aludidas, se puso en la confección del chocolate todo el esmero que requería el prestigio del convidado.

La Marquesa de Moya tuvo un éxito personal que la llenó de orgullo, pues fué felicitada por el Cardenal, pero poco tiempo pudo durar su alegría, ya que algunas semanas después doña Soledad de Vilallonga le obsequió con un chocolate elaborado según la fórmula de la Reina Doña Juana y el Cardenal confesó públicamente que no conocía otro que en finura, calidad y aroma pudiera comparársele.

Desde aquel momento ya no cabía posibilidad de dudas, el chocolate de la Reina Doña Juana había triunfado y nadie en Barcelona podía dudar de su esmero y calidad. Era un chocolate digno de ser ponderado por todos los entendidos en la materia y las palabras del Cardenal eran bien claras y comprensivas.

Verán, pues, nuestros lectores, que la Reina Doña Juana no fué solamente una mujer de memoria tenebrosa y de carácter guerrero, si no que también fué una dama de gusto refinado que supo hacer compatible con la rudeza de los tiempos, la más fina cortesía palatina, y al igual que luchó por sus intereses logró ser una afable señora que cuidaba de sus obligaciones domésticas.



DONATIVO
EXCMO. SR. GOBERNADOR CIVIL
DE LA PROVINCIA
Gerona, Abril 1949

C. L. 1
Diputación Provincial de Gerona

BIBLIOTECAS POPULARES

Autor: Sans Signatura 9 (46.71.71)
Título: El Ampurdán en e)
Registro: 12400



EXCLÒS DE PRÉSTEC

B-1

Biblioteca Popular (12)
de Figueras

Reg. 13.702
Sig. 9 (46.71.71 Amp)
San.